

NICO, POR FAVOR



A. M. Irún

Nico, por favor
A. M. Irún

A. M. Irún es el pseudónimo tras el cual escribe una chica en la treintena que, como Nico, estudió Periodismo en Madrid y, al igual que ella, conoció una parte de sí misma en el metro de la capital. Ahí acaban las similitudes.

A. M. Irún © 2015

ISBN-13: 978-1516886821

ISBN-10: 1516886828

para C.

Prólogo

Hola, me llamo Nico y soy una chica. Odiaré a mis padres siempre por haberme puesto el nombre de mi abuela, pero falleció el mismo día que yo nací y ellos, rotos de dolor y de felicidad, tomaron esa decisión. Nicolasa. Nico, por favor.

Llevo unas semanas algo confusa. Desde hace ya varios meses coincido con una chica en el metro. Y me gusta. Me gusta tanto que ya no puedo decir que coincida con ella. Sé en qué estación sube, en qué vagón se mete y a qué hora lo hace. Si llego pronto a la estación y pasa un tren, no me subo porque sé que no es el momento. Ironía: dejar pasar un tren para llegar a tiempo.

La chica del metro no es especialmente llamativa por ser guapa. Lo cual no quiere decir que sea fea. Es de ese tipo de belleza que sólo muestra a quien ella quiere. Yo le observo y cuando la chica del metro va a girar el cuello para mirar hacia donde estoy yo, aparto la cara rápidamente. Maldigo mi cobardía y me repito: "A la próxima, le aguanto la mirada", pero pocas veces me atrevo. Siento que me va a estallar el corazón cuando nuestros ojos se encuentren y temo morir de un infarto como mi abuela.

Lo que me confunde es que a mí nunca me han interesado las mujeres. O no del todo. Lo mismo que los hombres. Y cuando estoy confundida acudo a mi amigo Raúl. Raúl sí sabe que a él le gustan los hombres.

Raúl me dijo que me armase de valor, que apuntara mi nombre y mi número de teléfono en un papel y que se lo diera con una sonrisa la próxima vez que la viera.

Ahora llevo un papel doblado con mi nombre y mi teléfono en la chaqueta y estoy esperando a que llegue al tren adecuado.

Capítulo 1 La rendija

Recuerdo cómo le conté a Raúl que creía estar colada por una chica. Estábamos en la biblioteca de la Facultad. Ambos cometimos la insensatez de querer convertirnos en periodistas y desde que nos conocimos durante el primer día de carrera ya no nos hemos vuelto a separar.

Estábamos sentados frente a frente, con un montón de folios y fotocopias esparcidos por la mesa, subrayábamos y hacíamos anotaciones al margen de nuestros apuntes. Cualquiera que nos hubiera visto desde fuera hubiera pensado que estábamos estudiando, pero un zoom a la mesa habría revelado que las notas al margen eran monigotes y el subrayado localizaba palabras a lo largo del texto con el que formar nuevas frases.

Raúl me pasó un folio con su subrayado especial. Leí las palabras resaltadas: "Esto es... un... sopor". Me reí y la bibliotecaria me chistó pidiendo silencio.

Nos quedamos mirando un momento y Raúl pudo ver cómo mi gesto cambiaba, me mordía el labio y le miraba con preocupación.

—¿Qué te pasa? —susurró Raúl.

La bibliotecaria volvió a chistar. Alcancé mi móvil, reflexioné durante unos segundos y le escribí un mensaje.

"Creo que me he enamorado".

Cuando Raúl lo leyó no pudo contener la sonrisa y se recolocó en el asiento.

"Vamos a la cafetería y me lo cuentas". Envió el mensaje y me miró. Negué con la cabeza.

"No podría contarte esto en voz alta".

Raúl escribió a toda velocidad.

"¿Por qué?".

Volví a mordirme el labio. Los pulgares me temblaban.

"Porque es una chica". Escribí lo más rápido que pude y le di a enviar sin pensarlo dos veces.

Los ojos de Raúl se abrieron como platos. En ese momento, se le pasaron mil cosas por la cabeza, como más tarde me confesaría. Que si ya sabía que me iba el rollo bollo, que si pobre de mí, que si pobres de mis padres, que si ahora voy a vivir como yo quiero.

Tardó unos segundos en volver a escribir.

"Vale. Me lo cuentas cuando quieras :)"

Sabía que necesitaba tiempo, que primero tenía que asumirlo yo para poder contar mi historia. Pero también sabía que Raúl no iba a dejar que me lo callara mucho tiempo más.

Había abierto una rendija del armario y la luz me cegaba, pero la brisa que entraba parecía dulce y suave.

Capítulo 2 La chica del metro

Lo que no recuerdo muy bien es cuándo me fijé en esa chica. Simplemente, un día la vi. Bueno, ya la había visto varias veces antes como parte de ese elenco de extras que me acompañan todas las mañanas en el metro y que me dan cierta sensación de seguridad y casi familiaridad.

Pero un día, no sé cuál, la miré.

Ya he comentado que tiene ese tipo de belleza que sólo muestra a quien ella quiere, así que es probable que fuese ella quien eligiera el día para mostrarse a mí.

Y yo piqué.

Un día tras otro.

Suele calzar zapatillas de deporte. Alguna vez botas. Siempre vaqueros y una cazadora azul marino con capucha y con pinta de ser muy calentita. Nunca la he visto con el pelo recogido. Lo lleva suelto, negro y de un liso que sólo puede ser recién planchado. Y sólo en una ocasión, la he visto con gafas, así que supongo que de normal usa lentillas.

Me sudan las manos. Las tengo metidas en el bolsillo de la cazadora y manoseo el papel doblado con mi nombre y mi número de teléfono. Las saco para que se sequen. Tomo aire. Llego un tren y miro el reloj. No es este. Dejo que el mundo entre y salga mientras yo apoyo la espalda en la pared de la estación.

El siguiente tren llegará en dos minutos, anuncia el cartel luminoso.

Visualizo la situación. Siempre me viene bien cuando estoy nerviosa. Bajamos en la misma estación, con un montón de personas más porque es un punto neurálgico de la red de metro. Me haré un hueco entre la gente, le tocaré el hombro y le daré el papel. No creo que le diga nada. Estoy segura de que lo entenderá.

Tendría que haber traído un libro, meterle el papel entre las páginas y decirle que se le había caído o algo así. Normalmente va con los auriculares escuchando música y moviendo los labios mientras canta tan bajito que ni su nariz podría escucharla, pero la he visto alguna vez con El señor de los anillos. Muy pocas veces. Seguro que lo coge con muchas ganas por las mañanas pero luego se arrepiente de cargar con semejante tocho en la mochila todo el día.

Durante todo este tiempo he estado inventándome una personalidad para ella.

Me imagino haciendo escapadas de fin de semana con ella, alquilando un coche y discutiendo por qué música poner (a mí me gusta Lady Gaga y a ella Kings of Leon). Estudia Fisioterapia o Educación Física porque siempre le ha gustado el deporte, sobretodo el balonmano. Seguro que es una buena extremo: delgada pero musculosa y ágil.

El eco del tren que llega por el túnel me saca de mi mundo de fantasía y noto que algo me hace sombra repentinamente. Cuando levanto la vista, veo a un equipo de jugadores de baloncesto que se van a meter en mi mismo vagón. Nuestro vagón.

No, no, no, no. No puede ser. Son como torres enormes y están especializados en hacer bloqueos y pantallas. Me van a joder el plan. Les miro con odio pero apenas perciben mi existencia desde sus dos metros de altura.

Mierda.

Capítulo 3 El parto

Una vez la chica del metro se sentó junto a mí. Casi se me salió el corazón del pecho. Incluso ahora mientras lo recuerdo estoy empezando a tener palpitaciones.

Yo había encontrado un asiento libre en nuestra zona del vagón y me lancé a él. Había salido a correr el día de antes después de mucho tiempo sin hacerlo y no podía con mi vida ni con mis muslos. Estaba tan cansada que me daba igual si la chica del metro subía o no.

Pero subió y, llámalo casualidad, llámalo destino, la señora que estaba sentada a mi izquierda se levantó y salió del vagón, por lo que la chica aprovechó y se sentó a mi lado.

Tardé un poco en darme cuenta de eso. Como digo, estaba agotada y todavía era martes. Como hoy. Levanté la vista y me vi reflejada en la ventana de enfrente. Al estar en un túnel, la ventana se había ennegrecido y hacía de espejo. Entonces la vi sentada a mi lado, aunque mirando hacia otro lado.

Me quedé paralizada, como si tuviera a un dóberman salivando y mostrando sus dientes afilados justo en mi oreja.

Llevaba los auriculares, como siempre, tenía una mano apoyada en la barandilla junto a su asiento y la otra en su muslo derecho que estaba a un dedo del mío.

Sin pensarlo dos veces, hice desaparecer esa distancia y pegué mi muslo al suyo. El calor me inundó. Era agradable y horrible a la vez. Se me aceleró el corazón y empecé a respirar de manera entrecortada, pero no separé el muslo y ella tampoco lo retiró.

Veía por la ventana que ella seguía mirando hacia el otro lado, pero su mano derecha ganaba terreno milímetro a milímetro en su muslo, hasta que su dedo meñique rozó mi pierna.

Quise gritar, quise abrazarla, besarle. No dejaba de sonreír.

Entonces, como ahora, alguien interrumpió el momento. Una embarazada había puesto su bombo justo delante de mis narices y carraspeó un par de veces. Pillé la indirecta y le cedí el asiento. La muchedumbre y mi estado de estupor hicieron el resto y me dejé arrastrar hacia el fondo del vagón, lejos de aquel meñique.

Maldije a todo el tren, embarazada y bebé incluidos, de la misma manera que ahora maldigo al equipo de baloncesto que tengo delante y que no paran de reír y hablar muy alto (en todos los sentidos) y que apenas me dejan ver la puerta de entrada por la que tiene que hacer aparición mi chica.

Mi chica. Siento hormigas en el estómago cada vez que lo pienso.

Llegamos a su parada y entra puntual al vagón.

La veo entre el poco espacio que hay entre los cuerpos de los jugadores y veo que también le sorprende y le fastidia de alguna manera su presencia, pero no alcanza a verme.

Pienso que en algún momento se irán y tendré vía libre para mirarla. Pero no. Permanecen en el vagón durante todo el trayecto y se bajan en la misma parada que nosotras y que la mayoría de la gente.

Avanzamos en manada, casi arrastrándonos y empujándonos unos a otros. Los jugadores de basket están en todo momento entre la chica del metro y yo, haciéndome pantalla. No puedo hacerme un hueco de manera elegante. Tendría que empezar a dar codazos o escurrirme de manera poco natural entre la gente. Veo que se escapa, que es arrastrada por la masa a lo largo del intercambiador hasta que el camino se bifurca y ella toma una salida y yo la otra.

Me niego. No he reunido todo el valor que tengo y que no es mucho para que al final me vuelva a casa con las manos vacías.

Me doy media vuelta y lucho a contracorriente para seguir los pasos de la chica. Tengo que darle el papel como sea. ¡Como sea!

Parece un parto. Sudo. Empujo, la gente me mira mal, me pisa. Yo también piso y pido perdón cada dos pasos.

Conforme avanzo, noto que la masa se hace menos densa, que hay más hueco, y respiro aliviada.

Corro hacia la otra salida, busco con la mirada a la chica y la encuentro subiéndose a otro tren.

—¡Espera! —le grito.

Ha sido una tontería gritarle, lo sé, me ha salido de muy adentro, de donde salen las cosas sin sentido. Pero la chica se gira y me ve. Le saludo con la mano y con la sonrisa más bonita que tengo, pero nada más. Estoy paralizada. La empujan hacia el interior del vagón y ella me mira con gesto triste.

Le miro extrañada y ella niega con la cabeza.

El tren emprende la marcha y desaparece de la estación.

Sólo espero el momento de volver a verla mañana.

Capítulo 4 La palabra L

No la he vuelto a ver.

Aquel día llegué con una sensación agrídulce a la facultad. Por aquel arranque de valentía y lucha a contracorriente que me asaltó acabé llegando tarde a clase. Localicé a Raúl y me senté detrás de él porque era el único asiento libre que quedaba cerca de mi amigo.

Mientras avanzaba por el pasillo de clase me miraba y movía la cabeza asintiendo para preguntarme qué tal había ido la cosa. Yo negué con la cabeza y me senté a su espalda.

Cuando se acabó la clase se giró rápidamente y me preguntó.

—¿Qué ha pasado?

Aquel giro de cintura, esas ansias por conocer y la mirada de corderillo degollado que puso Raúl me recordó a cuando nos conocimos. Yo llevaba puesta mi cara de "soy una tipa dura y me importáis una mierda todos" mientras que por dentro estaba cagada de miedo. Ya había gente que se había conocido en los pasillos o incluso antes de clase, a través de Internet. Yo no porque soy una cagada y me da pavor todo lo nuevo. Raúl se giró, se presentó conteniendo lo máximo que pudo su pluma y yo fui muy correcta y educada. "Sosa", me dijo Raúl que fue lo primero que pensó de mí.

—No he podido darle el papel. Han entrado unos jugadores de baloncesto y se han interpuesto entre ella y yo y luego he tratado de alcanzarla por los pasillos pero no he podido. Cuando la he visto, ya estaba metida en el vagón.

Raúl me cogió la mano y me dijo que lo intentara de nuevo al día siguiente. Pero no hubo un siguiente. Aquella fue mi última oportunidad y no la pude aprovechar.

Día tras día, yo subía a nuestro vagón con la esperanza de volver a verla, pero ella dejó de aparecer tras esa última vez. Con el tiempo, dejé de sacudir la cola cuando llegaba a su parada, dejé de ponerme nerviosa al llegar la hora y también dejé de levantar la mirada para verla entrar por la puerta porque sabía que no iba a aparecer.

Cada vez que pienso en el tiempo que estuvimos jugando al perro y al gato me quiero dar de cabezazos contra la pared.

Siento que me han roto el corazón y ni siquiera he disfrutado de lo bueno de tener una relación romántica con alguien. Todo estaba en mi cabeza.

Lo que parecían miradas invitando a entrar en su mundo, probablemente eran

bizqueos por no llevar puestas las lentillas.

Lo que a todas luces era una sonrisa, seguramente era un tic nervioso o que estaría pensando en otra cosa.

Lo que era una historia de amor pactada en silencio, sólo eran imaginaciones mías.

Maldigo mi rico mundo interior..

Pero lo peor de todo es en qué posición me deja eso. Si me he enamorado de una chica, ¿significa que soy lesbiana? ¡Me cuesta hasta escribirlo! Como si fuera una palabra prohibida.

Quizá no me haya enamorado y sólo haya sido un lapsus momentáneo, una etapa o una mezcla de curiosidad y deseo por enamorarme de una vez.

—Raúl, ¿tú cómo lo supiste?

—¿Saber qué? —me pregunta instantes antes de darle un mordisco enorme al bocadillo de lomo con queso, bacon y pimientos que tanto nos gusta de la cafetería de la facultad.

—Que eras gay.

Raúl mastica y saborea el bocadillo deleitándose de manera casi exagerada en los sabores de su boca. Una gota de grasa se le escurre por la comisura de los labios y saca rápidamente la lengua para lamerla y llevarla de nuevo a su interior.

—Creo... —comienza a decir—. Creo que estos bocadillos están tan buenos porque no han limpiado la plancha desde hace veinte años y, claro, los sabores se mezclan y al final...

—Raúl—le corto—, que me contestes.

Saca una servilleta de papel del servilletero de Coca-Cola. Sé lo que piensa. Odia esas servilletas de papel de cebolla que no limpian ni absorben ni nada. Coge tres o cuatro más y se limpia como puede.

—Siempre lo he sabido. Y siempre lo han sabido.

Me entristezco porque no es la respuesta que esperaba. Yo no lo he sabido siempre. Puede que no fuera como las demás chicas de mi clase, pero estaba convencida de que eso no me hacía diferente a ellas. Vale, jugaba con los chicos en el recreo mientras las chicas jugaban a la goma, a la comba o simplemente hablaban de cosas que no me interesaban. Pero eso no significaba que quisiera ser un chico. Era una chica, me crecían los pechos como a una chica y tenía la regla como cualquier otra. Antes incluso que muchas compañeras. Estaba a gusto conmigo misma. Era la gente la que me hacía sentir incómoda, rara o fuera de lugar y a veces iba por el mundo con la sensación de ser un gran error de la naturaleza.

—Escucha, Nico —me dice Raúl—. Vamos a hacer una cosa. Este sábado vamos a Chueca, a un bar de lesbianas.

Abro los ojos y mis cejas suben hasta la estratosfera como si fueran dos paracaídas de Felix Baumgartner.

—¡Ni de coña! —digo.

Raúl da otro mordisco al bocadillo sin dejar de asentir con autosuficiencia.

—Sí, vamos a ir, lo estás deseando. Sólo necesitas un empujón. Y aquí estoy yo —cuando dice eso, se levanta de la silla y golpea con la pelvis en el canto de la mesa. Un chico dos mesas más allá le mira y Raúl le desafía lanzándole un beso. El chico se ríe y vuelve a la conversación con sus amigos.

—Raúl, no soy como tú. Si fuera un animal, sería un caracol para poder meterme en el caparazón a la mínima que me tocaran un poco.

Mi amigo se ríe y a los segundos frena en seco la carcajada y se pone serio.

—El sábado. Tú. Yo. Un bar de lesbianas. Nos divertiremos.

Nunca he probado a decirle que no a Raúl y esta no va a ser la primera vez que lo haga.

Capítulo 5 El bar Coyote (I)

Nunca me ha gustado arreglarme. Bueno, mejor dicho, nunca me ha gustado arreglarme para algo. Arreglarme para una boda. Pánico. Arreglarme para salir a un sitio pijo. Terror. Arreglarme para Nochevieja. Infarto de miocardio. Me gusta arreglarme, pero necesito pensar que es para alguien, no por algo.

Por eso, ahora estoy frente a mi armario abierto de par en par sin saber qué ponerme para salir a un bar de lesbianas (me muerdo el labio cada vez que lo digo, como intentando devolver esa palabra a la más profundo de mis entrañas). ¿Qué me pongo? ¿Cómo se supone que viste una lesbiana? Descubro que no tengo ninguna camisa a cuadros en mi raquítico ropero y me siento estúpida por caer en el tópico más básico.

Oigo que suena el portero automático. Debe ser Raúl. Sube por las escaleras y mi madre le abre la puerta de casa. Dos besos, halagos mutuos. A mi madre le cae muy bien Raúl.

—¿Estás yendo al gimnasio? Te veo como más fuerte, ¿no? —le pregunta mi madre.

—Sí, llevo un par de meses, pero no pensé que se me notaría ya.

Salgo al rellano.

—Raúl, te necesito.

Mi madre ríe y hace el mismo chiste de siempre.

—Porque sé que no eres hetero, Raúl, sino pensaría que ahí dentro os lo vais a montar.

Ya dentro le digo que no sé qué ponerme, que no sé qué esperar de esa noche y que no sé en qué narices estaría pensando al hacer algo así. Raúl me coge por los hombros y me sacude con falso dramatismo.

—Vamos a tomarnos unas cervezas a Chueca. Ponte algo con lo que te sientas guapa y no te preocupes. Sólo son chicas. Si ves que alguna va muy lanzada pues le echas el freno y...

—¿Crees que me van a entrar? —entro en pánico.

—No lo sé, pero cabe la posibilidad. Eres mona, como un peluchito. A mí me dan ganas de abrazarte todo el rato. Seguro que a ellas también.

Respiro hondo y me rugen las tripas. Lo normal antes de un examen: un paseo al baño. Cuando vuelvo, Raúl ha puesto sobre mi cama los vaqueros más ajustados que tengo y mi jersey favorito. Debajo me he puesto un top blanco y calzo unas botas negras. Me siento cómoda aunque todavía me falta seguridad en mi misma.

—¿Quieres que te haga una trenza?

Arrastrada por la misma corriente que me lleva desde que acepté salir por

Chueca, accedo. Si la cosa va mal, siempre podré echarle la culpa a Raúl.

Me tiemblan las piernas. Me tiembla todo en realidad. Raúl me pasa el brazo por los hombros y me habla al oído.

—No muerden. Al menos, no siempre. Son chicas, como tú. Algunas con más experiencia que otras, es verdad, pero habláis el mismo lenguaje, sabéis que un no es un no, así que vamos a entrar ya.

—¿No podemos esperar un poco?

—Llevamos media hora aquí plantados y empiezo a tener frío. Me apetece una cerveza y la tía de la puerta nos está mirando raro.

Raúl tiene razón: tengo que salir del caparazón.

En la puerta, la chica de seguridad nos para.

—Él no puede pasar —dice señalando a Raúl.

—¿Qué? —digo aliviada—. ¡Pues si él no entra, yo tampoco!

La chica se encoge de hombros, nos aparta educadamente con el brazo y deja pasar a otras chicas de la cola.

—Eso es discriminación—se envalentona Raúl.

La de la puerta le mira de soslayo y levanta una ceja.

—Vámonos, Raúl.

—No, espera —me frena y se dirige a la chica: —Disculpa. He sido un grosero —dice con un tono calmado y dulce—. Esta chica se llama Nico y es su primera vez en un bar de lesbianas. Está... descubriéndose a sí misma. Seguro que la entiendes. No es sencillo. Yo soy la única persona que lo sabe, su único apoyo y si no podemos entrar, el mundo lésbico se va a perder a una preciosa bollera divertida e inteligente que se meterá en su caparazón y no volverá a salir jamás.

La chica de la puerta me mira de arriba a abajo y yo le sonrío con timidez. Aprieta el morro y asiente con la cabeza. Parece que he superado su examen visual.

—Está bien, pero un sólo lío y te saco por las orejas.

—¡Muchas gracias! —grita Raúl dando saltitos y palmadas.

En estos momentos odio a Raúl y su poder de persuasión.

Entramos a la discoteca, es amplia con las paredes pintadas de azul, una cabina con una DJ de pelo corto y camiseta de tirantes y una larga barra con tres camareras. Raúl se lanza a ella.

—Dos cervezas, por favor.

Aunque el local está oscuro, o mejor dicho, premeditadamente mal iluminado, puedo echar un vistazo a la gente que hay dentro.

Como era de esperar, Raúl es el único chico del garito pero es más femenino

que muchas de las presentes.

De entrada, se me han caído algunos prejuicios: las chicas son guapas, se ríen, bailan, hablan... Nada me hace sospechar que pueda ser un sitio raro o que me vayan a asaltar a las primeras de cambio al grito de "¡Carne fresca!". Respiro aliviada y le doy un trago largo a la cerveza.

—Esto está muy calmado. Se nota que la noche está empezando —apunta Raúl—. Claro, que en un bar gay ya habría unos cuantos comiéndose la boca. Tengo curiosidad por ir al baño...

—¡No vayas! Además, seguro que no hay para chicos.

—El baño es lo segundo que tienes que conocer al entrar en un bar: ubicación, higiene, amplitud... por si tienes que usarlo a lo largo de la noche.

—Raúl...

—No digo para follar, me refiero a si te entran ganas de hacer caca o de vomitar. Hay que tener en cuenta la logística.

Mientras Raúl me cuenta esto, veo que una chica se acerca hacia nosotros y ni corta ni perezosa se presenta.

—Hola, me llamo Sandra, ¿cómo te llamas? —me pregunta.

A pesar de que Raúl no para de darme codazos para que reaccione, estoy paralizada.

—Se llama Nico y aunque lo pueda parecer no es muda, ni sorda. Sólo un poco tímida.

—Vale —dice la chica muy sonriente y sin dejar de mirarme añade: —¿le dirás que venga a presentarse cuando esté más dispuesta?

Raúl asiente con una amplia sonrisa y la chica se marcha sin más.

—Bien, Nico, si la chica es buena, esperará paciente a que vayas a invitarle a una copa. Si es mala, de aquí a media hora todo el local pensará que eres corta, borde o ambas cosas y no querrán saber de ti y acabarás viviendo sola y rodeada de gatos.

—Le he gustado... —digo en un susurro.

Sigo en estado de shock porque he caído en la cuenta de que no sólo estoy oficialmente "en el mercado de croquetas" sino que no debo ser mal producto.

Pánico.

Terror.

Infarto de miocardio.

Capítulo 6 El bar Coyote (II)

—Raúl, me meo. Acompáñame al baño —le pido a mi amigo.

Raúl está bailando como un descosido a ritmo de Mónica Naranjo mientras a mí me duele la vejiga.

—¿También quieres que te baje las bragas para que hagas pipí?

Le miro con odio.

—Tienes que empezar a dar pasos tú sola. Empieza por los que van de aquí al baño.

—Pero... ¿y si me habla alguna chica?

—¡Pues le hablas tú también! No tengas miedo, no te van a violar.

Cojo aire hasta que llena mis carrillos y lo expulso con violencia. Qué manta de hostias le metería a Raúl alguna vez.

Pongo el cuerpo en tensión y cruzo el local tratando de no rozar a nadie ni que nadie me roce para que no me malinterpreten. Entonces, antes de llegar al baño, la veo: la chica del metro. Está de espaldas y baila junto a su grupo de amigas, que cantan muy motivadas la canción de Malú que acaba de pinchar la DJ.

—Joder, joder, joder —me quedo paralizada y cuando al final logro moverme sólo me sale ir hacia atrás.

—Raúl, es ella, es la chica del metro.

—¿Quién?

—Esa, la del pelo moreno y largo que lleva un petate a la espalda.

—Estupendo, Nico, acabas de describir al 75% de las presentes.

Le cojo del antebrazo y extendiendo la mano para señalar.

—¡Esa!

Raúl afina la vista. Nunca reconocerá que debería llevar gafas.

—¿Estás segura? Está de espaldas.

En realidad, pocas veces he visto a la chica del metro de espaldas pero estoy segura de que es ella. Bueno, casi segura.

—¿Y qué haces aquí? ¡Ve a hablar con ella!

—¡No!

—¿Estás tonta o qué te pasa? —Raúl me agarra de los hombros y se acerca para asegurarse de que le oigo por encima de la música—. Tu viaje ya ha comenzado. No será sencillo, no será corto, pero ahora no puedes echarte atrás. Disfruta de los momentos buenos y traga con los malos. Este es uno de los buenos. Así que ve hacia esa chica y preséntate. Sin más, como tú eres. Le encantarás.

—¡Ese es mi miedo! Que le guste, que me pida una cita o que le dé por besarme o por querer hacer el amor conmigo. Me aterra esa idea...

—Nico, no adelantes acontecimientos. Ve ahí y preséntate.

—No... —digo con un hilillo de voz y agachando la cabeza.

Sin verlo venir, Raúl me empuja de manera delicada pero con firmeza hacia el grupo y choco con la chica del metro. Cuando levanto la cara, la chica ya se ha girado.

No es ella. No es la chica del metro. Es otra chica que irradia belleza por todos los poros de su piel. Siento un gran alivio al comprobar que no es la mujer que estaba buscando.

—Disculpa, pensaba que eras una conocida...

Me dispongo a marcharme, pero la chica me agarra de la cadera y me obliga a volver hacia ella. Su grupo de amigas se sonríen cómplices y me hacen un rápido examen visual.

—Me llamo Mamen —se presenta y me planta dos besos en las mejillas—. Ahora ya lo soy —me mira sonriente.

No reacciono.

—¿Y tú cómo te llamas? —me pregunta.

Trago saliva.

—Nico...—respondo.

—¿Cómo? —Mamen se me acerca con la excusa de que no me oye. Más adelante me confesaría que me escuchó a la primera, pero que quería saber cómo olía.

—Nico —digo un poco más alto.

—Encantada, Nico. ¿Has venido sola?

—No, he venido con... —me giro para señalar a Raúl pero no le localizo entre la gente.

—Creo que se ha ido —me dice una de sus amigas—. El chico, digo.

Le miro con cara de estúpida. Las chicas parecen simpáticas pero no puedo evitar sentirme como una cebra entre hienas.

—Nico, vamos a la barra, te invito a una cerveza.

Tengo un ángel y a un demonio en cada uno de mis hombros. Tienen la cara de Raúl y los dos me dicen que acepte.

—Vale.

Mamen se dirige con seguridad a la barra. Hay hueco por la derecha pero prefiere ir por otro lado, donde más gente hay. Estoy tan lenta que tardo en captar que es otra estrategia: quiere cogermelo de la mano.

Comienza a hablarme. Me cuenta que trabaja en una aseguradora o en un bufete, no me ha quedado claro, y que comparte piso. Yo le cuento que estudio, que vivo con mis padres, que he venido con Raúl.

Es guapa a rabiar. Es segura de sí misma, divertida, sexy... Bebo un trago largo de cerveza y enseguida se me sube a la cabeza.

—Es tu primera vez, ¿verdad?

Un poco de espuma se me cuele por la nariz. Asiento con la cabeza.

—Recuerdo mi primera vez en un bar de lesbianas.

—¿También lo pasaste mal?

—¡Qué va! —se ríe—. Tenía tantas ganas de mujeres que me encantó. Lo que no había hecho nunca, lo hice aquella noche. Quiero decir... —rectifica ante mi cara de asombro —que estaba confiada, me presentaba a las chicas que me gustaban, no tenía miedo al rechazo... ¿Sabes?

—Ese no es mi miedo, precisamente —le confieso no sé muy bien por qué— ¿Y cuál es tu miedo, Nico?

Cojo aire, miro a mi alrededor y niego con la cabeza. Dejo la cerveza en la barra.

—Mamen, muchas gracias por todo, de verdad, pero creo que voy a irme, ¿vale?

Mamen tuerce la cabeza y me mira como si fuera un animal del zoo.

—No te vayas, porfi.

—Sí... Tengo que encontrar a mi amigo Raúl.

Sonríe.

—Nico, tu amigo se ha ido a casa o a otro bar. Te ha dejado sola para que espabiles. Me juego lo que quieras a que tienes un mensaje suyo en el móvil en el que te dice que me comas la boca. Doy un respingo cuando oigo esa expresión. ¿De qué va esta tía? Saco el móvil y ahí está. El puto mensaje de Raúl diciéndole que le coma la boca a la chica que acabo de conocer.

—¿Estáis compinchados o qué?

Mamen se ríe con ganas.

—No, no... Pero no eres la única que ha pasado por esto, ¿sabes? —me mira con cierta ternura—. Todas nos hemos tenido que enfrentar solas a esto — hace un gesto con la mano para señalar a todas las chicas del bar—. Todas estas chicas han tenido o tienen miedo, ilusión, curiosidad, inseguridades... Y las seguirán teniendo porque esto es una carrera de fondo. Más vale que hayas reservado fuerzas.

No puedo dejar de mirar el lunar que tiene sobre el labio. Creo que le estoy mirando demasiado la boca, pero es que no para de hablar y apenas la oigo por encima de la música. Asiento con cada cosa que dice pero no apporto nada. Me siento pequeña.

—Tienes miedo a que te guste una chica y a todo lo que conllevará después: el rechazo, los comentarios por la calle cuando vayas con ella de la mano, o el

no poder ir siquiera de la mano... Pero si te dejas llevar por el miedo, te perderás lo bueno: los besos suaves y dulces de una chica, el tacto de su piel, su olor, su pelo largo haciéndote cosquillas en la nariz cuando hundas tu cara en su cuello, la delicadeza con la que te tocará los pechos o el... o el... —busca una palabra delicada para decir "coño" pero no le sale—. Bueno, ya sabes.

Quiero eso que ha dicho. Estoy un poco aturdida por el alcohol, la música y el calor del local. Quizá no es el local lo que me da calor. A lo mejor es su presencia, sus palabras. Estoy sudando y temblando a la vez.

—¿Quieres que salgamos a tomar el aire?

Niego con la cabeza y mantengo la boca cerrada. Puede que esté un poco ruborizada. Ella tiene color en las mejillas. Le miro los pechos con un movimiento rápido de los ojos. Dios. Son preciosos. Subo y pillo su lengua paseándose por los labios para echar un trago de cerveza. Detengo la mano que sostiene el botellín antes de que se lo lleve a la boca. Me mira con extrañeza pero ya sabe lo que voy a hacer. Lo sabe antes que yo. Entreabre los labios y me lanzo a por ellos.

Tenía razón. Cuando mi boca entra en contacto con la suya la noto suave y dulce. Apresa mis labios con los suyos para liberarlos al instante siguiente. Así tres o cuatro veces. Antes de que meta lengua, me separo de ella.

Por alguna razón, siento que debo darle las gracias, pero sé que sonaría estúpido y me reprimo.

Me sonrío. Sonrío sin parar y me mira con una extraña mezcla de ternura y deseo. Como nunca antes me había mirado nadie.

—¿Qué tal estás?

—No lo sé.

Pensaba que sería liberador pero creo que me he puesto un peso encima.

—Me ha gustado —le digo sabiendo que estoy sonando como una cría de doce años.

—A mí también. Mucho. Y eso es un problema para ti.

—¿Por qué?

—Porque ahora no te puedo dejar escapar.

Ella vuelve a sonreír y a mí se me pone un nudo en el estómago.

Capítulo 7 Punzadas en el estómago

Psicosomatizo demasiado. Estoy cagada de miedo tras el beso. Literalmente. Y necesito ir al baño.

—¿Estás bien, Nico? —me pregunta Mamen.

Niego con la cabeza.

—No, no me encuentro bien. Me duele el estómago.

—Salgamos afuera.

Sé que necesito aire fresco así que le hago caso. Veo a la mujer de la puerta que me sonrío con complicidad. No estoy para sororizar ahora mismo y lo ha debido notar.

—No me vomites en la puerta, ieh! —me dice.

Mamen me sujeta el cuerpo. Me duele tanto el estómago que camino doblada.

—¿Qué te pasa? ¿Quieres vomitar?

—No... —le contesto.

—¿Necesitas... —hace una pausa para encontrar la expresión adecuada, — hacer caca?

Me río lo cual me produce más dolor. Me he reído porque me hace gracia oír esa palabra salir de su boca. Es tan infantil y ella parece tan madura.

—Creo que sí.

—Entremos y vamos al baño. Daré codazos si hace falta.

Le digo que no con la cabeza.

—Ah, ya, eres de esas.

—¿De cuáles?

—De esas personas que no pueden hacer caca en sitios públicos.

Me río de nuevo. Más dolor. Asiento con la cabeza.

—Ven a mi casa. Es un lugar desconocido pero a estas horas no habrá nadie, estarás calentita y podrás sentarte en la taza.

Levanto una ceja.

—Podrás hasta comer en ella, que me ha tocado limpiar el baño esta semana —dice mientras hace el signo de la victoria con los dedos.

Me fijo en esos dos dedos levantados y me entra otro retortijón. La paradoja: su invitación me da más dolor de tripa, por lo que no tengo otra opción que aceptarla e ir a su casa.

Su casa está muy cerca del bar. O eso me ha dicho. Durante el trayecto no para de hablar y preguntarme qué tal voy. La verdad es que es muy atenta y logra distraerme. Hasta que no llegamos a su portal no me doy cuenta de que ya no me duele la tripa, pero es cruzar la puerta de su casa y, ay, vuelven los

retortijones.

Tenía que haberme ido antes de subir.

—El baño —me dice señalando una puerta del pasillo.

Sonrío con los labios apretados al tiempo que le ruego con la mirada.

—No te preocupes. Iré a mi habitación. Ahí no oiré nada —dice antes de marcharse.

Mamen tenía razón, se podría comer en este váter.

Me siento y evacuo de manera tan potente que dudo que no lo haya escuchado. Busco desesperada el ambientador y le doy tres o cuatro veces hasta que me ahoga el olor perfumado.

Salgo del baño y permanezco unos segundos en el pasillo. Lo último que querría ahora sería llevarme la estela de olor conmigo.

—¡Mamen! —la llamo.

—¡En la habitación del fondo!

¿Se supone que tengo que ir a su habitación?

—¡¡Ven!!

Mierda.

Camino pegada a la pared como si tuviera miedo a que me saliera un monstruo. El monstruo del sexo lésbico.

La puerta está entreabierta y la luz es tenue. Cuando entro me doy cuenta de que he caído en su trampa. Se ha quitado la ropa hasta quedarse con una camiseta de tirantes y unos bóxer. No lleva sujetador porque se le marcan los pezones.

—Tengo que irme a casa. Mis padres... —me muerdo la lengua antes de acabar. De nuevo he sonado infantil y me daría de bofetadas por ello. Pero, ¡un momento!, a mí qué me importa lo que piense Mamen si no me voy a liar con ella. No me voy a liar..

Mamen se acerca a mí. La luz de la lámpara le ilumina parcialmente acentuando el tono dorado de su piel. Al trasluz puede verse el terciopelo de su piel, los vellos de los brazos y las piernas.

Sí, le estoy mirando las piernas. Y los brazos, y los pezones, el cuello, la boca.

—No temas —me dice—. Esto lo hemos hecho antes.

Me agarra la nuca, me lleva hacia ella y me besa igual que en el bar, pero antes de que me zafe, sube la intensidad, sus labios se hacen más tiernos y jugosos y mete su lengua en mi boca.

Me abandono por completo pero me siento torpe. Dejo mis manos muertas en su espalda. Pega su cuerpo al mío y me abraza con fuerza por la cintura. Hago lo mismo. Toco la piel suave y caliente de sus brazos. Mete sus manos bajo mi jersey. Tengo muchísimo calor y quiero quitármelo. Parece que me lee el

pensamiento porque ha agarrado los bajos del jersey y tira de él hacia arriba.

Cuando tengo la prenda en la cabeza, tomo conciencia de la situación. Como si al quedarme ciega hubiera adquirido el superpoder de la percepción.

—Para, para, para —le digo con una voz que sale ahogada desde debajo del jersey.

—¿Qué pasa?

—No puedo... Yo no soy... No soy como tú.

Salgo de la habitación y me pierdo por el apartamento en busca de la puerta para salir de ahí, para salir de este nuevo yo que no me gusta, que no soy yo, que le ha dado por salir ahora y que voy a guardar en un cajón bajo llave.

—Nico... —oigo a Mamen rogarme desde el rellano de su escalera.

Bajo los escalones lo más rápido que me permiten las piernas, todavía temblorosas, y salgo a la calle.

Son las 2 de la mañana y vomito lo último que me queda en el estómago.

Capítulo 8 Bienvenida

Llego a casa con el estómago vacío y la cabeza llena. Las escenas de esta noche me dan vueltas como una lavadora centrifugando.

Pienso en cómo he llegado hasta aquí. Recuerdo a la chica del metro. ¡Cómo olvidarla! Abrió una puerta que no puedo cerrar por más que intente. Por ella acepté la propuesta de Raúl y fue a ella a quien vi en el bar, aunque luego resultara no ser la misma persona.

Pero no es de ella de quien se trata, sino de «ella», de que es un ella y no un él. Y, ¿por qué? ¿Por qué yo? ¿Por qué a mí?

Al cruzar el umbral de mi puerta veo ante mí a padre como una aparición: bostezo, luce una panza importante, tiene sus cuatro pelos despeinados y va en calzoncillos slips.

—¿Ahora vienes? Te lo habrás pasado bien, ¿no?

Hay algo en su tono que me hace pensar que sabe qué he hecho. Le gruño y voy al baño a lavarme la cara. Tengo un aspecto horrible: la trenza se me ha deshecho, tengo un poco de vómito en el jersey y me noto algo ojerosa.

Dejo que el agua corra hasta que se caliente un poco y me froto la cara para tratar de borrar esta noche.

Cuando estoy en la cama me doy cuenta de que es tarea imposible. Me convengo de que no es malo desear a una chica para rebatirme al instante siguiente. Mamen me ha quitado el sueño y la tranquilidad. ¿Cómo puedo hacer para recuperarla? Necesito borrar el beso. No. Necesito estar con ella. Necesito ese beso. No. Sí. Joder.

Acabo durmiendo fruto del agotamiento.

Nunca pensé que me pasaría esto, pero no salgo de la cama en todo el domingo. Respondo a los mensajes de Raúl que insiste en venir a mi casa a hablar, pero no le dejo. No estoy de humor y creo en mi fuero interno que esto lo tengo que pasar yo sola, como una fiebre, sudando y delirando bajo las sábanas.

Me echa la bronca por no consumir anoche. Luego rectifica y se muestra comprensivo. Me pide disculpas por abandonarme. Finjo indignación y tardaré semanas en reconocer delante de él que fue lo mejor que hizo por mí en mucho tiempo.

—¿Estás bien, hija? ¿Te hago una sopa? —pregunta mi madre al otro lado de la puerta.

Para sopas estoy yo.

—¿O prefieres unas croquetitas?

—¡No! —salto. Al instante rectifico—. Bueno, vale. Unas croquetas.

—Pues sales, que ya sólo me faltaba traerte la comida a la cama. Ni que fuera esto un hotel.

Las madres son el reverso de los zumos de naranja: pasan de la dulzura a la acidez en dos segundos.

De alguna manera percibo la frustración que deben sentir mis padres ahora mismo. El silencio, la tensión, el “¿Y a ti qué te pasa ahora?” de mi madre. Saben que me pasa algo, saben que estoy sufriendo pero también saben que no pueden preguntar o que, si lo hacen, responderé con un gruñido.

—Deja a la chica. Ya se le pasará —dice mi padre.

Me pego la noche del domingo al lunes en vela esperando a que se me pase. Pero no se me pasa. Estoy enferma de Mamen. Su fiebre me recorre el cuerpo de arriba abajo, empapándome la espina dorsal. La única medicina que me hace efecto es tocarme y me tomo tres dosis.

El lunes amanezco con unas ojeras horribles que trato de camuflar bajo kilos de corrector. Como se nota que me he maquillado, me pongo rímel al que acompaño con colorete para no desentonar. Voy maquillada a clase por primera vez en mi vida.

Es culpa de Mamen. O gracias a ella. Ya no lo sé.

Todo lo que hago o pienso tiene su sello. No se me va de la cabeza.

La huelo en las chicas del autobús, siento su piel en la yema de mis dedos. Tengo la impresión de que me la voy a encontrar en cualquier momento.

Dentro ya del vagón del metro, noto una presencia por detrás y me da un vuelco al corazón. En mi mente se han mezclado las caras de la chica del metro y Mamen, pero cuando me giro veo a un tío que me rompe el corazón. Cuando abre la boca para hablarme la cosa no mejora.

—Hola, guapa, ¿tienes WhatsApp?

Si hubiera desayunado algo se lo vomitaba encima.

—¡Cerdo! —le suelto.

—¿Qué pasa? —dice con autosuficiencia —¿No te gusto?

—Pues no —digo separándome de él.

—¿Eres bollera o qué?

Se me acaba de bajar la fiebre a los pies de golpe.

—Mira tío, eres imbécil.

El chico lejos de cortarse avanza hacia mí con sus pectorales por delante.

—Sí, soy lesbiana pero te voy a decir una... no, dos cosas. Una: ni aunque fuera la tía más hetero del planeta perdería el culo por ti; y dos: eres la primera persona a la que le digo que soy lesbiana.

El tío se queda un poco roto con mi respuesta y yo, aprovechando este arrebatado de valentía, salgo del vagón y subo las escaleras de salida.

En la calle tardo un rato en percatarme de que ya he estado allí antes, de que me suenan los adoquines del suelo, las fachadas, el susurro de los árboles. Levanto la vista y ahí lo veo: el cartel de la estación de metro más cercana a la casa de Mamen, ese por el que entré hace unas horas con el estómago aún revuelto.

Debe ser una señal: Hoy no es día de clase. Hoy es día de Mamen.

Deshago los pasos que di el sábado por la noche y llego a su casa. Es el portal, es la puerta y, haciendo un poco de memoria, sé cuál es el piso. No lo pienso mucho, porque sé que si lo hago me echaré atrás, y timbro al portero automático.

—¿Sí?

—¿Está Mamen? Soy Nico.

—Se ha confundido —responde la voz.

—Ah... —digo con tristeza.

—Es el botón de al lado.

Sonríó como una tonta y le doy las gracias.

Me tiembla un poco el dedo pero hago un esfuerzo por mantenerlo firme y doy al botón.

—¿Sí? —dice una voz femenina.

Se me hiela la sangre. No es la voz de Mamen. Sé que comparte piso y puede ser una compañera, pero también puede ser su novia o una amante o una amiga con derecho a roce. Al fin y al cabo, Mamen es muy guapa, podría tener una cada día.

—¿Quién es?—insiste la voz enlatada del telefonillo, pero yo sigo inmersa en mis dudas.

A lo mejor yo era su "chica del sábado" y al salir corriendo le jodí la semana. No puedo estar con una chica con tanta... experiencia. A lo mejor debería empezar con otra chica más novata. Como yo...

—¡Vas a molestar a tu puta madre! —grita indignada la chica.

Quiero decir algo pero no me salen las palabras. Oigo una persiana que sube y temo que sea la chica del piso que se asoma para escupirme.

Me giro para salir corriendo de allí, una vez más. No puede estar pasándome esto de nuevo. No puede y sin embargo está pasando.

Camino con el paso apretado y la cabeza agachada. Estoy enfadada conmigo misma.

Al cruzar la esquina, choco con alguien.

—Disculpe —digo sin levantar la mirada.

—¡Nico! —dice la persona con la que me he dado el encontronazo.

Cuando levanto la cabeza, veo a Mamen y no puedo hacer otra cosa que lanzarme a sus brazos y llenarle la cara y la boca de besos.

Capítulo 9 Derribando puentes

Se nota que no es la primera vez que Mamen lo hace con una chica que nunca ha tenido sexo lésbico. Es muy atenta y cariñosa.

Le estoy esperando sentada en su cama. Ella ha ido a por un poco de agua para mí. Aprovecha su paso por el salón para comentarle a sus compañeros de piso que tiene compañía. Oigo que le dicen algo en tono burlón.

Cuando vuelve a la habitación trae una botella llena de agua, un vaso y una sonrisa preciosa.

—Hola —dice mientras llena el vaso.

—Hola —le respondo sonriendo.

Me lo da y me lo bebo de un trago. Tengo la boca seca pero, contra todo pronóstico, no tengo ganas de ir al baño.

Es la misma iluminación que la primera vez, aquella en la que salí huyendo. El mismo dorado de su piel, el mismo vello erizado de los brazos.

—¿Me perdonas? —le pregunto.

—¿Por qué? ¿Por asaltarme por la calle? —dice riendo.

—No... —me pongo roja al recordarlo—. Por salir corriendo el sábado.

Mamen me pone un mechón detrás de la oreja.

—Sí, te perdono. Pero no lo vuelvas a hacer —dice apuntándome con el dedo. El dedo...

Niego con la cabeza como una niña a la que le han echado la bronca.

Para que me crea que esta vez voy en serio, me acerco a su boca y le beso. Esta vez, con más calma que en la calle. Mamen me devuelve el beso y en pocos minutos, volvemos a estar donde lo dejamos el sábado. Con una excepción: cuando Mamen me va a quitar el jersey, me quedo quieta y le dejo hacer.

Una vez superada esta primera barrera, las cosas se precipitan y siento que pierdo el control poco a poco. Más que perderlo, se lo cedo a Mamen que se siente más cómoda manejando mi cuerpo, tumbándolo en la cama y acariciándolo suavemente.

Me dejo llevar.

Me dejo besar, morder, lamer.

Mamen recorre cada palmo de mi piel con sus manos seguras, sus labios suaves y su lengua húmeda.

A mí me vienen oleadas de su olor conforme sube y baja. Es dulce pero comienza a notarse el aroma de la transpiración.

Estoy completamente desnuda sobre su cama y le ayudo a quitarse ropa hasta que ella también queda a la intemperie.

No paro de jadear pero sé que Mamen no ha hecho más que empezar conmigo.

Agarra mis pechos y sus pulgares juegan con mis pezones. Los pellizca delicadamente, los chupa y los muerde. Jamás pensé que podría gustarme tanto que me mordieran los pezones.

Noto su coño mojado frotándose contra mi muslo.

Baja con su boca por mi vientre, me abre las piernas y muerde el interior de los muslos.

Sé que me va a matar pero tengo que pararle.

—Mamen...

Mamen me mira desde abajo. Tiene cara de "no me hagas esto otra vez, por favor".

Le pongo carita de pena.

—¿Te importa si dejamos lo del sexo oral para otra ocasión?

Respira aliviada y suelta una suave carcajada.

—No, no me importa —dice sonriendo.

Invade con su lengua mi boca, juego con ella, le agarro el culo, le clavo las uñas. Estoy a mil y no sé muy bien por qué le he dicho que no quería sexo oral.

Ahora es ella la que frota su muslo contra mi sexo. Yo sigo notando su vello púbico rozándome la pierna. Mamen sube y baja con mucha energía. Su espalda está arqueada, parece un puente a punto de derrumbarse.

Su mano izquierda comienza a recorrer mi cuerpo: me agarra la nuca, baja la mano para hacerme una caricia en el cuello, sujeta mi pecho, me hace cosquillas en el vientre y me aprieta la cadera. Me quiero morir cuando pasea sus dedos por encima del hueso de la cadera, pero no se entretiene mucho ahí. Enseguida baja para acariciar el pelo de mi entrepierna.

Estoy sudando como en mi vida lo había hecho. Intercalo el jadeo con momentos en los que me quedo sin respiración. Creo que voy a perder el sentido cuando mete sus dedos, aquellos dedos que me hicieron el símbolo de la victoria el sábado, en mi coño.

Noto cómo resbalan, cómo entran y salen a su antojo.

Mamen no para de decirme cosas: que si estoy mojada, que si estoy cachonda, que si ahora voy a saber lo que es que me follan bien. Yo digo a todo que sí y que no pare.

Arqueo la espalda hasta el punto que creo que me voy a partir. Otro puente que cae producto del desenfreno.

Cojo a Mamen por los hombros y le obligo a tumbarse. Me siento a bocajarro sobre ella mientras cabalgo sobre sus dedos. Con la otra mano, continúa acariciando mis pechos.

—Bésame —le ordeno—. Bésame.

Mamen hace el esfuerzo por llegar hasta mi boca, pero no se lo pongo fácil. Acaba poniéndose de rodillas frente a mí y me besa casi con violencia.

Quiero gritar pero me parece de mala educación. No querría molestar a los vecinos.

También quiero saber cuándo acaba este polvo. No porque quiero que acabe, sino porque ya llevamos un buen rato y mi cuerpo quiere más. No tengo fin.

A Mamen se le debe estar cansando el brazo, pero no se queja. Tampoco se queja de que yo no la esté tocando, pero jadea igual. No entiendo por qué, pero tomo nota mental para preguntarle algún día.

Cuando parece que el placer alcanza su techo, sube otro escalón más. Y otro. Y otro. Se me va a salir el corazón del pecho. Dejo de moverme y empiezo a besar a Mamen con calma. Las orejas, los ojos, las mejillas que las tiene ardiendo. Apreto su cuerpo contra el mío y le susurro al oído que pare.

Mamen me mira extrañada.

—¿Estás bien?

Asiento con la cabeza. Trato de recuperar un ritmo de respiración que me permita explicarme.

—Sí, es que llevamos mucho rato dándole y tampoco quiero abusar de ti. Que yo no te he tocado nada y me parece injusto.

—¡Qué tontería, Nico!

Otra vez agacho la cabeza como una niña avergonzada. Mamen me agarra la barbilla y me obliga a mirarle.

—Vale. Lo dejamos por hoy.

—Me estaba gustando mucho pero no veía que llegara el orgasmo y me he asustado un poco.

Mamen suelta una carcajada que retumba en las paredes.

—Lo importante es que disfrutes del camino.

—Pues he disfrutado muchísimo.

Nos tumbamos en la cama. Los olores a perfume, sudor y sexo se entremezclan cargando el ambiente.

—Estoy aquí un ratito pero me tendré que ir luego.

—Sí —dice Mamen para luego besarme en la frente.

Cuando llego a casa aún me tiemblan las piernas. Son las 7. Un poco tarde para un lunes pero tengo la excusa pensada.

—Ya era hora de que llegaras —me regaña mi madre—. ¿Se puede saber dónde has estado toda la tarde?

—Tenía que hacer un trabajo de la universidad. ¿No te lo dije?

—No, no me lo has dicho.

Quedamos las dos unos segundos frente a frente y en silencio. Ella no ha cambiado su gesto torcido y yo tengo miedo de que me huela algo que no ha

olido hasta ahora.

—Me voy a la ducha.

—Sí, vete —me dice cuando paso por su lado.

Capítulo 10 Agradecida y emocionada

Estoy en mi cama, recién duchada y con el pelo seco ya. Me siento limpia y estoy agotada al tiempo que me invade una nueva sensación de reconciliación conmigo misma.

Asoma una pequeña duda cuando me viene a la mente la cara de mi madre cuando llegué. Sacudo la cabeza y me hago una bolita en la cama.

Recuerdo los besos y caricias de Mamen y me invade una sensación cálida que nunca antes había experimentado.

Prohibido enamorarse, Nico. No seas tan niñata de enamorarte por un polvo, por una primera vez, por una primera chica.

Pero, uf, qué chica, qué polvo y qué primera vez.

Mientras me relamo en el recuerdo de los detalles de mi noche con Mamen pienso que si no morí de placer, tampoco lo haré por mandar un mensaje.

Alcanzo el móvil de la mesilla y le escribo.

"Mamen, quería escribirte para darte las gracias. Sólo me sale eso. Muchas gracias".

Envío y me doy cuenta de la estupidez que es poner el nombre de la persona en el mensaje. Es obvio que me dirijo a ella. Lo he escrito como si estuviéramos delante y necesitara que me mirara para darle las gracias, pero con los mensajes al móvil, la función conativa la realiza un LED luminoso y parpadeante.

Trato de dejar de pensar. No espero a que me conteste, estoy agotada y quiero dormir. Dejo el móvil en silencio sobre la mesilla y vuelvo a hacerme una bola.

Al poco rato, veo en el techo una débil luz verde y parpadeante. Me giro y veo que es el móvil. Tengo un mensaje. Sí, es de Mamen.

"Era tu primera vez, ¿verdad?", me pregunta.

Medito dos segundos la respuesta. Se me cruza por la mente la idea de mentirle y decirle que no, pero mis dedos me traicionan.

"Sí...".

Mamen no contesta. Nos quedamos las dos sin escribir pero «en línea», como si estuviéramos mirándonos en silencio. Pero lo único que miramos es una pantalla de móvil.

A los pocos segundos, Mamen sale de la conversación y yo me quedo sola mirando al vacío.

Es el minuto más largo de mi vida. Tras él, Mamen vuelve a estar en línea y a escribir.

"Espero que te haya gustado. Creo que nunca he sido la primera vez de

nadie".

"Sí me ha gustado".

"Como no has gritado...".

"No quería molestar a los vecinos o a tus compañeros".

"Jajaja, ellos me molestan a mí con sus noches de amor!".

La palabra amor cae como una plomada en el chat. Parece que Mamen se ha dado cuenta porque cambia de tercio.

"Nico, tengo que despedirme. Mañana me espera un día muy duro en el trabajo".

"Claro. Buenas noches. ¡Qué vaya bien mañana!".

"Gracias. Ya te contaré ;) Buenas noches. Que descanses".

Mamen vuelve a salir de la conversación y yo me quedo embobada mirando la pantalla.

Prohibido enamorarse, Nico.

Pienso en lo rápido que han pasado las cosas. En poco menos de una semana me he enamorado de una desconocida en el metro, he salido del armario, he ido a un bar de lesbianas y me he acostado con una.

Y a la vez lento. Si lo hubiera sabido antes, si no hubiera consumido tanto tiempo de mi vida negando o ignorando una parte de mí, ahora probablemente tendría la conciencia más tranquila. O, desde luego, más experiencia. Yo y mi maldita ingenuidad. La misma desde los 13 años cuando lloré a moco tendido durante semanas porque mi mejor amiga se iba a mudar a otra ciudad y no la iba a volver a ver.

—Cariño, ahora no lo ves pero harás nuevas amigas. No hagas un drama. Eres muy joven —decía mi madre.

Yo no era capaz de responderle más que con un "Era ella, era ella..." que ni mi madre, ni yo llegamos a entender nunca qué significaba. O quizá mi madre sí lo sabía y es ahora cuando yo comienzo a comprender.

Al despertar descubro que tengo un mensaje de Mamen en el móvil.

"¡Qué tengas un buen día!".

Esto sí que no me lo esperaba y una sonrisa bobalicona inunda mi cara.

Abro las cortinas y llueve a mares, pero a mí me parece un día estupendo y voy canturreando por toda la casa.

Raúl me recibe con una sonrisa picarona en la facultad. Le he dado un adelanto de lo que ocurrió el día de antes y quiere más detalles.

—Aquí está mi bollito favorito.

—Calla. Se va a enterar toda la cafetería.

Algunas personas me miran de reojo.

Cuando estamos acomodados en una mesa, comienzo a contarle cómo fui a casa de Mamen y lo bien que me trató.

—Ya, ya, pero... ¿qué hicisteis en la cama?

—Ah, no, ese tipo de detalles no te los voy a contar.

—Venga, tía... Ten en cuenta que la sociedad heteronormativa ignora por completo cómo os lo montáis las lesbianas y que harías un gran favor a la humanidad entrando en ese tipo de detalles para normalizar el sexo lésbico.

—Contándotelo a ti...

—Sí.

—No. Prefiero que la sociedad heteronormativa piense que si no hay polla no hay sexo antes de que me visualices follando.

Raúl se lleva un chasco con mi respuesta, por lo que trato de volver a ganarme su confianza.

—Lo importante es que me trató muy bien. Fue muy dulce y sexy a la vez.

Raúl tuerce el gesto y, aunque no se da por satisfecho, establece una tregua.

—¿Vas a volver a verla?

—Creo que sí. Me encantaría.

—Espero que no sea una bollera zorra.

—¿Una qué?

—Una bollera zorra —repite Raúl y cuando ve que no pilló por dónde va, pone los ojos en blanco y resopla—. ¿Cómo puedes ser tan lista para unas cosas y tan ingenua para otras?

Encojo los hombros.

—Las bolleras zorras son mujeres que se dedican a zorrear, a ir de tía en tía, una picaflor...

—Me ha dado los buenos días.

—Ah, bueno. Entonces puede que sólo sea una bollera zorra educada.

—¡Oye! —le digo indignada por haber insultado a Mamen—, ¿desde cuándo eres un experto en lesbianas?

Raúl se ríe y pide perdón uniendo las manos.

—Pasa en todos los sitios. Siempre hay un tipo de persona que le gusta zorrear, sea lesbiana, gay o heterosexual. Mira, ¿ves esa de ahí? —me dice señalando a una chica muy atractiva que empuja la bandeja de comida por la barra de la comida.

—Sí.

—Pues le gusta zorrear. Se ha tirado a media facultad. Sólo tíos. No te hagas ilusiones.

Le miro con odio porque me ha calado.

—Yo te lo digo porque eres nueva, no te conoces al personal, no has salido por la zona gay, no sabes de qué palo va cada una. Eres un pollito recién

salido del cascarón.

—Ya, gracias. ¿Cómo se llama? —pregunto señalando a la chica de la bandeja.

—Verónica, creo. Eh, pero por mí guay. Ser joven es eso: vivir libremente nuestra sexualidad.

—Sí... y estudiar. ¿Me pasas los apuntes de ayer?

Capítulo 11 Comienza el partido

Llevo toda la semana mensajeándome con Mamen. Por el día los mensajes aparecen como por goteo, en los escasos ratos libres que le deja el curro. Por las noches, la cosa cambia. El tono es más íntimo, más tierno y dulce y hace que me vaya a la cama con una sonrisa en los labios.

El jueves la sonrisa es más grande porque quiere quedar conmigo el fin de semana.

—Oye, un par de amigas juegan al fútbol el sábado por la tarde. ¿Te apetece venir a verlas? Luego nos iremos a tomar unas cañas.

Desde luego, ir a ver un partido de fútbol no es mi ideal de cita pero estaré con Mamen que es lo más importante.

—Sí, vale.

El sábado voy a casa de Mamen pero esta vez no subo. Le espero abajo y me siento un poco decepcionada cuando no me besa al verme.

Vamos al partido en metro. Insiste en hablarme muy de cerca aunque no hay mucha gente en el vagón y la escucho perfectamente. Supongo que es el mismo truco de la discoteca, cuando insistía en hablarme al oído.

—¿Qué tal ha ido tu semana? —me pregunta.

Resoplo.

—Empezó bien —le sonrío recordando nuestra primera vez—. Muy bien. Y, bueno, el resto ha sido facultad y casa. No hay mucha historia —le respondo—. ¿Y la tuya? ¿Qué es eso que te tiene tan agobiada en el curro?

—¿Cómo que ya está? ¿Y esas noches de insomnio recordando mis caricias?

Me pongo roja. Una cosa es decirle estas cosas por el móvil y otra hablar de ello en persona.

Mamen sonrío y me da una tregua.

—Mi semana ha sido chungu. Hay un ascenso en juego. Yo soy una de las aspirantes y la cosa está entre tensa y muy tensa con el resto de compañeros. Todos estamos dando el 200%, echando horas, que además tienen que ser productivas. Esta semana he dormido muy poco.

—Vaya... —me preocupo—. ¿Y cuándo se sabrá quién asciende?

—Pfff, cuando le dé la gana a mi jefe. A veces creo que se está flipando, que nos está vacilando, que quiere saber hasta qué punto somos capaces de vendernos, pero sé que es real, que está ahí y que puedo tocarlo. Más pasta, más libertad, más responsabilidad también, pero, si lo consigo, podré decir adiós a la gente de mi oficina y a mi jefe, que estoy hasta las narices de ellos.

—Ah, pero... ¿implica un traslado de oficina?

Mamen responde que sí con la cabeza de manera distraída. Hemos llegado a la

estación.

—Vamos —me dice mientras me agarra la mano y tira de ella para salir del tren.

Tengo poca idea de fútbol, la verdad. Sé que hay defensas, centrocampistas, porteros y delanteros y que estos se llevan la fama porque son los que marcan los goles. Pero no sé qué es un fuera de juego ni para qué sirven tantas líneas en el campo. Y, por supuesto, de estrategia cero. Y aquí me encuentro, rodeada de chicas que no paran de gritarle al árbitro pidiendo tarjetas o sugerirle al entrenador que meta a un mediocentro más para apuntalar la posesión del balón.

Yo me fijo en Mamen, en cómo mira concentrada el partido mientras lo comenta con sus amigas.

—Oye, Nico, no te había visto por la zona, ¿por dónde sueles salir? —me pregunta Ana, una de sus amigas.

Estoy por preguntar de qué zona habla pero me muerdo la lengua cuando caigo en que habla de la zona gay.

—No —responde Mamen por mí—. Nico acaba de salir del cascarón —dice acariciándome el pelo y sonriéndome dulcemente. Es oficial: se me humedece la entrepierna cada vez que me sonrío así.

—Ah, pues luego te enseñamos todo lo que necesitas saber —dice Laura, la otra amiga.

—Sí, Laura te pasará un dossier con las chicas más populares de Chueca. No es broma: tiene uno —dice Ana.

Yo me río sin saber muy bien si me está vacilando o no, pero Laura asiente orgullosa.

—Por ejemplo —dice Laura —esa chica que está en el banquillo, la rubia de pelo corto.

—¿La que lleva los cordones de las botas sin atar?

—La misma. Bien lejos. Se llama Carolina y es una zorra.

Le miro sorprendida.

—Sí, se ha cepillado a medio Chueca —apunta.

—Su especialidad son las recién llegadas que no conocen su fama y algunas veteranas que creen que le pueden cambiar —añade Ana señalando de manera silenciosa a Mamen.

Mamen se vuelve y le regaña por lo bajo.

—¿Es tu ex? —le pregunto como una gilipollas.

—A ver, ex ex no... —se defiende—. Pero sí nos hemos liado un par de veces o tres —acaba sincerándose.

Intento no mostrar decepción pero lo debo hacer muy mal porque Mamen me consuela.

—Nico, no fue nada.

—Olvidalo, he sido un poco tonta —le digo.

—¿Por qué dices eso?

—Es ingenuo pensar que no tienes un pasado. No puedo molestarme por eso. Mamen sonrío de nuevo. Otra vez humedad vaginal. Me coge de la barbilla y me besa por primera vez en toda la tarde. El Mar Rojo entre mis piernas.

—Mira, va a salir Carolina —señala Ana—. ¿Oye, Laura, cómo llevas que compartas vestuario y duchas con tu novia?

—¿Cuándo vas a dejar de hacerme la misma pregunta siempre?

—¿Quién es tu novia, Laura? —le pregunto ahora que empiezo a tener confianza con ellas.

—La 8. Se llama Ali.

A Laura se le cambia la cara cuando desde la banda llaman a su novia para hacer el cambio. Carolina sale sin chocar las manos con su compañera y sin apenas cruzar la mirada.

—Zorra —dice Laura.

Ana se lleva el índice a la boca para sugerirme que no mencione nada de esto nunca más.

El primer balón que toca Carolina le viene de un rebote en el centro del campo. Lo baja delicadamente con el pie y sale con velocidad hacia la portería contraria. Para ser tan alta es bastante habilidosa. Le acompañan un par de compañeras pero prefiere jugársela sola y empieza a regatear a toda aquella que se le cruza por delante. Sus compañeras ya no le siguen y ella termina regateando a la portera y marcando gol. Es el tanto de la victoria pero no lo celebra. La gente a nuestro alrededor está de pie aplaudiendo a Carolina y nosotras nos miramos con cara de circunstancias.

Miro al banquillo. La novia de Laura tira una botella de agua al suelo y se marcha al vestuario.

Esperamos a la salida de los vestuarios a que salga Ali y las otras chicas, pero la primera en salir es Carolina. Tiene el gesto duro y la mirada afilada y azul. Es alta y delgada. Pasa a nuestro lado pero sólo me mira a mí. Mamen me echa un brazo por encima y Carolina sonrío con una mezcla de malicia y un no —sé—qué que no sé identificar.

La goleadora va directa a su grupo de amigos que la esperan unos metros detrás de nosotras. Son unos hooligans que no han parado de gritar durante todo el partido, pidiendo al entrenador que sacara a Carolina, y que ahora le ovacionan y le abrazan.

Cuando sale de los vestuarios Ali no trae cara de buenos amigos. Yo observo desde la distancia física y emocional de la escena. Ali besa a Laura y se abrazan. Su novia le dice algo al oído pero Ali mira a Carolina por encima del

hombro de Laura. Veo odio en esos ojos.

—Chicas, si no os importa, nos vamos a casa —dice Laura.

Todas asentimos comprendiendo la situación.

—Sí... Nosotras también nos vamos a casa —oigo que dice Mamen.

A mí se me debe iluminar la cara porque Ana se ríe y nos da permiso.

—Pues nada, nos iremos nosotras a celebrarlo —dice Ana.

Yo sigo con el Mar Rojo entre las piernas desde el beso de Mamen y sólo espero que venga Moisés, o los dedos de Mamen, a separar las aguas.

Capítulo 12 Grita

Antes de meter la llave en la cerradura de su casa, Mamen me pregunta:

—¿Preferías quedarte a tomar unas cañas?

Levanto una ceja y respondo un escueto “No”. Mamen se ríe.

Hay mucho ajeteo cuando entramos a su casa. Sus compañeros se están preparando para salir. Son dos. Mamen me los presenta.

—Chicos, os presento a Nico. Nico, ella es Bea. Estudia un posgrado de arte y mitología griega y trabaja en un bar los fines de semana.

Bea es corpulenta pero muy sexy. Tiene un pelo rojizo, supongo que teñido, y un piercing septum. Me planta dos besos con mucha energía.

—De hecho, tengo que irme ya —dice instantes antes de salir por la puerta.

Reconozco su voz. Es la que me respondió al telefonillo la segunda vez que vine a casa de Mamen, esa que me dijo que fuera a molestar a mi puta madre.

—Hola, yo soy Sergio —dice el chico y se inclina para darme otros dos besos.

Sergio lleva sólo una toalla de cintura para abajo y huelo su piel limpia y perfumada.

—Perdona, me habéis pillado recién salido de la ducha —se disculpa mientras escapa a su habitación dando pasitos cortos para que no se le caiga la toalla en un descuido.

—Y eso es todo —dice Mamen como si fuera la presentadora de un programa de televisión.

Vamos al salón que está medianamente ordenado.

—¿Quieres beber algo? ¿Una coca—cola, un zumo... un whisky?

La idea del alcohol no me parece mala en absoluto así que accedo.

—¿Tienes para hacer gin-tonic?

Mamen asiente, se recoge el pelo en una coleta y comienza a moverse de un lado a otro del salón y la cocina. Yo la veo cómo se mueve por su casa. Me siento una intrusa, como una antropóloga descubriendo las costumbres de una nueva tribu desconocida hasta el momento. Y como tal, dudo si intervenir en la escena o no contaminarla con mis acciones.

—A la mierda —me digo y sigo a Mamen hasta la cocina. Le abrazo por detrás y le doy un beso en la nuca.

Mamen ronronea y se gira con los gin-tonics a medio hacer. Nos besamos en su cocina. Pone sus manos en mis caderas y me atrae hacia ella. Yo le abrazo como una anaconda para que no se separe de mí.

—Chicas, me voy —dice Sergio que ha irrumpido en la cocina sin avisar.

Del susto, empujo a Mamen contra la nevera. Sergio se disculpa de nuevo por el susto y cuando se va, le pido perdón a Mamen por el empujón.

—¡Qué ímpetu, Nico!

—Lo siento. He sentido como si me pillara mi madre o algo así —le digo.

Necesito un trago para pasar el agobio y bebo de uno de los gin-tonics que estaba preparando Mamen.

—No había acabado... —me dice Mamen al ver mi cara de asco al beberme la ginebra sola.

El alcohol se me sube de golpe a la cabeza.

—Quería venir a mi casa ahora porque así tenemos más rato para estar solas. Y como estos se han ido, podrás gritar si quieres —me dice acercándose a mí lentamente.

Niego con la cabeza y Mamen me mira extrañada.

—No... La que vas a gritar eres tú.

La ginebra habla por mí. Las dos lo sabemos, pero a Mamen le divierte la nueva Nico y yo siento curiosidad por saber hasta dónde puede llegar, así que le dejamos que campe a sus anchas.

Saco fuerzas de mis músculos flácidos y levanto a Mamen hasta colocarla sentada sobre la encimera de la cocina. Ella entrelaza las piernas a mi espalda y comenzamos a besarnos. No hay preámbulos; abrimos la boca y jugamos con las lenguas. Todo muy salvaje.

—Llévame al sofá —ordena Mamen.

Vuelvo a sacar a la Hulk que llevo dentro para levantar a Mamen sin que toque el suelo. La suelto en el sofá y ella me agarra del jersey para que me tumbe sobre ella. Termina quitándomelo y yo aprovecho el momento para quitarme los pantalones.

—Desnúdame —vuelve a ordenar Mamen.

Le desabrocho la cremallera del pantalón y le bajo la cinturilla. Sin querer, tiro también de la braga, pero no doy marcha atrás y la dejo desnuda de cintura para abajo.

Empieza a llegarme el olor de su coño. Ella se quita la parte de arriba y se queda con el sujetador puesto. Me envalentono y paso la mano por la espalda para intentar desabrochar el sujetador. Estoy un rato intentándolo, sin dejar de besar a Mamen, pero esta empieza a reírse al ver que no puedo desabrocharlo. Acaba haciéndolo ella.

Me tomo un momento para contemplarla desnuda. Tiene la piel dorada, sus pezones son pequeños y rosados, siempre alerta, apenas se le nota ninguna imperfección; es simplemente perfecta.

Acaricio sus pechos despacio, me recreo en los pezones, hago dibujos sobre su estómago mientras le beso, esta vez, más suave, apenas rozando mi lengua con la suya.

—Bésame las tetas —dice Mamen.

Obedezco. Acerco la boca al pezón y beso tímidamente la aureola. Noto la

punta del pezón, cada vez más saliente, rozándome la mejilla. La acaricio con los labios y Mamen vuelve a ronronear. Animada, estrujo un poco la teta y lamo la punta. Mamen gime por lo que intuyo que le gusta lo que le hago. Chupo y muerdo el pezón, aprieto el pecho contra mi cara y agarro el otro para hacerle lo mismo. Sus pezones miran al cielo mojados por mi saliva. Les sopló un poco para que se le erice el vello de la aureola.

—Tócame —me dirige Mamen.

—No paras de mandar, eh —bromeo.

Ella se ríe a carcajadas y me mira a los ojos, o a lo que se puede intuir de mis ojos con el pelo suelto y revuelto. Me lo recoge detrás de la oreja, pero es inútil. Los mechones vuelven a soltarse.

Acaricio su vello púbico y deslizo el dedo corazón en el interior de Mamen. Entonces es cuando se me cae por los suelos la escasa seguridad en mi misma que me había aportado el alcohol. No acierto a adivinar qué estoy tocando, si son los labios, el clítoris o simplemente las paredes interiores. Busco desesperada algo parecido a un botón. Mi clítoris lo encuentro fácil pero, tonta de mí, no caí en la cuenta de que cada mujer es un mundo y que no tengo ni idea de cómo tocar a una. Meto el índice también para ver si con dos dedos encuentro algo, pero no. Todo está tan mojado que no distingo nada. Me frustró, resopló y veo que a Mamen le ha dado el bajón porque me mira con curiosidad.

—Nico, Nico... para.

—No, que lo tengo casi.

—No lo tienes para nada —se ríe Mamen.

Ella vuelve a tomar el mando. Me obliga a sentarme en el sofá y ella se sienta sobre mi muslo derecho. Empieza a frotarse y a mojarme la pierna.

—Mete la mano ahora.

Pongo la palma en su pubis y meto el dedo corazón en su interior. Mi mano queda aprisionada entre mi pierna y su cuerpo. Ella comienza a moverse como si cabalgara sobre un caballo, cada vez más deprisa. Me atrevo a mover un poco el dedo y parece que a Mamen le gusta.

—Más deprisa, más deprisa —me dice.

Hago lo que puedo. Mi movilidad es muy reducida pero logro hacerme un hueco y mover también la mano, de arriba a abajo. Mamen pone sus manos sobre mis hombros y yo beso sus pechos, de manera desordenada. Con la mano izquierda le agarro el culo, se lo estrujo y puede que hasta le arañe.

Descubro otro tipo de placer que nunca pude imaginar: el placer de dar placer, de tener el control sobre el gozo y la satisfacción sexual de otra persona en mis manos. Literalmente.

Mamen cada vez gime más alto. Ha sido tan sutil el aumento de volumen que es probable que ya esté gritando y ninguna de las dos se haya dado cuenta.

Justo cuando creo que mi brazo no puede aguantar más, Mamen deja de respirar unos segundos, tensiona su cuerpo y lanza un grito contra el techo del salón. Sus gemidos son ahora susurros y se lanza contra mi cuerpo agotada. Tiene la espalda sudada. Le abrazo y permanecemos así un rato.

—¿Vamos a la cama y dormimos un rato? —me susurra al oído.

Asiento aunque yo no quiero dormir con ella. Yo quiero seguir follando.

Caminamos hasta su habitación cogidas de la mano. Ella desnuda, yo en ropa interior. Debe ser muy curioso vernos desde fuera.

Vamos a la cama pero tardamos un rato en dormirnos. Permanecemos mirándonos, sin apenas hablar.

—¿Qué piensas cuando me miras así? —le pregunto cuando no puedo aguantar más su mirada intensa.

—¿Así cómo?

—Así, cuando niegas con la cabeza y te muerdes los labios como diciendo “¿qué voy a hacer contigo?”.

Mamen piensa un momento antes de responder.

—Pues eso, Nico, ¿qué voy a hacer contigo...?

Capítulo 13 El consejo

El tiempo es elástico cuando estoy con Mamen. Lo que me parecen minutos, son horas pasadas en su cama, en su habitación. Lo que son días hasta verla, me parecen semanas, incluso meses, años o eones.

A mi madre, sin embargo, siempre le parece que me paso demasiado tiempo fuera de casa e insiste en saber con quién ando.

—Con gente de la Uni, mamá, que lo quieres saber todo.

—¡Claro que lo quiero saber todo! Quiero saber si mi hija está con gente que no le meterá en problemas. No me escribes ni un mísero mensaje, no sé dónde vas, ni con quién, ni cuándo volverás, ni qué haces.

—¿Quieres venirte conmigo de marcha o qué? —le grito de madrugada.

—No me trates de estúpida, Nico, que te parto la cara. ¡Lo que me faltaba! Y no grites que se va a despertar tu padre.

—Has empezado tú.

Aguantamos las miradas llenas de furia unos segundos.

—Escucha, Nico, —cede mi madre —sólo quiero saber si estás segura cuando sales.

Me encantaría decirle que lo estoy, que no salgo de la casa de Mamen, que nada malo puede pasarme cuando estoy bajo sus sábanas, que me he enamorado de ella y que quiero pasar todo el tiempo posible a su lado. Pero si le cuento todo eso le dará un infarto. O me partirá la cara. O las dos cosas.

—Confía en mí, mamá, ya tengo 20 años, sé lo que hago, sé qué hacer y qué no hacer para no meterme en líos.

Estoy segura de que no se queda convencida del todo pero no espero a la réplica y me marcho a mi habitación a echar de menos a Mamen hasta la próxima vez que nos veamos.

Cuando veo a Raúl en la facultad, también me parece que hace siglos que no veo, aunque le viera el pasado viernes en clase.

—Este finde quedamos, ¿no? Nos iremos de fiesta por Chueca.

Tuerzo el labio y niego con la cabeza.

—¿No?

—Lo siento, Raúl, tengo un cumple.

—Con Mamen, supongo.

—Sí.

A Raúl no le gusta nada mi respuesta.

—Te pasas los findes con ella. Me tienes abandonado.

—Ya... Es el único rato que podemos quedar. El resto de la semana va de culo con el trabajo.

—Vale. Estás enamorada de ella, lo entiendo, yo también he pasado por eso, pero no me dejes de lado. Trata de sacar un día para salir conmigo, ¿vale? Necesitamos vernos fuera de aquí.

Asiento con la cabeza y hago el gesto de la cruz sobre mi pecho en señal de promesa. Sin embargo sé que sacar un rato para Raúl está lejos de ser una de mis prioridades ahora mismo. Y dudo de que él lo sospeche a juzgar por cómo sonrío ante mi promesa.

Mamen insiste en venir a buscarme a mi barrio para ir al cumpleaños. Queda cerca de la fiesta de cumpleaños y quiere saber por dónde me muevo. En un principio, me muestro reacia pero después se me ocurre una idea. Un pequeño paso para Nico, pero un gran paso para su lesbianismo, oigo que dice mi Neil Armstrong particular, ese que hace que me pase horas en la luna.

—Te presentaré a mis padres.

Mamen flipa y le aclaro el porqué antes de que salga corriendo.

—Cálmate, no es una declaración de intenciones. Ya te he contado que mi madre me da la brasa porque no me ve el pelo los findes. Si le presento a una de mis amigas, igual se queda más tranquila.

Cuando abro la puerta de casa, veo a una Mamen indescriptiblemente guapa que me recuerda a la chica que me cazó en mi primera noche en un bar de lesbianas. Irresistible, segura y muy sonriente; las mismas cualidades que me conquistaron hace un par de meses, ejercen el mismo efecto sobre mis padres que no paran de sonreír ante Mamen. Veo a los tres hablar de cosas sin importancia y sin embargo todo es muy importante en ese salón, aunque yo sea la única que lo sepa.

—Y, dime, Mamen, ¿cómo conociste a Nico? —pregunta mi madre.

Mierda.

—Eh... —balbucea Mamen. Su seguridad se ha ido al traste.

—En clase, mamá—salgo al rescate.

—Pero habéis dicho que Mamen trabaja en una consultora. ¿Cómo puede ser eso?

—Pues... —ahora soy yo la que tartamudea.

—Hay algunos créditos dedicados a la cultura empresarial, el emprendimiento y esas cosas en su carrera —se lanza Mamen—. Fui como formadora de apoyo a su clase y después nos fuimos a tomar algo.

—¿Con los alumnos? —preguntó mi madre extrañada.

—Sí, bueno, como yo era más joven que el formador principal pensé que podía ofrecerles una visión más aproximada de lo que ellos buscan y que estarían más receptivos fuera de clase. Sé que suena extraño, pero salieron grandes idas de aquella tarde, ¿te acuerdas, Nico?

Estoy flipando. ¡Qué capacidad de improvisación tiene Mamen. Yo hace rato que me he hecho caquita.

—Odio que en la Universidad se metan las empresas privadas... —acaba soltando mi padre.

Mi madre y yo ponemos los ojos en blanco y Mamen ríe disimuladamente ante la estampa.

Ya en la calle, Mamen vuelve a ser la chica segura de siempre.

—Pues no sé de qué te quejas, Nico. Tus padres son muy majos.

—Lo son pero ahí arriba estaban engañados. Ya lo sabes.

—Bueno, aun así. Me ha hecho ilusión conocer a tu familia. Tenía ganas de conocer a las personas que te han criado así de bien —me dice mientras me rodea la cintura con sus brazos y me da un beso. Le sigo el rollo hasta que caigo en la cuenta de que ese es mi barrio y que puede vernos alguien que me conozca.

—Aquí no, Mamen...

Mamen se separa de mí y mira alrededor.

—No hay nadie en la calle.

—En este barrio, hasta las cortinas tienen ojos.

Antes de subir al piso donde se celebra la fiesta de cumpleaños Mamen me agarra de la mano y me mira seria.

—Aquí no me digas que no podemos ir de la mano.

Me ruborizo y niego con la cabeza.

En realidad, no tengo ni idea de quién es el cumpleaños y me alegro de ir de la mano de Mamen porque no conozco a nadie. Me presenta a la gente, nombres que olvido casi al instante, felicitamos a la cumpleañera y Mamen le da un detalle.

—Mamen, no me has dicho que le has comprado algo. ¿Cuánto te debo?

Pero Mamen sacude las manos restándole importancia.

Nos unimos a Ali, Laura y Ana, las amigas de Mamen que conocí en el partido de fútbol. Beben y bailan al ritmo de una música que apenas reconozco como aquella noche en que confundí a Mamen con la chica del metro. Pero enseguida algo interrumpe la felicidad del momento: Carolina, la rebelde compañera de equipo de Ali, entra por la puerta.

—¿Qué hace esa ahí? Me aseguraron de que no estaba invitada —pregunta Ali.

—Creo que ha venido con esa chica —responde Ana, siempre risueña, señalando a la acompañante de Carolina. Ali le devuelve una mirada incendiaria y Ana encoge el dedo.

La tensión no se podría cortar ni con una motosierra. Permanecemos un rato paradas, ajenas a la música y bebiendo sorbo a sorbo nuestras copas.

Me doy cuenta de que Carolina nos mira de vez en cuando. No la conozco, ni a ella ni a su pasado o presente con Mamen o con Ali, así que no sé qué está pensando. Además, su mirada es muy enigmática y no sé interpretarla. Me falta información y me sobra líquido en la vejiga.

—Mamen, ¿me acompañas al baño?

Mamen suelta una carcajada.

—Cielo, no te van a comer —me dice mientras me acaricia la mejilla.

Nunca antes me había llamado cielo o cariño o amor y me gusta. Con una sonrisa tonta voy en busca del baño.

Cuando salgo del baño, Carolina me arrincona en un punto estudiado fuera del ángulo de visión de Mamen. Lo sé porque la busco con la mirada y no la encuentro. Me corta cualquier huida apoyando uno de sus brazos delgados y fibrosos contra la pared para cortarme el paso.

—Hola —dice.

Yo apenas respondo con un balbuceo.

—Yo ya sé cómo te llamas y es probable que tú también sepas quién soy yo así que nos ahorramos las presentaciones.

—Vale —digo tartamudeando.

—Voy a ir al grano: no te encapriches de Mamen. No encajas en su vida.

La mirada de Carolina sigue siendo indescifrable. Está llena de tantas cosas que no sabría por dónde empezar a traducirla.

—¿Por qué dices eso?

—Da igual si te lo explico porque no me vas a creer, pero ten cuidado —dice esto mientras me da un toque delicado con sus dedos en mi barbilla.

Su cuerpo se relaja y levanta la barrera que ha creado con su brazo.

—Entonces... ¿qué te importa a ti lo que yo haga o deje de hacer? —le pregunto tras rascar el poco valor que me queda en el fondo de la vejiga, nadando con la ginebra.

Carolina se encoge de hombros y muestra las palmas de sus manos en señal de paz.

—Es un consejo. Haz lo que quieras.

Salgo de ahí tratando de disimular que me tiemblan las piernas. Cuando llego al grupo, Mamen me recibe con una sonrisa.

—Ves, nadie te ha comido —me dice para instantes después darme un beso en los labios.

Capítulo 14 Nostalgia

Carolina no me ha mordido pero sí me ha dado un buen bocado de realidad. ¿Por qué estaría Mamen conmigo pudiendo estar con cualquier otra, incluso con Carolina? Ni soy especialmente atractiva, ni creo que sea sexy ni estoy segura de mi misma. Soy todo lo contrario a Carolina, aunque tampoco sé por qué me comparo con ella.

Sigo ensimismada en mis pensamientos cuando un grito de Ali me saca de mi encierro.

—¡Que nos piramos, joder!

—¿Qué pasa? —le pregunto a Mamen.

—Ali quiere irse de la fiesta porque está Carolina y no puede ni verla, por lo que sea, pero Laura se niega a que la flaca le marque la agenda. Le da igual quién esté en la fiesta, ella quiere divertirse.

—¿La flaca?

—Carolina.

—¿Así le llaman?

Mamen duda un momento.

—Así le llamaba yo —dice al final.

Siento una punzadita en el corazón, pero sé que no puedo reprocharle nada.

Al final, Ali se marcha dando un portazo y la gente nos mira a las cuatro como pidiendo explicaciones. Carolina nos sonrío con malicia mientras mete mano a su acompañante.

Nos encogemos de hombros, la música vuelve a sonar y la gente continúa a su rollo.

Laura está con los brazos cruzados y cara de pocos amigos. Ana se le acerca, le rodea con un brazo y le dice algo al oído, tratando de consolarle, pero Laura se zafa y le pide que le deje en paz. Acaba llorando y sale también de la fiesta, de manera más discreta que su novia. Ana mira a Mamen como pidiéndole permiso y Mamen le dice que vaya.

—¿Y eso qué ha sido? —pregunto extrañada.

—Ana lleva enamorada de Laura desde el principio de los tiempos, pero nunca se ha atrevido a decirle nada, por miedo a perderla como amiga. Por no arriesgar, se ha quedado en tierra de nadie. Peor, en la friendzone.

—Entiendo... —digo.

—Hace unos días hablé con ella y le dije que metiera una marcha más con Laura o se comería los mocos siempre. Ana, que sabe que no puede estar así eternamente, me dijo que sí, que lo haría. Así que ahora es una buena

oportunidad.

—Pero... ¿y Ali?

—Ali es una zorra.

Arqueo las cejas y mis ojos se abren como los de un búho.

—Sí, Nico. Ese rollo que tiene con Carolina no es normal y tampoco es que fuera una santa antes de ponerse a salir con Laura.

Sigo estupefacta.

—Cielo, aquí nos conocemos todas y sabemos de qué palo va cada una. Laura también. Otra cosa es que lo quiera ver o no.

—¿Crees que Ana tiene opciones con Laura?

Mamen mira hacia el techo como si tratara de calcular la raíz cuadrada de 5698.

—Si juega bien sus cartas, a lo mejor. Aunque todo depende de Laura.

Quedamos en silencio unos segundos hasta que me lanzo.

—Tú sabes mucho de tías, ¿verdad? —le digo.

Mamen se ríe tan fuerte que todas las chicas de la fiesta vuelven a mirarnos. También Carolina a la que se le borra su sonrisa maliciosa.

Pintamos poco en la fiesta y nos vamos con un vaso de alcohol en cada mano y los bolsillos llenos de patatas y chucherías que cogemos a puñados antes de salir.

—¿Vienes a mi casa? —me pregunta Mamen.

—No te molestes, eh, pero preferiría que no. A pesar de lo de hoy, conozco a mi madre y sigue con la mosca detrás de la oreja. Además... Estoy con la regla —le confieso con timidez.

Mamen no oculta su decepción así que insisto.

—Me da mucha pereza estar tan a gusto en tu cama y tener que salir en mitad de la noche para volver a casa.

—Ya... —acaba diciendo Mamen.

Paseamos en silencio en dirección a mi barrio.

—Supongo que ahí nace el mito de que las lesbianas nos mudamos juntas muy pronto —dice Mamen—. En realidad, lo que ocurre es que queremos vivir nuestra relación de manera libre, sin horarios, sin escondernos, con normalidad...

Caminamos juntas pero sin darnos la mano. De vez en cuando, nos inclinamos hacia la otra para que nuestros cuerpos se toquen como quien no quiere la cosa. Cada vez los tumbos son más fuertes, reímos, chocamos los hombros y al final finjo estar en un concierto heavy y salto hacia ella. Casi me caigo porque ella no para de reír y se tiene que agachar porque le duele la tripa.

—Ay, Nico, qué tontita te pones a veces —me dice Mamen cuando al fin dejamos de reír.

Me vienen las palabras de Carolina a la mente. “No encajas en su vida”.

—Mamen...

—Dime.

Me quedo callada. Dudo si decirle algo.

—Dime —insiste Mamen alargando con impaciencia la i.

—¿Qué haces conmigo?

Mamen se para en seco y me mira como si no me conociera. Luego se lleva la mano a la barbilla y piensa un rato.

—Uy, tienes que pensarlo. Eso es malo —le digo. Estoy acojonada. Le he hecho pensar, racionalizar lo nuestro, y ahora caerá en la cuenta de que no sabe qué hace conmigo, que no le apporto nada, que yo qué sé.

—Déjalo —le pido.

—No, espera, que me sé la respuesta.

Me giro hacia ella con un escudo protector. Es débil, pero espero que el impacto no sea muy duro.

—Me gustaste desde el principio. Me pareciste mona.

Se me saltan las alarmas de la friendzone cuando me dice que soy mona.

—Parecías una niña perdida y me entraron unas ganas tremendas de cuidarte.

De repente, me entra una nostalgia no sé muy bien de qué. Pero Mamen está ahí para recordármelo.

—¿A quién buscabas cuando me viniste a saludar en el bar la primera vez?

Durante unos tres segundos, mi corazón deja de latir.

—A nadie —respondo con la sensación de que me han pillado haciendo algo malo.

—Venga, ya, Nico. Alguien sería. Me confundiste con otra.

Trato de recordar a la chica del metro pero sólo veo la cara de Mamen en el cuerpo atlético de aquella muchacha con la que cruzaba miradas en el suburbano.

—Buscaba a un fantasma.

Mamen frunce el ceño y al instante siguiente rompe a reír.

—Mira que eres rara, Nico.

Nuestros pasos nos han llevado a mi barrio sin comida ya en los bolsillos.

—¿Crees que habrá alguna cortina con ojos a estas horas o te puedo besar sin miedo? —pregunta Mamen.

Miro a mi alrededor y luego reparo en su mirada cálida.

—Ven —le digo.

Abro el portal y nos metemos dentro. Nos besamos con dulzura pero ya no sabemos estarnos quietas. Meto mi mano bajo su ropa.

—Joder, está helada.

—Perdona —me disculpo.

No tardo en entrar en calor y vuelvo a meter la mano.

—¿Mejor?

Mamen asiente con la cabeza sin dejar de besarme y frotarse contra mí. Yo estoy tan húmeda que siento que el tampón se me va a salir.

Recorro su espalda con mi mano, logro desabrocharle el sujetador en sólo tres intentos y paso a acariciarle el pecho.

—Me tienes pillada, Nico —me dice Mamen.

Continúo con el asombroso viaje de mi mano por su piel, calientes las dos. Desabrocho los botones de sus vaqueros y comienzo a tocarle la entrepierna por encima de la braga, que ya está mojada. Mamen empieza a jadear. Sus piernas tiemblan y apenas puede mantenerse en pie. Arquea el tronco y se apoya en la pared de mi portal con la parte alta de la espalda, mientras mantiene las piernas abiertas y casi en ángulo recto.

Meto el meñique por debajo de la braga a la altura de su ingle y Mamen lanza un grito ahogado. Le tapo la boca con la izquierda mientras meto la mano por debajo de la braga. Uno, dos, tres dedos en su interior, subiendo y bajando, entrando y saliendo.

Se cuelga en mi cuello y muerde mi chaqueta para evitar gritar. Le sujeto del culo para que no se caiga.

En los últimos momentos, me mira a los ojos y abre la boca como para soltar un grito. Temo que lo haga y despierte a todo el vecindario pero Mamen ha enmudecido.

Quedamos un rato abrazadas hasta que recuperamos el aliento.

—¿A esto te referías con lo de que te daba pereza volver a casa después de un polvo? —dice Mamen cuando va a marcharse.

Le pido perdón con la mirada y le doy un último beso de buenas noches antes de que salga a la calle.

Capítulo 15 Calma chicha

Es la 1:06 cuando miro la hora antes de entrar en casa. Es temprano para un sábado pero sé que mi madre me va a echar la bronca. Por lo que sea. Ya se inventará una excusa sobre la marcha. Que huelo a alcohol o que llevo malas pintas, por ejemplo.

A pesar de eso, no me molesto en ser silenciosa al abrir la puerta. Nada de andar de puntillas. Nada de girar los pomos de las puertas despacito mientras pienso que tengo que poner aceite en las bisagras para que no chirríen tanto. La casa está en silencio.

Paso por el baño y me quito el maquillaje. Desde que estoy con Mamen me maquillo. Antes sólo lo hacía para ocasiones especiales. Bien mirado, salir con Mamen es siempre una ocasión especial.

Al salir del baño me topo con mi madre. Le saludo y quedo a la espera de sus comentarios.

—¿Ya estás aquí? ¡Qué pronto! —me suelta.

¿Todas las madres tienen estos arrebatos esquizofrénicos o es sólo la mía? Ahora bien, ahora mal, ahora ni fú ni fa.

Me dirijo a mi habitación cuando mi madre me llama.

—Por cierto, hija, esa tal Mamen, ¿no será... —a mi madre también le cuesta pronunciar la palabra L —lesbiana?

Me quedo en blanco y miento.

—No, mamá.

No sé por qué, pero miento como una bellaca.

—Mejor. No me gustaría que te juntaras con ese tipo de gente —dice, y sin darme opción a réplica, se mete de nuevo en su habitación.

Como si tuviera réplica... Estoy paralizada. Sé que esa no ha sido una pregunta inocente. Sé traducir a mi madre. Llevo años editando el diccionario Angustias —Español Español—Angustias. Lo que mi madre ha querido decir es que ni se me ocurra ser lesbiana. Punto.

Paso la noche en vela dándole vueltas a las palabras de mi madre, las miradas y comentarios de Carolina y los jadeos de Mamen.

Al día siguiente no me levanto de la cama hasta que no han comido mis padres para no coincidir con ellos. Cuando salgo, emito dos gruñidos, me ducho y salgo a dar una vuelta.

Pretendo pasear sin rumbo, rollo flâneur, empapándome de la ciudad, de su

calma chicha de domingo, tratando de vaciar mi mente y llenándola de los colores y sonidos de la calle. Observo a la gente, escucho sus conversaciones sobre la marcha, huelo sus perfumes cuando se cruzan conmigo.

Pero mis pasos perdidos no resultan estarlo tanto y me acaban llevando al piso de Mamen.

—No se ha levantado todavía —me susurra por el telefonillo la voz metálica de Sergio, su compañero de piso.

—¿Puedo subir de todas formas?

—Claro —me contesta antes de abrirme la puerta.

En el rellano me recibe con una sonrisa dulce. Está un poco despeinado.

—Así es mi cuerpo con ropa —bromea.

No puedo evitar reírme y él me sisea para advertirme que tanto Mamen como la otra compañera de piso, Bea, están durmiendo.

—Flipo con esta gente que es capaz de dormir hasta las cuatro de la tarde —le digo cuando nos sentamos en el sofá.

—Bueno, si llegas al amanecer es normal —me dice antes de levantarse para ir a la cocina.

Sergio no puede apreciar mi cara de extrañeza porque tardo en reaccionar.

—¿Quieres algo de beber?

—Eh... No, no, gracias —consigo decir. Mi cuerpo comienza a temblar—. Voy a ir a la habitación de Mamen.

—Mmm... No le gusta mucho que le despierten —me informa Sergio.

Le ignoro. Una mezcla de cabreo e inseguridad se ha apoderado de mí. Si le sabe malo que le despierte que se joda, pero que me explique dónde fue después de dejarme en casa.

A mitad de pasillo, me pregunto quién soy yo para pedirle explicaciones. Al siguiente paso me reafirmo y pienso que soy su novia. Al otro, dudo si lo soy. Uno paso más y me indigno por no saber qué coño somos. En el último paso no pienso y golpeo suavemente su puerta.

Nada. No me oye. Pruebo un poco más fuerte. Ni flores.

Abro lentamente la puerta. Se me cruza fugazmente la idea de encontrarla acompañada, y no estoy preparada para eso. Por la rendija veo a Mamen durmiendo a pierna suelta. El corazón me va a mil. Está sola.

Respiro aliviada.

Entro y me quedo de pie, mirándole dormir. Su melena morena está despeinada y le tapa la cara. Una pierna está fuera de la cama. Hay un charquito de saliva en la almohada.

Pese a la baba sigue siendo bonita. La más bonita. Claro que tiene sus

defectos, pero yo no los veo porque estoy ciega.

Descubro que le quiero y descubro a la par la angustia de perderla. Supongo que son las dos caras de una misma moneda. Cuando tienes algo, también tienes el miedo de perderlo. A esto se suma la idea de que ni siquiera sé si tengo a Mamen. Desde luego sé que ella me tiene a mí. Toda entera.

Me agacho y retiro un mechón de su cara. Me llega su olor perfumado, pero también el corporal. El primero es dulce; el segundo, amargo.

—Mamen —susurro—. Mamen, soy Nico.

Arruga un poco la nariz.

—Mamen... —insisto.

Abre un ojo y me ve. Me agarra la muñeca un poco torpe y se gira hacia el otro lado de la cama tirando de mí para que me tumbe a su lado.

Me descalzo y me quito la chaqueta y los pantalones. Ella vuelve a dormirse. Quizá no se había despertado. Yo me encajo a su cuerpo como esa pieza de Tetris que siempre te venía mal que te cayera, la que era como una Z. Le abrazo por detrás y acabo durmiendo yo también.

Capítulo 16 El sudor de los cerdos

Las cosas no han cambiado mucho. Ninguna de las dos quiere que cambie así que estamos en un frágil statu quo que amenaza con romperse en cualquier momento.

Mamen y yo caemos exhaustas en el colchón. He perdido la noción del tiempo. No sé cuánto rato hemos estado follando. Sudamos como cerdas. En realidad, no he tocado nunca a un cerdo para saber si sudan. Debería dejar de usar esa expresión.

—¿Qué tal estás? —pregunta Mamen cuando recupera la respiración—. Has estado muy callada.

Aunque estemos muertas de calor permanecemos abrazadas sobre la cama.

—Nada —respondo.

Mamen me despega de su piel para poder mirarme a los ojos.

—¿Seguro?

Evito sus ojos pero es imposible. Mi campo visual lo ocupa ella al 95%.

—Le he estado dando vueltas a una cosa.

—¿Debo preocuparme?

—No. Es que me rayo mucho yo sola.

—Cuéntamelo.

Me incorporo y apoyo la espalda en la pared. Noto cómo una gota de sudor sale del pliegue de mis pechos y bajan por la tripa hasta meterse al ombligo.

—Follamos mucho —digo.

Mamen se echa a reír.

—¿Crees que follamos demasiado? ¿Crees que somos unas salidas? ¿Es eso?

—No, no es eso —intento ordenar mi mente. Cuando piensas, tú te entiendes, pero cuando tienes que expresarlo con palabras la cosa se complica porque tienes que hacerlo legible para otra persona—. Me preguntaba si esta relación sería igual sin sexo. Si querrías estar conmigo igualmente.

Mamen se incorpora con rapidez para ponerse frente a mí. Me acaricia el cabello con ternura.

—Claro que sí. Lo que pasa es que estamos empezando y el sexo es algo importante. Es una manera de intimar.

—Podríamos intimar hablando. Casi no lo hacemos. Siempre llego y ipum! —digo dando una palmada —nos venimos a tu habitación a hacer el amor.

—¿Quieres que hablemos más?

Asiento con la cabeza y al instante, levanto el dedo índice.

—Pero primero, quiero beber algo de agua.

Mamen mueve su brazo de manera teatral para indicarme que ya sé dónde está la cocina y que me sienta como en casa.

Me pongo algo de ropa por si me topo con alguno de sus compañeros y me dirijo a la nevera. Noto el aire secándome la piel. Abro varios armarios hasta encontrar el de los vasos y alcanzo uno. Mis dedos están resbaladizos y se me escurre de las manos. Lo único que puedo hacer es controlar la caída y hacer que el vaso se estampe contra el fregadero. Lo hace en fragmentos grandes y parece que ninguno ha saltado más allá de la pila.

—Joder —susurro.

Recojo los pedazos y uno de ellos me pega un tajo en la yema del dedo corazón de mi mano derecha, ese que minutos antes acariciaba casi con furia el clítoris de Mamen.

—Joder, joder, joder.

Los cortes en las yemas de los dedos son muy escandalosos porque ahí hay muchas terminaciones nerviosas. Por eso también escuecen tanto y quizá por eso puedas llegar a sentir el placer de una mujer a través de la mano.

Voy al baño y dejo a mi paso un rastro de gotitas de sangre. Cuando entro, encuentro a Sergio meando en calzoncillos.

—¡Oh, Dios! —gritamos al unísono.

—Lo siento, lo siento —me disculpo.

Yo me giro para no ver nada mientras mantengo el dedo corazón en alto y sangrando. Él actúa todo lo rápido que puede. Se la sacude, se la guarda y se lava las manos.

—Ven aquí.

Sergio abre el grifo de agua fría y me pide que ponga el dedo bajo el chorro.

—Creo que tenemos tiritas en alguna parte.

Rebusca en los cajones del lavabo hasta que encuentra gasas y esparadrapo.

—Creo que podremos hacer un apaño.

—Tampoco es para tanto —digo cuando veo que Sergio comienza a ponerme un aparatoso vendaje en el dedo.

Veo a Mamen que se acerca por el pasillo.

—¿Qué ha pasado?

Nos mira como si fuéramos dos chiquillos que acaban de hacer una trastada. Mamen se queda mirando mi dedo vendado.

—Si no querías follar, podrías haberlo dicho —dice entre risas.

Volvemos a la habitación y el aire nos da una bofetada en la cara. Mamen abre un poco la ventana para ventilarlo y la brisa entra suave y fresca.

Mamen se sienta en la silla de su escritorio.

—Venga, dispara —dice—. ¿De qué quieres hablar?

Parece que medito unos segundos pero en realidad suelto lo primero que me

viene a la cabeza.

—Tú... ¿has tocado alguna vez a un cerdo?

Capítulo 17 Tú a Londres y yo no

Raúl es mi mejor amigo. Siempre me lo ha contado todo: sus dudas, sus miedos, sus ilusiones... Hasta cosas que no necesitaba saber. Y sin embargo, yo no soy capaz de decirle que Mamen se fue de fiesta una vez me dejó en casa y no me atreví a preguntarle dónde había ido. No se lo cuento porque sé qué me va a decir: que si Mamen no es de fiar, que si a saber qué haría y con quién, que si yo me merezco alguien que me respete... Pero, ¿es faltar al respeto que ella siga de fiesta si yo ya le dije que no me apetecía? Si opino que sí, ¿me convierte eso en una novia posesiva? No quiero ser eso y tampoco me paro mucho a pensarlo. Y como no quiero pensarlo, dejo que Raúl hable y hable de sus noches de fin de semana, sus tardes de gimnasio y su extraña manera de "purificarse" en las saunas de Chueca.

—Algún día, nos darás un disgusto, Raúl. Ten cabeza.

Raúl entorna los ojos. Ha escuchado esa frase miles de veces y no sólo saliendo de mi boca.

—Que controlo, tía.

Le miro con tristeza. Aunque hayamos perdido esa conexión que teníamos, no quiero que le pase nada. Raúl me lee la mirada y suspira.

—Voy a ceder en una cosa: creo que debería dejar de zorrear. Necesito una pareja estable. Como tú y Mamen.

Le miro con desconfianza y me río. Esas palabras no han podido salir de Raúl.

—A ver, ya sé que lleváis apenas tres meses, pero es lo que tenéis las lesbianas, que enseguida parece que llevéis años juntas. Seguro que se os ha sincronizado la regla.

—Pues no —le digo sin dejar de pensar en la noche del sábado.

—Fuera bromas. Os va bien. Bueno, por lo que me cuentas, porque no sé a qué esperas para presentármela...

—Ya, es que... —comienzo a disculparme cuando veo a Mamen tras la cristalera de la cafetería. Me quedo helada.

—¿Qué pasa? —dice Raúl girándose para tratar de localizar con la mirada qué es lo que me ha dejado petrificada.

Él ve a Vero, la buenorra de la facultad, hablando con una chica que parece preguntarle algo. Yo veo a Mamen preguntándole a un pibonazo si sabe dónde está su novia. Vero estira el cuello para localizarnos entre las mesas y finalmente nos señala. Mamen me encuentra y sonrío desde la distancia.

—¿Quién es? —pregunta Raúl conforme Mamen se acerca sorteando sillas.

—Es Mamen.

Mamen llega como un huracán sonriente que nos trae el último frío del

invierno al que se le adivina ya el perfume de la primavera. Saluda y me da un beso en los labios. Me pongo roja y advierto las miradas de las personas de alrededor. Muchos de ellos apenas me conocen de vista por haber coincidido en clase, pero ahora ya saben de qué palo voy. Incluida Vero que se acerca a nuestra mesa como quien no quiere la cosa.

—Veo que la has encontrado al final —le dice de pasada a Mamen que le devuelve la sonrisa.

—¿Qué haces aquí?

Raúl carraspea.

—Perdona, Mamen. Este es mi amigo Raúl —digo sin ganas.

—El famoso Raúl. Nico no para de nombrarte —dice Mamen dándole dos besos.

—Espero que para mal.

Raúl se da por satisfecho y se marcha.

—Os dejo, chicas, que no quiero interrumpir.

—¿Ocurre algo malo? —pregunto cuando estamos solas.

—No, qué va —responde Mamen sin mucha convicción.

Se sienta frente a mí donde antes estaba Raúl y me agarra las manos. De repente, se le ha fruncido el ceño.

—Sabes que en el curro hay un ascenso pendiente, ¿verdad?

—Sí, y que te lo vas a llevar tú de calle porque te partes los cuernos y echas más horas que nadie —le digo en un intento de animarla.

—Ya... El caso es que tengo que hacer una formación en Londres. Tendría que marcharme el miércoles.

—¿Pasado mañana?

—Sí, pero serán sólo un par de semanas. Apenas nos daremos cuenta —me dice. Ahora es ella la que trata de animarme.

En mi mente, mi loca base de datos hace tablas dinámicas y cruza referencias. Una pregunta aporrea las paredes de mi cráneo: ¿Tiene esto algo que ver con que te fueras de fiesta el sábado? Pero suena tan estúpida en mi mente que no quiero ni imaginarme lo vergonzante que será decirla en voz alta.

—Bueno, dos semanas no es mucho —digo finalmente—. Son sólo dos fines de semana. Tendrás datos de móvil allí, ¿no?

Mamen se ríe y me dice que sí.

—He pensado que podrías aprovechar y venir un finde. Estaremos de hotel así que no te hará falta alojamiento. Y así ves Londres. Y a mí, claro —me dice sonriente.

Abro los ojos de par en par.

—Imposible. Mi madre me saca los ojos antes que irme contigo a Londres. Además, pronto empezarán los exámenes y no quiero darle más argumentos para que me eche la bronca.

Se muestra decepcionada. Últimamente, me da la sensación de que no dejo de desilusionarle. De nuevo, en mi Excel particular cruzo datos y pienso si no será por eso por lo que continuó de marcha en lugar de irse a casa.

—Lo siento.

Le acaricio el dorso de la mano con el pulgar.

—No, si lo entiendo. Es sólo que me hacía ilusión un viaje contigo.

—Pero si sabes perfectamente que no saldríamos del hotel —le digo tratando de sacarle una sonrisa. Y lo consigo.

—Así que este es tu hábitat —dice mirando alrededor—. Hay mucha gente.

—En la cafetería siempre. En las aulas ya es otra cosa.

—¿Me enseñas los baños? —me dice Mamen mirándome con picardía.

Tengo que darme un par de golpes en el pecho porque me ha dado un microinfarto. Cuando abro la boca para lanzarle la tercera negativa en menos de 48 horas, me frena.

—Tranquila. Estaba bromeando —ríe—. Esto es un templo del saber. No debería profanarse con sexo lésbico.

Las antenas de un par de universitarios les dan el aviso de que en nuestra mesa se habla de folleto entre tías y nos miran con curiosidad.

—Bueno, cielo, tengo que irme.

—¿Sólo has venido para decirme esto?

—Sí. No quería decírtelo por el móvil.

—Te veré antes, ¿verdad?

—Sí, voy a estar un poco liada preparando el viaje pero te aviso y vienes. Prometo respetar los horarios de Angustias.

Se levanta y se pone de pie frente a mí.

—He venido para decirte lo de Londres y para darte esto.

Mamen me sujeta la barbilla con la mano y me da un beso en los labios que enseguida se vuelve húmedo. Oigo un par de silbidos y “uuuh” que hacen que quiera separarme de Mamen, pero ella, consciente, me sujeta la cara para alargar el beso.

Se marcha contoneando exageradamente las caderas, dejando volar su camisa de cuadros como la capa de una superheroína, y yo me quedo sentada y con las mejillas y la entrepierna en llamas.

Capítulo 18 El espíritu de la ouija

Los días sin Mamen son eternos. Su ausencia me hace darme cuenta de algunas cosas. Por ejemplo, que, salvo Raúl, ya no tengo más amigos. Fui perdiendo algunos en el paso del instituto a la universidad. Desde que salgo con Mamen, mis amigas son las suyas: Ali, Laura y Ana. Y sin Mamen, no me apetece salir con ellas y menos comerme sus historias. Mamen las sigue como una espectadora que participa a veces en el desarrollo del guión, pero a mí me aburren. Veo claro que Ali es la mujer tormento de Laura y Laura la de Ana y sé que todas serían más felices si Ali y Laura lo dejaran y Ana y Laura estuvieran juntas. Veo tan claro el final de la película que he desconectado con el primer giro de guión.

Lo vi durante la despedida de Mamen, que fue una decepción. Esperaba estar a solas con ella y cuando llegué a su casa, me encontré con una pseudo fiesta de despedida en la que Mamen estaba más pendiente de ser una buena anfitriona que de mí. Al principio, me puse celosa, pero luego caí en la cuenta de mi actitud infantil y lo dejé pasar. Al fin y al cabo, sólo van a ser dos semanas.

Ahora tengo una relación a distancia, lo cual es, básicamente, una mierda. Es como si saliera con un fantasma al que tengo que invocar con la ouija. La ouija, en nuestro caso, es el móvil. Llevo todo el día invocando al espíritu pero no hay manera de que se presente.

Antes de salir, lo intento una vez más.

“¿Estás ahí?”

Tarda unos minutos en contestar.

“Estoy :) Perdona, llevo todo el día de culo. ¡Estos ingleses lo hacen todo del revés!”, se disculpa.

“No pasa nada.”

“¿Qué haces?”

“Iba a salir con Raúl.”

Hay un momento de silencio. Entiéndase silencio por esos segundos en que ambas estamos en línea pero ninguna escribe.

“¿Por la zona gay?”

“Sí”, respondo.

De nuevo, el silencio virtual.

“No me gusta que salgas por esa zona sin mí.”

Consciente de que la frase ha sonado un poco mal, corrige:

“Es que van a ir todas a por ti :)”

Me río. Mamen celosa. Pensaba que eso sólo le pasaba a las pringadas novatas como yo.

“Voy con Raúl así que supongo que iremos a algún sitio de tíos. No te preocupes.”

Como en noches anteriores, Mamen se despide diciéndome que está muerta, que no para de currar y que se va a meter en la cama hasta el día siguiente.

"Te echo de menos", le escribo, pero se queda colgando en el aire porque ella ya ha apagado el móvil.

Lo que decía: un fantasma.

Resulta que Mamen tenía razón: en Chueca van a por mí. Nada más entrar en un bar se me acerca una chica bastante masculina.

—Tú eres la chica de Mamen, ¿no?

Respondo que sí y ella me invita a tomar algo. No sabría decir si está tratando de ligar conmigo o si sólo quiere ser amable porque no llego a interpretar su tono. Rechazo su invitación y ella se marcha, aunque sigue sin quitarme ojo. Raúl y yo le bautizamos como la bulldog porque nos sigue allá donde vamos.

No me considero una chica guapa, pero tampoco soy un monstruo y si me arreglo un poco, como esta noche, puedo tener cierto atractivo. Tengo unas pestañas largas que apenas necesitan rímel y sé que llaman la atención. Más allá de eso, el resto es normalito. Cuento esto porque no entiendo a qué viene tanto interés hacia mi persona esta noche. Media docena de chicas tratan de hacer miraditas conmigo y un par me invitan a tomar algo (además de la bulldog, claro).

—No te alarmes, eres el bocado prohibido —me informa Raúl.

—¿El qué?

—El bocado prohibido.

Raúl se explica ante mi cara de perplejidad.

—Sí, tía, cuando estás con alguien, tienes más pretendientes.

—¿Por qué? ¿No debería ser al revés? Si estoy con alguien es que ya no me interesa nadie más.

Raúl suelta una carcajada.

—Dios, Nico, eres muy ingenua —me dice—. Cuando estás con alguien te conviertes automáticamente en objeto de deseo porque, ya sabes, algo bueno tendrás para que Mamen esté contigo. Y quieren saber qué es.

—O sea, que no crees que sea porque les resulte atractiva sino por causas ajenas a mí.

Raúl se escaquea de la respuesta y entramos a un bar de gays. En la entrada no nos ponen tantas trabas como cuando él fue a acompañarme a una discoteca de lesbianas, pero lo hubiera agradecido. Nada más entrar, una

bofetada de calor nos da en la cara. Si hubiera entrado con una cámara termográfica hubiera explotado. Los tíos van o con camiseta de tirantes o, directamente, sin camiseta. Se machacan a diario en el gimnasio y aquí lucen los resultados. Por lo general, son resultados excelentes, de revista, pero me alarma tanto músculo, tanta devoción por la imagen.

—No te alarmes —comienza a explicarme Raúl—. El cuerpo no es sólo el cuerpo, también es una manera de comunicarnos entre nosotros. Sólo que el idioma de esa comunicación puede ser diferente entre unos y otras.

—Ya...

—Estás en Chueca. No prejuzgues.

Aprendo la lección pero eso no hace que me parezca más divertido. Raúl, sin embargo, está en su salsa y se mueve como pez en el agua por la discoteca, hablando sin parar con la gente, y con una pluma muy exagerada que esconde cuando está en la facultad. Acabo perdiéndole la pista y me siento fuera de lugar.

—¡Raúl! —le llamo desde la distancia—. ¡Me voy a casa!

Él trata de llegar hasta mí, pero es imposible porque la discoteca está hasta la bandera. Me dice con gestos que espere, que me quiere acompañar.

—No hace falta. Me voy en taxi —le digo.

—Vale, pero escríbeme cuando llegues.

Se queda triste. Siente que me tiene que proteger en este mundo de hombres. Aunque sean hombres gay.

Supongo que se habrá quedado más tranquilo cuando le he dicho lo del taxi, pero le he mentado y voy andando hasta mi casa. Así, los remordimientos quedan para mí y no para él. Me apetece despejarme con un paseo, aunque sea algo largo.

No tardo en darme cuenta de que ha sido una mala decisión. No sólo hace un poco de frío sino que oigo unas pisadas detrás de mí, cada vez más cerca. Acelero el paso, y las pisadas también son cada vez más cortas y rápidas.

—Eh, guapa, ¿quieres divertirte? —oigo que me dice una voz de hombre cascada por el alcohol y el tabaco.

Sigo mi camino sin mirar atrás, andando cada vez más rápido, como una corredora de marcha. Lo bueno es que cuanto más rápido voy, menos queda para llegar a casa. Lo malo, que el tipo tampoco desiste.

Miro de vez en cuando a la calle, a ver si pasa algún taxi que pueda parar y sacarme de aquí, pero ya estoy lejos del centro y no se ve ni un alma.

El hombre está tan cerca que le oigo respirar ahogadamente. Le cuesta cada vez más, pero es un tigre y yo soy su cena y no me va a dejar escapar en mitad de esta sabana urbana.

Me giro para ver por dónde va y me lo encuentro a escasos dos palmos de mi

cara. Grito, le insulto, le digo que se largue, que me deje en paz, que se la casque sólo y siga corriendo. Entonces, oigo cómo cae y cuando vuelvo a girarme le veo tumbado en el suelo, con la boca sangrando y un poco aturdido.

—¡Vamos, corre! —me dice la bulldog.

Dejamos al hombre tendido que escupe sangre e insultos. Después de recorrer un par de calles, bajamos el ritmo y tratamos de recuperar la respiración.

—Gracias —le digo con la voz entrecortada.

—De nada —responde como si hiciera esto todos los días—. ¿Queda muy lejos tu casa?

—No, en la siguiente esquina y luego a la izquierda.

—Vale.

Caminamos sin decir nada, sin apenas mirarnos a la cara, pero una pregunta me ronda en la cabeza y no quiero despedirme sin soltarla.

—¿Te ha mandado Mamen?

La bulldog se ríe con cierta flojera y asiente.

—Ahora, te vuelves en taxi, eh. Te lo pago yo. No quiero que por salvarme a mí, te pase algo a ti —le digo cuando estamos en la puerta de mi casa.

—No te preocupes. No tendré los mismos problemas que tú. ¿Me has visto bien? —dice abriendo los brazos.

Le veo bien: es corpulenta y tiene buena planta. Viste y se mueve de manera masculina. No tiene mucho pecho que le pueda delatar y tiene algo de pelusilla en las patillas y el cuello que se toca de vez en cuando.

La bulldog espera a que me haya metido en el portal y desde dentro le veo que emprende la marcha con las manos en los bolsillos y unos andares de los que John Wayne estaría orgulloso.

Cuando saco el móvil para escribir a Raúl, veo un mensaje de Mamen. No creo en las casualidades. Estoy segura de que mi escolta le ha escrito diciendo que ha cumplido la misión. El mensaje pone: "Yo también te echo de menos. A ti y al Cola—Cao". Se me escapa una sonrisa que se me borra casi al instante al recordar la cara del tipo que me ha perseguido.

La ironía es que Mamen me puso una espía para evitar que ligara con otras y al final resultó que me salvó de una buena.

Ahora no sé si enfadarme o alegrarme.

Capítulo 19 Sexo telefónico

Mamen me ha dicho que me quede en casa porque va a llamarme esta noche y necesita que esté conectada a la red wifi de mi casa para que la señal sea buena. Como no sé muy bien qué consideran noche los ingleses, llevo en mi habitación desde las 5.

Al menos, me está cundiendo con el estudio. Para matar la espera, hago esquemas, mapas mentales, subrayo, releo apuntes... Hasta mi madre ha entrado en mi habitación con un tazón de colacao y un par de cruasanes para que comiera algo.

Son las diez y cuarto un poco pasadas cuando por fin llama Mamen.

—¡Hola, cielo!

Tiemblo al oír su voz.

—Hola, ¿qué tal? —le digo tímidamente.

La escucho tan nítidamente que parece que la tengo al lado.

—Bien, bueno, con mucho curro, ya lo sabes. Y el tiempo aquí es una mierda, pero bien.

—Me alegro.

Durante varios segundos hay un silencio total al otro lado de la línea.

—¿Mamen?

—Sí, estoy aquí.

—Ah, pensaba que se había cortado.

—No, no. Es que me he quedado callada.

Espera unos segundos más para volver a hablarme.

—Nico... —comienza. Noto la duda en su voz—. Tengo una mala y una buena noticia.

—Dime la mala primero —le pido. Sea lo que sea, lo quiero rápido y del tirón, como el despegue de la cera en las ingles antes de la temporada de piscina.

—La formación se alarga un par de semanas más.

Auch. La cera me ha hecho las ingles brasileñas hasta el ano sin esperármelo.

—Joder, Mamen... Vaya mierda. Te echo de menos.

—Ya, Nico, yo también. Me lo han dicho esta mañana.

Me quedo en silencio y olvido que había una buena noticia. Nada de lo que me diga Mamen podrá levantar mi ánimo en estos momentos.

—La buena noticia es que te he comprado un par de billetes para que vengas el próximo fin de semana.

Salvo eso, claro.

—Perdona si me he tomado demasiadas licencias con esto, pero tengo muchas ganas de verte.

—No, si está muy bien. Sólo que...

—¿Qué ocurre? ¿No quieres venir?

—Sí quiero. Es sólo que a ver cómo se lo vendo a mi madre.

—Dile que te vas a Londres a visitar a una amiga de Erasmus. Londres está aquí al lado y es visita obligada para una persona joven.

—Ya, ya... Bueno, ya veré. ¿Qué me cuentas?

—¿Que qué me cuento? —Mamen puso una voz sensual a continuación: —Te voy a contar un cuento.

—¿Un cuento?

—Sí, calla y escucha.

—A la orden.

Mamen se toma su tiempo antes de comenzar.

—¿Estás en la cama?

—No. Estaba estudiando en mi mesa.

—Pues ve a la cama. Es un cuento para dormir.

Le obedezco, como siempre. Me pongo el pijama y me meto en la cama en tiempo record.

—Ya.

Oigo a Mamen respirar al otro lado. Creo que ella también está tumbada en la cama.

—Había una vez una princesa muy mona que se llamaba Nico. Una noche, la hermosa Nico, ansiosa de aventuras, fue a un cantina llena de otras mujeres. Nico se acercó a una mujer porque pensaba que era otra persona. Cuando la chica se giró, Nico descubrió con gran decepción que no era lo que andaba buscando, pero la no menos hermosa Mamen, que así es como se llamaba la joven a la que acababa de conocer, vio en Nico la dulzura y fragilidad que a ella le faltaban. Seguro que era su complemento ideal así que no quiso dejarla marchar. Mamen le agarró por la cintura y la subió a su caballo. La princesa Nico estaba a punto de vivir la más bella de las aventuras. La aventura del amor.

—Mamen... ¿tienes todo esto escrito y lo estás leyendo?

—No, estoy improvisando. Continúo. Cabalgaron hasta la humilde choza de Mamen. Mamen estaba un poco avergonzada porque conocía la procedencia Real de Nico, pero Nico parecía que sólo tenía ojos para ella e ignoraba la mugre que pudiera rodearles. Mamen comenzó a besar a Nico como una princesa se merece: dulce, suavemente. Nico se dejaba hacer y apenas se atrevía a mover los labios y la lengua, temerosa de que se notara su inexperiencia.

—Qué perra eres, Mamen.

—Calla, que estoy inspirada —dice para luego continuar: —Mamen comenzó a quitarle la ropa a Nico. Como aquellos eran tiempos de pudor, las mujeres

llevaban capas y capas que había que ir levantando hasta llegar a su corazoncito, más conocido como coño. Ya desnudas y sudadas por el esfuerzo propio de desnudarse, Nico y Mamen se fundieron en un abrazo húmedo que comenzaba en sus lenguas y acababa en sus piernas entrelazadas.

—Me estoy calentando, Mamen.

—Bien, ese es el propósito. Quiero que te toques. Quiero follarte por teléfono. Meto la mano bajo el pantalón del pijama y la poso en mi vello púbico.

—Sigo. Mamen quiere besarle entera, quemar con sus labios cada milímetro de esa piel blanca para que nadie más la bese. La Atila besucona, le llaman.

Introduzco el dedo corazón entre los labios y lo dejo resbalar por la húmeda oquedad de mi entrepierna.

—El pájaro está en el nido —le digo.

—¿El qué? —responde Mamen sin haber pillado mi metáfora.

—Que me he metido el dedo ya.

—¿Está húmedo ahí abajo?

—Mucho.

—Excelente —dice imitando al malo de la película—. El recorrido de los labios de Mamen le lleva a los de Nico, pero no los de la boca, sino los que se esconden entre sus muslos. Mamen los besó con delicadeza primero y con pasión después. Donde no llegaban sus labios, lo hacía la lengua, hasta que se metió profundamente en la cueva de la vaginal Nico que a todo esto, gemía como ahora.

Efectivamente, llevo un rato gimiendo en voz baja, tocándome, imaginando que mis dedos son la lengua de Mamen, imaginándome cómo sería tenerla ahora mismo con su cabeza entre mis piernas.

—Sigue... —le ruego con la voz ahogada.

—Mi lengua encuentra el tesoro de la princesa, ese que tantos príncipes han ansiado atrapar pero que la joven Nico ha guardado a buen recaudo para mí. Lo lamo con la lengua ancha y luego lo piqueteo con la lengua rígida y estrecha, hago círculos a su alrededor y noto cómo cada vez se hace más gordo. Mi saliva se mezcla con tu humedad y chorrea por mi barbilla...

Cuando estoy a punto de llegar, mi madre entra en mi habitación sin previo aviso pillándome con las manos en la masa.

—Nico, ¿estás en la cama ya...? ¿Qué haces? —me pregunta con la mandíbula desencajada cuando comprende la situación.

—Joder, mamá. Llama a la puta puerta.

—¡Oye! a mí no me hables así.

—¡Que te largues! —le grito fuera de control.

Tardo un minuto en volver en mí y oigo una voz a lo lejos que me llama.

—Joder, Nico, ¿todo bien? —me pregunta Mamen al otro lado.

—No, Mamen... Ahora, a ver cómo le digo a mi madre lo de Londres.

—Mierda.

Capítulo 20 El desafío

Estoy en la cocina desayunando cuando aparece mi madre. Viene con un trapo para el polvo. Quiere dejar limpia la casa antes de ir a trabajar.

Mi madre y yo no es que seamos muy habladoras por la mañana, pero hoy no nos damos ni los buenos días.

El aire huele a café y naranja y noto el amargor en el paladar.

Carraspeo un poco.

—Mamá...

Se gira hacia mí y espera con una mano sobre una silla y la otra en la cintura.

—Este finde me voy a Londres, ¿vale? —le digo lo más firme que puedo.

Mi madre no contesta de inmediato. Me mira fijamente a los ojos pero yo desvío la mirada a las baldosas de enfrente.

—¿Y con quién vas? —pregunta en un tono poco conciliador.

—Pues... con Mamen. Ella está allí ya.

Podría haberle mentido pero no he tenido reflejos suficientes y temo haber metido la pata.

Mi madre se torna primero blanca y luego roja. Roja de ira.

—Ni se te ocurra.

Es su última palabra, o eso pretende porque quiere salir de la cocina. Me levanto para dejar el tazón en la fregadera y le corto el paso.

—Mama... podía haberte mentido y no lo he hecho.

—Me da igual. No vas a Londres y con esa menos —lanza ese “esa” como un escupitajo directo a mi ojo.

—Mama... —trato de mostrarme conciliadora. Sé que no consigo nada por las malas, pero ella no me lo permite.

—Ni mama ni leches —dice levantando la voz.

Esta vez soy yo la que le miro fijamente a los ojos y creo ver una sombra de duda en los suyos.

—No te estoy pidiendo permiso. Te estoy informando. Me voy el viernes.

Me tiemblan las piernas y creo que estoy a punto de desmayarme, pero aguanto el tipo.

—No me gusta nada lo que haces. Y no lo apruebo así que más vale que lo dejes.

—No he matado a nadie, mamá.

—A mí me vas a matar. De un disgusto.

Ante mi aparente entereza, mi madre suelta la frase, esa frase que viene en el repertorio de frases de madre como último recurso.

—Tú sabrás lo que haces.

Más de una vez, en el pasado, respondí a esta frase con una vacilada o con una contestación fuera de lugar. El resultado era siempre el mismo: una sonora bofetada en la cara. Hace tiempo que aprendí esa lección. El mismo tiempo que sé que esa frase ni es mágica ni tiene poderes y que alguna vez la hija tenía que salirse con la suya, aunque fuera para equivocarse de lleno.

Salgo de la cocina sin estar muy segura de haber ganado la batalla. Apenas saludo con un gruñido a mi padre cuando le veo aparecer por el pasillo.

—¿Y a ti qué te pasa ahora? —me pregunta mi padre.

—¡Que me voy a Londres!

—Ah... bien —dice con gesto perdido—. Pero, ¿ahora?

Capítulo 21 Madrid Londres

Apenas hablo con mis padres y tengo muchas ganas de perderles de vista, aunque sólo sean unos días.

Durante la cena previa al viaje, mi madre me mira con el desagrado propio del que mira un mono babuino de culo pelado espulgando a otro. Tampoco ayuda que yo mastique la comida como si lo fuera.

Mi padre no para de hablar sobre cosas de su curro. Cree que no le escuchamos y empieza a hablar de fútbol, a insultar a no sé qué entrenador. Sube el tono y habla de ahorcar a algún político. Finalmente, se harta de que le ignoremos y pega un golpe en la mesa del que se arrepiente al instante.

—Bueno, ¿alguien me va a explicar qué pasa aquí? —pregunta con sosiego.

Las dos le miramos como si él fuera el babuino de culo pelado. Me da mucha pena mi padre. Me da pena que nos separáramos en mi adolescencia. No es que me fuera de viaje ni nada por el estilo. Bueno, en sentido figurado sí, porque la adolescencia es un viaje bestial. Me refiero a que apenas veía a mi padre porque se partía los cuernos trabajando y echando horas extra para que yo pudiera estudiar o comprarme ropa o un ordenador o lo que hiciera falta.

Me levanto con toda la serenidad que logro reunir y relajo un poco la tensión de mi cara. Me duele la mandíbula de tanto apretarla.

—Me voy a la cama. Mañana madrugo.

—Nico —me llama mi padre—, ¿necesitas que te lleve mañana al aeropuerto?

Usa un tono casi de ruego, el de un padre que quiere ayudar, que quiere recuperar el tiempo perdido con su hija.

—Te pilla trabajando, papá. Pero gracias.

El tic de su ceja me indica que acabo de romperle el corazón.

—A la vuelta mejor, ¿vale?

Mi padre sonrío satisfecho pero se le tuerce el gesto cuando ve la cara de mi madre. Ella sigue mirándome como a un babuino.

Después de sentirme perdida, estúpida y maltratada por una compañía aérea, aterrizo en Londres. Es la primera vez que estoy aquí, pero no tengo el menor interés en visitar la ciudad. Sólo quiero ver a Mamen, besarle y abrazarle y encerrarnos en su habitación a hacer el amor durante todo el fin de semana.

Se abren las puertas de salida y la veo entre la gente. Mis piernas comienzan solas a correr hacia ella. Ella logra verme a mí, sonrío y me saluda con la mano. Le noto algo diferente, pero es igual de bonita que en Madrid. Empujo y doy codazos para hacerme un hueco, como si estuviera en el metro en hora punta. Cuando por fin alcanzo a Mamen descubro qué es lo que le notaba

diferente: tiene el pelo con un tono cobrizo, una especie de reflejos o algo así. Le abrazo y hundo mi nariz en su cuello. También huele diferente. Se me humedecen los ojos al verla delante de mí y apenas han pasado tres semanas desde que nos vimos por última vez.

—Hey, no llores —me dice Mamen con tono dulce y me besa. También sabe diferente, pero quizá sea yo, que ya no me acordaba de cómo eran sus besos. Asiento mientras me sorbo los mocos.

—Vamos, no tenemos tiempo que perder —apremia mientras me lleva la maleta.

En el taxi veo que no estamos en la misma onda.

—He hecho un planning para que puedas ver todo lo que hay que ver de Londres en dos días. Mira —dice mientras despliega un mapa de la ciudad con diferentes puntos marcados a rotulador—. De rojo están pintados los sitios para el primer día y de azul para el segundo.

Me dan ganas de agarrar el mapa y tirarlo por la ventanilla del taxi.

—Mamen, no he venido a ver la ciudad —le digo.

—Ya, bueno. Yo también tengo ganas de estar contigo y eso, pero necesitarás una coartada para tus padres, algo que enseñarles cuando vuelvas.

Me río y ella me mira desconcertada.

—No te preocupes por mis padres, ¿vale?

Mamen asiente y encoge los hombros al estilo "tú verás".

—Ya hemos llegado. Es aquí.

Ella paga al taxi y se encarga de mi maleta. Entretanto, yo me quedo ensimismada con la luz de Londres. Es diferente a lo que he visto antes. Ni siquiera un día nuboso en España tiene este tipo de luz grisácea pero con una tenue brillantez.

—¡Vamos! —me grita Mamen desde la puerta de su hotel.

Y yo voy, claro. No veo el momento de tumbarnos en la cama y comenzar a besarle.

—¿Tienes hambre? —me pregunta ya en la habitación.

Le digo que sí y le miro con ojos de loba mientras me acerco lentamente hasta ella.

—No me refiero a eso. Hay un pakistaní aquí abajo que abre todo el día, por si quieres comer algo...

Niego con la cabeza mientras continúo mi avance. Mamen da un par de pasos hacia atrás y ríe nerviosa.

Por fin le alcanzo y le toco el pelo.

—Me lo teñí porque pretendía dar otra imagen, por el tema del curro, ¿sabes? Algo más agresivo y adulto a la vez —se justifica.

—Me gusta.

Comienzo a besarle y no tardamos en encendernos. Una idea se me cruza por la cabeza. Estoy en una ciudad extranjera. Siento que puedo ser otra persona, sé que no voy a tener miedo cuando pasee con Mamen de la mano, me emociono ante la idea de despertarme a su lado.

—Mamen.

—Dime —dice sin dejar de besar-me.

—Desnúdate.

Se separa de mí y me mira alzando una ceja.

—¿Y tú?

—Yo después, pero primero quiero verte desnuda por completo y abrazarte.

—Está bien —dice Mamen a la que parece divertirse el juego.

Me siento en una butaca mientras ella se desnuda. Me mira con picardía y yo la observo sin disimular mi deseo.

Concluye su show tras quitarse las bragas y me las lanza a la cara.

—¡Tachán! —dice abriendo los brazos.

Me levanto y me acerco a ella despacio. Se me eriza la piel con la idea de tocar la suya. Es inminente, la tengo a un palmo. Logro frenarme y en lugar de abrazarle y sobarle a dos manos paso los dedos por su hombro y los bajo por el brazo. Acaban en la cadera y emprenden el camino de vuelta, pasando por el vientre y los pechos, y tropezando con el pezón.

Mamen está impaciente.

—¿Aun quieres ir a enseñarme la ciudad?

Niega con la cabeza como una niña pequeña.

—Ya me parecía a mí—le digo.

Le abro los labios con el dedo y ella saca la lengua y lame la punta. Su saliva se cuele por los surcos de mis huellas dactilares. Me acerco y meto la lengua en su boca. Y entonces sí le abrazo y le agarro el culo y acaricio fuerte la espalda. La aprisiono contra mi cuerpo, pero ella logra zafarse para quitarme la camisa y desabrocharme los pantalones.

Desnudas las dos nos tumbamos en la cama. No sé por qué. No sé por qué no le hago el amor en ese instante. Mis dedos echan de menos su coño, pero a mi cabeza le apetece jugar y retrasar ese momento un poco más.

—Túmbate boca abajo —le ordeno.

Mamen está muy caliente, pero se deja hacer. Me deshago la coleta y me suelto el pelo. En un movimiento digno de un heavy, lo vuelco todo hacia adelante y comienzo a acariciar la espalda de Mamen con mi melena.

—Joder, Nico. Me encanta. Podría correrme ahora mismo.

Sigo subiendo y bajando la melena a lo largo de toda su espalda. Cuando me topo con el culo lo beso, lo muerdo o lo lamo, dependiendo de la intensidad del gemido de Mamen.

—Ahora, por delante —me dice dándose la vuelta.
Acepto el reto, pero cuando bajo no me encuentro el culo sino su coño.
La primera bajada, soplo en los pelillos.
En la segunda, soplo un poco más adentro.
En la tercera, me atrevo a besarle los labios.
En la cuarta, me quedo ahí abajo, dispuesta a comer un coño por primera vez en mi vida.
Creo que Mamen está tan perra que cualquier cosa que le haga le sabrá bueno, pero tampoco quiero jugármela así que voy despacio y suave.
Juego con los dedos y con la lengua, descubriendo nuevos sabores y tactos. Los gemidos de Mamen me dicen que no lo hago mal del todo así que subo la intensidad, trato de localizar el clítoris y hago cambios de ritmo y de movimientos para encontrar el punto de locura de Mamen. Cuando lo encuentro, me concentro en él y en su respiración.
—Dios... —acierta a decir entre jadeos.
Por fin, se derrite de gusto en mi boca y las dos acabamos exhaustas sobre la cama deshecha, yo abrazada a su cadera y ella tratando de recuperar la respiración.
Permanecemos un rato largo así hasta que al final caemos dormidas.

A la mañana siguiente, me lleva unos segundos ubicarme. Los que tardo en ver la cara de Mamen. Duerme plácidamente. Es Blancanieves antes de que lleguen los enanitos y le pongan a fregar.

La luz grisácea pero brillante de Londres que entra por la ventana de la habitación hace virguerías en su piel. Las mismas que va a hacer ella en mi cabeza durante el día de hoy.

Capítulo 22 Despertares

Mamen sale de la ducha perfumada, con una toalla en el cuerpo y secándose el pelo con otra.

—¡Buenos días! —me dice sonriente y me da un beso en la nariz.

—Hola.

Quiere volver al baño pero le agarro rápidamente de la toalla.

—¿Echamos uno rápido antes del desayuno?

Se ríe.

—Uno rápido, dice. Eso no lo conocemos tú y yo.

—Bueno, pues uno lento.

—No, cielo, que ya me he duchado. No quiero volver a sudar.

—Pues lo echamos en la ducha —insisto.

—Es una mierda, te lo digo ya. Además, acabas más pendiente del agua que se derrocha que de follar.

Me quedo un poco chafada por la respuesta. No tanto por la negativa a hacer el amor de Mamen sino por el hecho de que Mamen ya ha probado el sexo en la ducha y yo me voy a quedar con las ganas. Al menos, de momento.

—¿Qué tal te va la formación? —pregunto durante el desayuno en el bufé del hotel.

—Bien, bien —responde distraída—. Al principio me costaba por el tema del idioma, pero ya me voy haciendo.

—Cuando te hagas a la vida de aquí, te tocará volver —le digo mientras le quito una miga de cruasán de la comisura de los labios.

Mamen me mira fijamente pero sin llegar a enfocar la mirada, como si viera más allá de mí.

—Sí, sí... —responde después de un rato.

Me cuesta recordar qué era lo que yo le había dicho.

Creo que esta Mamen no es mi Mamen, que me la han cambiado, que los ingleses la han abducido. Está dispersa y no todo lo cariñosa que esperaba después de tantos días sin vernos. Lo más seguro es que sean paranoias mías.

—A ver, enséñame ese mapa que habías preparado.

Si Mamen quería una coartada para mostrar a mis padres en mi vuelta a Madrid, lo está consiguiendo con creces. Me hace miles de fotos: caminando, en una cabina, con el Big Ben de fondo, tomando una coca cola del McDonald's en Trafalgar Square, posando haciendo el símbolo de la victoria con los dedos frente al parlamento británico (en un claro doble homenaje a

Churchill y a Guy Fawkes no exento de ironía, como bien apunta Mamen).

—No puedo más, Mamen, estoy cansada. Vámonos al hotel, porfi —le ruego desde la comodidad del césped de Hyde Park. Hace sol y hay mucha gente merendando o simplemente pasando el rato.

—De eso nada, aún quedan puntos rojos por recorrer —dice señalando el mapa.

Me coge la mano y tira de ella para levantarme.

Caminamos un rato de la mano hasta que Mamen se suelta de manera poco sutil.

—Si no me das la mano, me desmayaré en cualquier momento —bromeo.

—Vamos, Nico, no seas cría —me dice sin apenas mirarme, enfrascada en el mapa.

Le miro con el ceño fruncido y entonces levanta la cabeza.

—Perdona, no quería decir eso.

Se acerca hasta mí y me da un beso fugaz en la mejilla.

—¿Eso es todo?

—¿Qué más quieres, Nico? —dice con una risa nerviosa.

—Vamos, Mamen. Estamos en Londres. Me has traído hasta aquí. Tenemos este fantástico césped que está deseando que retocen en él y me parecería de muy mala educación no hacerlo. Ya sabes cómo son de polite los ingleses.

Mamen sonrío.

—No voy a retozar en un césped que luego me pica todo el cuerpo. Ya lo haremos luego en la cama. Te lo prometo.

Me conformo con la respuesta y extendiendo la mano para que me la coja y pasear agarradas. Mamen la mira y luego mira alrededor.

—Vamos. Dame la mano —le apremio.

Vuelve a mirar alrededor. Incluso se gira para ver a la gente que puede haber a su espalda. Empiezo a comprender lo que pasa.

—Mamen, ¿estás en el armario en Londres?

Mamen pide disculpas con la mirada pero a mí de poco me valen.

—Nico, antes de que digas nada. Es complicado empezar de cero en otra ciudad.

—Pero, ¿qué más te da? En poco más de una semana te largas de aquí.

—Sí, bueno... —rehúye contestar—. Acuérdate de cuando te acompañé a casa. No me dejabas cogerte de la mano cuando estábamos por tu barrio. Pues esto es parecido.

Touché.

Bajo la cabeza. Tocada y hundida.

—Venga —me dice sujetando mi barbilla para levantar la mirada—. Luego hacemos el amor en la ducha, ¿vale?

Asiento con una media sonrisa y reanudamos el paseo para recorrer los puntos rojos que nos quedan.

Capítulo 23 El vértigo

Estoy tan cansada después de recorrer todos los puntos rojos del mapa de Mamen que no me apetece otra cosa que no sea dormir.

Caigo agotada en el colchón y oigo el agua de la ducha correr.

—Tenemos una cosita pendiente, Nico —me dice Mamen.

Sí, para follar estoy ahora. Tengo ampollas en los pies y me palpitan los muslos.

Me reincorporo para hablarle a la cara y ser lo más dulce posible. Con el movimiento me baja la tensión y me mareo un poco. Debo haber palidecido porque Mamen parece preocupada.

—¿Estás bien?

—La verdad es que no tengo ganas de nada. Sólo quiero acostarme.

—Vale, cielo.

Ella se va a la ducha y yo me meto en la cama. Tardo dos segundos en quedarme dormida.

Por la mañana, la luz grisácea de Londres me molesta en los párpados. Parece temprano pero oigo a Mamen que habla con alguien por teléfono.

—Yeah, she goes back to Spain today. In the afternoon —me parece que dice

—. I've got to leave you. Call you later. Bye.

La noto sentada a los pies de la cama. Posa su mano sobre mi tobillo.

—Nico, despierta.

Finjo que me despierto y protesto.

—Bajo a desayunar. Te espero en el bufé, ¿vale? —me dice tras darme un beso en la mejilla.

—Vale.

Apenas sale de la habitación, me levanto y busco su móvil, pero se lo ha bajado. ¿Con quién hablaría? ¿Habré entendido bien lo que decía?

Me meto a la ducha y empiezo a darle vueltas a todo: a la conversación, a las últimas horas con Mamen, el mapa diciéndome por dónde ir, la bulldog, los billetes de avión... Siento que soy un títere y Mamen mueve los hilos desde el primer día que me vio y me agarró de la cintura para que no me fuera. Aquel fue el primer nudo y desde entonces, todo ha ido enredándose más.

Me quedo ensimismada en el agua escurriéndose por el desagüe. Me gustaría que se tragara todos mis pensamientos.

A lo que bajo al bufé, Mamen ya ha terminado de desayunar.

—Vaya horas, cielo —me dice sonriente—. Están a punto de cerrar.

En un abrir y cerrar de ojos lleno una bandeja con zumo, café con leche y huevos revueltos con bacon, me siento frente a Mamen y engullo el desayuno ante su mirada atónita.

—Sí que tenías hambre.

Miro de reojo el mapa y Mamen me pillá.

—Hoy será menos paliza. Te lo prometo.

—Me apetece ir a la National Gallery —le digo.

—Pero no está en la ruta. Es verdad que es una visita obligada, pero no tenemos tanto tiempo.

Le miro fijamente mientras me bebo el café.

—Seguro que eres capaz de hacer un hueco entre tanto punto azul.

Mamen me mira un poco ofuscada, pero acaba por ceder.

—Está bien, iremos —dice con una sonrisa de oreja a oreja mientras pliega el mapa.

Aunque la National Gallery tiene unos cuadros increíbles, yo quiero ver uno en especial. “Lluvia, vapor y velocidad”, de Turner.

—¿Por qué te gusta tanto este cuadro? —pregunta Mamen que no disimula su aburrimiento.

—No sé mucho de arte. Lo di en el instituto y poco más, pero este cuadro siempre me llamó la atención.

—Es un tren sobre una vía, ¿no?

—Sí. Turner intenta captar algo que es muy fugaz. Lo más rápido de aquella época. Y en el proceso se mezcla como una nebulosa la lluvia y el vapor, haciendo que apenas se vea el tren.

—¿Es eso lo que representa? ¿La fugacidad del momento? —intenta interesarse Mamen.

—Yo creo que más que eso, representa la pretensión del hombre de captar un momento fugaz y superar ese vértigo de pensar que la vida se escapa. Es un intento casi infantil de atraparlo como si fuera un pajarillo, plasmarlo en un cuadro y colgarlo en la pared.

—Como un trofeo.

—Eso es.

Nos quedamos mirando el cuadro un rato hasta que Mamen rompe el hielo.

—¿Seguimos? —dice alargándome la mano.

—¿Ahora quieres que te de la mano?

—He pensado que Londres es muy grande como para encontrarme con alguien que conozco. Además, echo de menos el tacto de tu mano.

Sonrí como una tonta y continuamos el paseo de la mano hasta que nos topamos con otra pintura mucho más conocida.

—Esto sí que da vértigo —apunta Mamen.

—¿El Matrimonio Arnolfini? ¿Por qué?

—Porque me hace pensar en que están muertos, como nosotras lo estaremos en un tiempo. Ellos también fueron jóvenes, y se casaron, y pensaron que serían felices para siempre y que el mundo era suyo y que eran inmortales.

—Bueno, si pensaban que eran inmortales, no se hubieran hecho retratar.

—También me da vértigo la vida que llevaban. Se casaban muy jóvenes y toda la vida viendo las mismas caras, sin viajar, sin salir casi de su ciudad...

¿Es eso lo que piensa?

Mamen no ve mi cara de terror. Puede que la ignore deliberadamente. Camina por delante de mí interesándose por este o aquel cuadro. Al final del pasillo, me da un beso en los labios y damos por concluida la visita. Tengo que volver al hotel para hacer la maleta y subirme al avión de vuelta a España.

Aprovecho el wifi del hotel para mirar los mensajes. Mamen hace lo mismo.

—Ana me cuenta que se ha liado con Laura. Pobre. Le va a volver loca.

—A mi Raúl me dice que ha conocido a un chico. Que cree que puede sentar cabeza con él —le informo después de leer los mensajes de mi amigo.

—Pf... —es toda la respuesta de Mamen.

—¿Qué ocurre?

—Nada, nada...

—¿Qué? —me impaciente.

Sé que tiene que ver con su opinión sobre el matrimonio Arnolfini. O el matrimonio en general. A ver, no es que esté pensando en casarme ya con ella, pero qué menos que un poco de interés por su parte. Es decir, estamos en una relación. ¿O no?

—Que no me has dado ni un beso ni nada. Ven aquí.

Mamen se abalanza sobre mí y empieza a besarme el cuello.

—Mamen, no tenemos tiempo.

—Uno rápido.

—¿Cómo era aquello que me dijiste? ¡Ah, sí! Que no conocemos tú y yo lo que es uno rápido.

—Pues ahora lo vamos a conocer.

Mamen pone una alarma en su móvil y empezamos a besarnos.

No sé si será por la presión del tiempo, porque resuena en mi cabeza las últimas conversaciones, incluida la suya por teléfono de esta mañana, o por la mezcla de frialdad y amor que ha mostrado Mamen durante todo este fin de semana, pero follamos mal y apenas disfrutamos. Corremos un tupido velo y no cruzamos más que tres o cuatro palabras en el taxi hacia el aeropuerto.

—Te echaré de menos —dice Mamen con tristeza.

—Te veo en nada, Mamen. No llores —respondo. Le retiro una lágrima que le

cae por la mejilla.

—Nico...

Me da un vuelco al corazón al oír ese "Nico" porque no lo había oído nunca antes. No sé si es el que precede a un "te quiero" o a un "tenemos que hablar".

—¿Qué?

—Nada. Sube al avión, va.

Y me voy a quedar con las ganas de saberlo.

—¿Qué, Mamen?

—Que nada. Que te voy a echar de menos —me dice y luego me besa para evitar que siga preguntando. Es un beso largo, muy suave. Como una pincelada, tratando de captar un momento fugaz para enmarcarlo y guardarlo para siempre.

Le digo adiós con la mano mientras me incorporo al resto de pasajeros. Me giro un momento para verla por última vez y me parece leer en sus labios un "te quiero", pero no estoy segura.

Al subir al avión me seco la mejilla. La tengo húmeda pero no es por mí. Es por una lágrima de Mamen.

Mi cabeza parece una lavadora centrifugando. Se mezclan momentos del fin de semana: la llamada de teléfono, el beso y el adiós, la frialdad de Mamen, el calor de su cuerpo, el sabor de su sexo, el tema de pasear cogidas de la mano, ahora sí, ahora no, los putos puntos de colores en el mapa.

Concluyo que este finde Mamen ha sido como el perro del hortelano y decido no darle más vueltas hasta que regrese a España. Aun así, no puedo evitar que se me aplaste el estómago. Aunque quizá sea por el despegue del avión.

En Barajas me esperan mis padres. Mi madre me da un beso sonoro en la mejilla y mi padre se hace cargo de la maleta.

—¿Qué tal lo has pasado? ¿Qué tal Mamen? —pregunta mi madre obligada.

Con un "Bien" despacho las dos preguntas sin entrar en detalle.

—Londres es muy chulo —les digo—. Tengo un montón de fotos para enseñaros.

Capítulo 24 La chica de los tickets

Por más que lo intento, no logro sacarme de la cabeza el fin de semana con Mamen. Dos días y medio en los que se han sucedido un montón de... cosas.

Y toda esa rayada me lleva a hacer un repaso de mi vida los últimos tres, cuatro meses. ¿Cómo he llegado hasta aquí? ¿Cómo me subí a esta montaña rusa? ¡Ah, sí! Me enamoré de una chica en el metro y luego la busqué, pero a quien encontré fue a Mamen. O ella me encontró a mí, ya no estoy segura.

La chica del metro... ¿qué será de ella? Ya no la he vuelto a ver. Ni en el metro ni por el ambiente. Ella fue quien lo empezó todo. Ella fue la chica de los tickets que me animó a comprar un viaje para esta apasionante montaña rusa. Me duele pensar en ella porque no sé qué pensar.

Pero más me duele pensar en Mamen, en cómo me tiene pillada, para bien y para mal. Estoy muy enamorada de ella, pero, de alguna manera, sé que no es bueno que me pille por Mamen.

Sabe cómo manejarme, lo sabe tan bien que parece que sabe que estoy rayada y me manda un mensaje.

“Perdona si este finde he estado un poco rara. Estoy estresada por el curro y no quería amargarte el viaje.”

Leo con tranquilidad en mi habitación. Mi madre tiene orden expresa de llamar y esperar respuesta antes de abrir la puerta.

“Mamen, ¿tanto merece la pena ese curro para que vayas de culo?”

Espero una respuesta rápida pero no la tengo. Veo que escribe y luego deja de escribir. Veo que sale del chat, que vuelve a entrar. Que vuelve a salir. Lo dejo por imposible y me centro en prepararme la semana en la universidad.

Al rato, Mamen me escribe.

“Sí, merece la pena, pero entiendo que no lo entiendas.”

¿Me está llamando cría o inmadura o algo por el estilo o son paranoias mías? Me tiento preguntarle por la conversación que tuvo mientras yo fingía que dormía, pero la dejo en el tintero, junto con tantas otras.

Capítulo 25 Lo absurdo

Creo que si me pongo a echar cuentas, me paso más horas en la cafetería de la facultad que en clase. La cafetería es un lugar de encuentro y de intercambio. De apuntes, principalmente. Yo misma he tenido que echar manos de esta red de apuntes porque he faltado algunas horas a clase por ir a casa de Mamen, pero es algo que no me gusta. Es un poco como la droga: te pueden decir que la mierda es buena pero como te salga mal, lo pagas en el examen.

Me he prometido a mí misma centrarme un poco más y aprovechar estos días hasta que vuelva Mamen para organizarme lo que queda de curso. Pero no me lo van a poner fácil.

—Hola, hermosa —saluda Raúl cuando alcanza la mesa en la que estoy sentada.

—Hola.

—¿Qué tal Londres? ¿Qué tal con Mamen?

Resoplo y niego con la cabeza.

—¿Qué ha ocurrido? —pregunta un poco alarmado.

—Pues no estoy segura. Mamen ha estado rara. Un poco fría. Es decir, yo esperaba un finde de pasión y caricias y ella me recibe con un mapa lleno de lugares turísticos que teníamos que visitar.

—Bueno, es lo que se hace cuando vas a Londres...

—Pero yo no iba a Londres. Yo iba a ver a Mamen.

—Entiendo —concede Raúl—. ¿Y qué más? ¿Qué ha hecho?

—Es que no sabría decirte. Eran cosas sutiles, comentarios.

—Nico, ¿no será que son paranoias tuyas?

Me encojo de hombros. Puede que lo sean.

—Por ejemplo, —digo de repente porque acabo de recordarlo —resulta que en Londres está en el armario, ¿sabes?

—¿Cómo en el armario?

—Pues eso, que le fui a dar la mano y no quiso. Se cortaba, miraba alrededor. Me dijo que empezar en una ciudad no era sencillo y que yo podría entenderla porque me pasa lo mismo en Madrid.

—Ya, claro. Además, para dos semanas que va a estar en Londres, tampoco querría complicarse.

—Puede ser —digo derrotada.

—Va, no te preocupes. En nada la vuelves a tener aquí y podremos salir en plan dobles parejas —dice Raúl de manera un tanto infantil.

Levanto una ceja.

—Este sábado te presento a mi chico.

—No quería salir. Iba a ponerme a estudiar.

—Sí, claro —ríe Raúl.

—¡Es verdad! —digo indignada ante mi escasa credibilidad.

—Pues estudias el domingo. Pero este sábado, tú y yo salimos. Como en los viejos tiempos. Que me tienes abandonado.

—Vale —acepto sin mucho entusiasmo—. Me apetece conocer al chico al que has engañado.

Raúl me hace una mueca burlona y yo le lanzo un beso desde la distancia.

El sábado, Raúl y yo esperamos en una plaza a que llegue su nuevo novio. Se llama Sergio y vendrá enseguida. Mientras tanto, matamos el rato viendo a la gente pasar.

—El otro día, cuando fuimos a aquel bar de tíos, se te soltó la pluma mogollón

—le digo.

—¿Ah, sí?

Asiento con la cabeza y él no le da mayor importancia.

—La pluma no es algo que se pueda esconder.

—En la facultad no la tienes.

De nuevo, Raúl resta importancia a mi comentario.

—No sé qué decirte. ¿Es malo tener pluma?

—Es bueno y malo depende de dónde estés —le digo—. La pluma grita a los cuatro vientos que eres gay. Cuando estás con otros gays es una manera de celebrarlo. Cuando no, es una excusa para la discriminación —comento.

Raúl menea la cabeza sin mostrarse convencido del todo.

—A ver si te crees que las tías no tenéis pluma.

—Sí, claro que lo sé, pero es diferente.

—Yo creo que es igual. La pluma es una manera de tocar las narices a la sociedad heteronormativa.

Raúl se queda con la mirada perdida hasta que algo llama su atención.

—¿No es esa Amaya Salamanca?

—Uy, sí —digo afinando la vista.

—¡Hola! —dice una voz masculina a nuestra espalda que rompe el triángulo Raúl—Nico—Amaya.

Raúl suelta toda su pluma de golpe y se le lanza al chico para inundarlo de besos. Descubro entonces que yo ya conozco a ese chico. Él también me reconoce y me da un gran abrazo.

—¿Os conocéis? —pregunta extrañado Raúl.

—Sí. Es el compañero de piso de Mamen —le explico.

—Bueno, mejor dicho, ex compañero —me corrige Sergio.

—¡Anda! ¿Te has ido del piso?

Sergio se ríe pero luego se frena en seco porque comprende que lo que me va a decir ahora es la primera vez que lo oigo.

—¿No lo sabes?

—¿El qué?

Sergio mira a Raúl que sigue la escena un poco perdido. Pone una mano en mi hombro y me mira con gravedad.

—Mamen nos dijo que nos buscáramos a otro inquilino. Ella no va a volver.

Tardo unos segundos en procesar lo que me acaba de decir y no reacciono.

—¿Me has escuchado, Nico? —insiste Sergio.

Logro enfocar a un punto en su cara cercano a la mejilla. Subo la mirada hasta encontrarme con sus ojos.

—Pensé que lo sabrías ya. Mamen se queda en Londres.

—Nico, estuviste con ella el pasado finde, ¿es que no te dijo nada? —pregunta Raúl alterado.

Niego nerviosa con la cabeza.

—Me contó que su novia había estado un poco rara, pero que igual eran paranoias tuyas —le dice Raúl a Sergio.

—No es mi novia —oigo que digo como si mi conciencia estuviera sobrevolando aquella escena fuera de mi cuerpo.

—¿Cómo? —dice Raúl.

—Que no es mi novia —repito.

—Sí que lo es —dice Sergio con miedo a que se me haya ido la olla—. Os vi en mi cocina, mientras os besabais. Vi cómo Mamen te miraba, y te miraba con amor.

Vuelvo a perder mi capacidad de enfoque.

—Nunca hemos dicho que éramos novias —hablo pero no les miro.

—Bueno, ¿y qué? Se sobreentiende. Lleváis saliendo cuatro meses —dice Raúl con impaciencia.

—A ver, Nico, no te vayas a rayar ahora. Seguro que entendí mal y resulta que volverá pero se irá a otro piso o algo así.

Mi cabeza se mueve como la del perro de la parte de atrás de un coche. De un lado a otro, arriba y abajo, sin sentido.

—¡Nico, Nico! —me llama Raúl.

Le oigo como un eco lejano. En mi cabeza se agolpan, una vez más, todas esas frases que Mamen dejó pendientes de un acantilado, queriendo decirme algo pero sin llegar a hacerlo.

—¿Qué? —reacciono.

—Vamos a un bar, te tomas una cerveza e intentas olvidarlo unas horas. Mañana, hablas con Mamen y que te explique —me aconseja mi amigo.

—No tengo el cuerpo para alcohol.

—Ya lo sé, pero nunca te había visto así y no me atrevo a dejarte en casa sola. Así que te vienes con nosotros.

Yo tampoco me fío de quedarme en casa, no por cometer ninguna locura, sino porque el silencio ahora es mi peor enemigo. Necesito ponerme junto a un altavoz potente que ocupe toda mi mente. Pero al entrar al garito, veo que la cosa no va a ser nada sencilla. Entre la gente, me topo con las caras de Ana y Laura, las amigas de Mamen, que me miran con pena. Les devuelvo una mirada desafiante pero ellas no cambian su expresión y se encogen de hombros tratando de disculpar a su amiga. ¿Es que todo el mundo sabía los planes de Mamen menos yo? Me cabreo. Me sube el calor a la cara y necesito refrescarme.

—Tengo que ir al baño, chicos.

En la cola para entrar la pesadilla continúa. Carolina, la jugadora de fútbol sexy, ex de Mamen y de medio Chueca, se acerca hacia mí con seguridad. Al ver mi cara de pocos amigos, mantiene la distancia.

—¿Qué tal estás? —me pregunta en un tono neutro.

Las chicas de la cola nos miran con curiosidad.

—Mal —le digo sin disimular.

Carolina va a tocarme el hombro pero le advierto con la mirada de que no lo haga y se echa atrás.

—Lo siento. Nico. Te advertí, te dije que no encajabas en su vida. Mamen ya tenía una novia: su trabajo.

—¿Qué más te da a ti?

Es la primera vez que veo a Carolina con la guardia baja, pero le dura un par de segundos. Lo que tarda en darse cuenta de la expectación que levanta nuestra conversación entre las chicas de la fila.

—¡Oye, que yo sólo quería ayudarte! ¡No seas borde! —me suelta y se larga.

Yo hago lo mismo porque paso de quedarme ahí parada aguantando las miradas de la gente. Saco el móvil del bolso y salgo a la calle. Voy a llamar a Mamen. Sí, lo sé, me va a costar un ojo de la cara. Eso si me contesta.

Los tonos suenan lejanos y oigo las vibraciones de la línea al cruzar el canal de la Mancha.

Al sexto tono, cuando estoy a punto de rendirme, Mamen contesta.

—¿Diga? —su voz suena somnolienta.

—Mamen, soy Nico —digo y espero deliberadamente a que esa frase caiga a plomo sobre su almohada.

—Nico... —tartamudea Mamen—. ¿Qué ocurre?

—¿Que qué ocurre? Acabo de hablar con Sergio. Eso ocurre —elevo el tono—. Me ha dicho que no vas a volver. ¿Es cierto?

Hay un largo silencio sólo roto por la respiración de Mamen.

—Nico, quería decírtelo en Londres, pero no me atreví.

La siempre intrépida y segura Mamen no se atreve a dejarlo con su chica.

—Mamen... —se me rompe la armadura y comienzo a llorar.

Mamen no dice nada al otro lado porque sabe que nada de lo que diga podrá aliviar mi dolor.

—¿Se ha acabado, Mamen? —digo entre sollozos.

—Nico... Te quiero, de verdad. Te quiero mucho, pero llegaste en el peor momento posible a mi vida.

Me enfado de nuevo porque yo no llegué a ningún lado y en ningún momento. Fue ella la que me retuvo cuando pudo haberme dejado ir aquella noche.

—Haberlo pensado antes. Eso no es excusa para dejarme ahora. ¿Cuál era tu plan? ¿Mandarme un email para dejarlo? ¿Decirme que se alarga la puta formación semana tras semana?

—¡No lo sé, Nico! ¡No lo sé...! Estoy tan jodida como tú, ¿sabes?

—¡Y una mierda! —digo y cuelgo al instante.

Me devuelve la llamada pero no la cojo. Me quedo con la mirada tonta viendo su foto en la pantalla de mi móvil, mojada por las lágrimas. Lo limpio con mi jersey y entro de nuevo al bar mientras me seco las mejillas.

—Raúl, me voy a casa.

Raúl y Sergio me miran esperando una explicación.

—He hablado con Mamen. Todo bien, ¿vale? No os preocupéis por mí.

—No quiero que estés sola en tu habitación ahora.

—Necesito estarlo, compréndelo.

Sin esperar a una contrarréplica, me marcho a mi casa.

En el camino, tengo la sensación de que todo me parece absurdo, como si alguien le hubiera quitado la capa de pintura a todo y pudiera verlo tal y como es. Las risas entre una pareja, un hombre de traje leyendo el metro, un tipo tocando en los pasillos, una chica en minifalda... Todo parece normal, pero me resulta estridente, exagerado y falso.

Llego a casa y mi madre está medio sobada en el sofá.

—Hola —saludo y rompo a llorar.

Mi madre se levanta y me abraza.

—¿Qué ocurre, hija mía?

Entre lágrimas logro decírselo.

—Mamen me ha dejado.

Mi madre me aprieta fuerte tratando de hacerme un torniquete que corte el grifo de mis ojos.

—No puedo decir que no esté contenta.

Tardo en comprender la doble negación de mi madre y cuando lo hago me separo de ella.

—Eso no cambia nada, mamá.

Ella enfurece y arruga la frente pero no dice nada.

Yo me encierro en mi habitación a tratar de dormir. Si el altavoz no ha logrado aplacar mi mente, quizá el sueño pueda hacerlo.

Capítulo 26 Win-Win

La sensación de absurdez me acompaña desde que lo dejé con Mamen. Me costó tiempo ser consciente de que lo habíamos dejado. Casi tanto como el que me llevó certificar que éramos novias. Y aun no las tengo todas conmigo respecto a cuál era nuestro estatus.

Al principio, me mensajeaba constantemente, pero ya ha dejado de hacerlo. Me pedía disculpas y me decía que no habíamos tenido timing o no sé qué mierdas.

Me duele pensar en ella porque me encantaría odiarla y no puedo.

También me duele pensar en cómo acabó todo. Sin un adiós en condiciones. Quizá aquel beso de pinceladas suaves y largas fuera el adiós que ella me estaba dando consciente de que ya no volveríamos a vernos. Seguro que era así. Mamen no da puntada sin hilo.

Siento un hueco enorme casi todo el tiempo porque casi todo el tiempo mi mente estaba ocupada con Mamen.

Trato de buscar espacios en los que no estuviera y los encuentro en clase y en algunos ratos con Raúl, que evita mencionar a Sergio para no desatar mi nostalgia.

—¿En qué fase te encuentras? —me pregunta.

—En la de hueco helador.

—¿Cuál es esa?

—De entrada, estoy bien, pero de vez en cuando me vienen ráfagas de frío que me entristecen. Como cuando te compras una cazadora muy bonita y calentita pero que cuando te agachas te deja los riñones al aire.

Me aprieta la mano y me mira con una fingida tristeza, casi teatral.

—Pues no te agaches y, la próxima vez, te compras un abrigo en condiciones.

Me centro en la carrera y en continuar mi vida dentro de la anodina media de una postadolescente (¿hasta qué edad se puede decir esto?) lesbiana: mala relación con mamá, check; bollodrama con chica más experta que yo, check; interés hacia estudios feministas, check; sensación de que todo el mundo te mira, check.

No, en serio. Deja de mirarme. Sí, te digo a ti, popular y siempre atractiva Vero.

Estoy en la biblioteca estudiando y la he cazado un par de veces mirándome a través de la estantería.

A la tercera, levanto la barbilla y hago un esfuerzo por que ella lea en mis

labios un despectivo "¿Qué miras?". Por dentro, me estoy cagando de miedo. Ella lo huele y levanta una ceja.

Despacio, contoneando las escasas caderas que tiene, se acerca a mi sitio y se sienta a mi vera.

—Nico, ¿verdad?

Digo que sí con la cabeza porque si trato de hablar, mi tartamudeo me delataría.

—Me gustó tu ejercicio sobre Susan Sontag.

—Gracias —digo en voz muy baja.

—Me da rabia porque más de la mitad de esta facultad no saben que esa tía fue la puta ama.

—Ajá... —acierto a decir.

Vero se queda callada y me doy cuenta de que no ha venido sólo para felicitarme por un ejercicio de clase, pero tampoco me atrevo a preguntarle qué quiere.

Por fin, toma aire para lanzarme una pregunta que seguramente llevaba mucho tiempo haciéndose.

—Esa chica que preguntó por ti aquella vez... ¿es tu novia?

¡Ouch!

Bajo la mirada. ¿Qué hago? ¿Qué digo? Cuando creía que la facultad estaba completamente esterilizada del virus Mamen, me viene Vero con estas.

Entonces, comienzo a recordar nuestra última conversación. En la calle, sin mi cazadora, tenía frío pero no lo notaba porque estaba roja de ira y rabia.

Algo debe notar Vero porque me pregunta qué me pasa.

Sin responderle, recojo mis cosas y salgo de la biblioteca.

Pero Vero va tras de mí, llamándome a pesar de los siseos de la bibliotecaria pidiendo silencio.

Por fin me alcanza y me agarra del brazo y me obliga a girar sobre mi misma. Me seco las mejillas con el dorso de la mano antes de mirar a Vero.

—Perdona si te he molestado. No era mi intención.

—No, es culpa mía. Soy una llorona —me disculpo por encima de los siseos de la responsable de la sala.

—Vamos fuera y nos sentamos en el césped. Así te da un poco el aire.

Le hago caso no sé muy bien por qué. Quizá porque al estar con ella, no soy yo la que recibe las miradas.

—Estoy bien, de verdad. Es sólo que... —digo cuando nos sentamos en el césped.

—No tienes que contarme nada. Todos tenemos nuestras mierdas que nos hace llorar.

Río porque me sorprende el modo de hablar de Vero.

—Además, me lo imagino. No será muy diferente a cualquier otra relación.

Chica conoce a chica, se gustan, se enamoran, empiezan una relación y se juran amor eterno. Un día, una de ellas, por la razón equis, deja de sentir lo mismo y bla, bla, bla. Lo de siempre.

—Más o menos, sí.

Me dedico a arrancar el césped que está junto a mis pies mientras Vero echa la cabeza hacia atrás para que le dé el sol. Le miro de reojo. Miro cómo el sol brilla en el vello clarito de su escote y refleja en una medalla que tiene colgada al cuello.

—El amor es una mierda —dice incorporándose.

Yo giro rápido la cabeza para que no me pille mirándole las tetas, pero creo que ha sido inútil porque se le escapa una risita.

—¿Sabes...? —digo para romper la tensión —. Tenía pensado otro ejercicio en lugar del de Susan Sontag. Iba a escribir sobre las expectativas que generan las películas de Hollywood sobre nuestras relaciones y la consiguiente frustración que genera. No sólo se en nuestras relaciones románticas, también en nuestras expectativas de vida: dinero, trabajo, y todo eso.

—¿Y por qué no lo hiciste?

—Porque el profesor es gilipollas y me hubiera dicho que es un tema muy trillado o que era un artículo muy simplón o cualquier chorrada. Así que escribí sobre Sontag porque al menos así me aseguraba ser original.

Vero asiente con cierta chulería y de nuevo nos quedamos calladas.

—Nico.

—¿Qué?

—¿Podrías ayudarme en una cosita?

Ya sabía yo que esta no se arrimaba de manera desinteresada.

—Depende. No te prometo nada.

—Tú conoces mi fama, ¿verdad?

Trago saliva.

—No lo voy a negar ni me voy a disculpar. Me gusta el sexo. Sin compromiso. Tenemos un cuerpo bonito, somos jóvenes, ¿por qué no íbamos a disfrutarlo? Un momento, ¿por qué me incluye?

—Conozco a un chico guapo, fuerte, alto, nos gustamos y... ¿para qué más? ¿Para qué complicarse? Como tú has dicho, luego llegan las frustraciones, ¿verdad?

Estoy temblando porque ha elegido un tema para su monólogo en el que no me siento nada cómoda.

Vero se gira hacia mí con confianza y me penetra con sus ojos azules.

—Úsame, Nico. Úsame para olvidar a tu ex.

—¿Qué? —acierto a decir descolocada por su proposición.

La indignación ha ejercido un efecto muelle sobre mi cuerpo y me he levantado del césped de un salto. Desde arriba tengo mejor perspectiva de las

tetas de Vero. Dios mío, ¿por qué me haces esto?

—Escúchame antes de decir un no rotundo.

Me quedo parada ante el cuerpo tumbado en el césped de Vero.

—Tienes que probar otra piel para superar lo de tu ex. Te lo digo por experiencia. Es como el polvo del olvido.

—¿Y tiene que ser la tuya?

—¿Es que no te gusta? —dice Vero extendiendo los brazos. Con el movimiento, sus pechos se han movido como globos de agua. Dios, deja de joderme así. Doy un par de vueltas sobre mi misma tratando de ubicarme en aquel espacio/tiempo que parece haberse puesto del revés.

—Pero tú eres heterosexual.

—Sí, bueno. Nunca lo he hecho con una tía y tengo curiosidad —me dice con toda la tranquilidad del mundo—. Es un win-win. Ganamos las dos.

Se me desencaja la mandíbula al comprobar que Vero tiene excusa para todo y ningún reparo.

—No. Rotundamente no —contesto.

Vero se pone de pie y exhibe su cuerpo. Comienza a protestar, a decir que si voy a desaprovechar ese cuerpo serrano, pero apenas la oigo porque he visto a alguien detrás de un arbusto que nos está mirando y que se ha escondido rápidamente cuando Vero se ha levantado.

Voy hacia el arbusto ante su mirada atónita porque no comprende que la deje plantada.

Me muevo de un lado a otro para localizar a la persona. Vero debe flipar cuando me ve darle patadas al seto.

—¡Sal de ahí!

—¿Quién es? —pregunta Vero que se acerca al arbusto justo cuando la persona sale huyendo de ahí a toda velocidad.

—No tengo ni idea de cómo se llama. Pero Raúl y yo le llamamos la bulldog y es una espía de Mamen.

—¿Una espía? Joder, con las bolleras.

—No me puedo creer que me siga espiando. Ha perdido todo el derecho.

—Lámame loca, pero nunca se tiene derecho a espiar a nadie.

Saco el móvil dispuesta a enviarle un mensaje a Mamen.

—Se va a enterar —digo.

Pero Vero está más rápida que yo y me coge el móvil.

—Nico, ¿seguro que no se te ocurre otra idea mejor para vengarte de Mamen que escribirle un mensaje lleno de emoticonos enfurecidos?

Me cabreo y le grito que me devuelva el móvil.

—¡Tú no lo entiendes! Era una relación bonita, era mi primera relación. No puedo olvidarla con un polvo.

Rompo a llorar y Vero me abraza. Acomodo mi cara en sus pechos y me siento

casi al instante como en casa.

De repente, no me parece tan mala idea echar un polvo para olvidar a Mamen. Si algo puedo aprender de Vero es la maldita regla que no seguí desde un principio: prohibido enamorarse.

Capítulo 27 La Virgen de las Nieves

Me da miedo olvidar a Mamen, pero más miedo me da engancharme a ella, a nuestro pasado, y no poder seguir adelante. Todo radica en que me cuesta pensar fríamente nuestra relación y tomar distancia. Todavía tengo pegado su olor a mi piel.

Nunca pensé que mi cabeza fuera la que me obligara a tener sexo con otra persona aun cuando a mi cuerpo no le apeteciera. Pero Vero me lo pone muy fácil.

Estoy bajo el umbral de su piso compartido. Lleva una blusa blanca sin sujetador, por lo que se le transparentan los pezones. Trago saliva y le propongo salir a tomar algo antes, en plan cita, porque a mí no me gusta el sexo sin más. Se niega.

—Esto es sexo sin más. Quiero que te quede claro antes de que te lances a hacer nada.

—Ya, pero yo nunca he hecho el amor con alguien que no me atraiga como persona.

Vero me mira de arriba a abajo con una ceja levantada.

—Vamos a ver, además de Mamen, ¿te has acostado con alguien más?

Me pongo roja de inmediato, desvío la mirada y miro al techo intentando recordar mis polvos anteriores. Mientras tanto, Vero sigue cuestionándome con la mirada.

—Pues... —hago un ruidito con la boca antes de contestarle—. No.

Vero dice "me lo imaginaba" sin palabras y me agarra la cara con las dos manos.

—No vamos a hacer el amor. Vamos a follar.

Debe notar que estoy ardiendo porque retira las manos como si se hubiera quemado.

—Eres igual de mandona que Mamen —le suelto.

Ella cierra la puerta de su cuarto con estrépito.

—Última norma: prohibido nombrar a Mamen en esta habitación —dice un poco ofendida—. Y a partir de ahora, mandas tú, que eres la experta.

Se me acelera el corazón y me saltan las alarmas.

—A ver, experta experta tampoco soy. Como te he comentado, Mamen ha sido mi primera vez. En todo.

—Te cedo el mando y no lo quieres pero luego me llamarás mandona.

Enmudezco. Me pregunto si ese fue el origen de mis problemas con Mamen pero no recuerdo que me cediera el mando en ningún momento. Si acaso

alguna vez en el sexo porque le daría morbo el rollo sumisa. Por lo demás, nada. De hacerlo, seguro que yo no lo hubiera querido. Era mi primera relación, todo era nuevo para mí, ella era la experta, suponía que todo era normal.

Vero comienza a desabrocharse la camisa y frena mi tormenta de pensamientos. Me envalentono.

—Deja, ya lo hago yo.

Me acerco a ella y le desabrocho el segundo botón que está casi en el ombligo. Abro un poco la camisa y beso su piel. Sigo desabrochando botones y besándole el cuello. Ella echa la cabeza para atrás pero tiene los brazos muertos.

Le quito la camisa y descubro sus pechos. Son preciosos, grandes, duros, redondos. Simplemente perfectos. La cadena dorada que tiene colgada al cuello recorre todo su escote. Paso los dedos por los eslabones hasta rescatar la medalla atrapada en el canalillo.

—¿Qué virgen es?

—La Virgen de las Nieves —contesta. Me la quita de las manos y la sostiene delicadamente entre sus dedos—. ¿Ves esta media luna a sus pies?

Yo asiento pero apenas veo a la virgen. Tengo la mirada clavada en los pezones de Vero.

—Simboliza el triunfo del tiempo sobre las cosas —continúa—. Me la dio mi abuela y me dijo: que la vida no te de lo que puedas soportar.

Levanto la cabeza y le interrogo con la mirada.

—Yo tampoco lo entendí cuando me lo dijo. Luego se murió mi padre y tuvimos que seguir adelante sin él. Entonces lo comprendí.

Quedamos en silencio un momento, ella con los pechos al aire y yo tratando de comprender lo que me acababa de contar Vero. Me siento estúpida por llorar por una relación de escasos cuatro meses cuando ella ha podido superar la muerte de su padre.

—Entiendo muy bien a la Virgen de las Nieves —digo por fin—. Yo también querría vivir eternamente entre tus tetas.

Vero suelta una carcajada y se lanza hacia mí con un beso impetuoso que me obliga a echar el cuerpo hacia atrás. En ese instante, se acaba la dulzura.

Nos enzarzamos en una vorágine de besos húmedos y cuerpos desnudos.

—Vamos a la cama —me dice Vero.

Niego con la cabeza y le empotro contra la pared. Me encantaría tener tres bocas para comerle entera. Me siento como en un hotel con bufé libre. Tiene la piel suave, ni un sólo pelo fuera de lugar, ni un gramo de grasa por ningún lado y con el culo duro y un poco respingón. A pesar de que yo soy todo lo contrario, no siento vergüenza o complejo alguno. Estoy aquí para follar y para probar otra piel. No para ser juzgada. Es lo que Vero me hace sentir: una

libertad absoluta para hacer lo que quiera con su cuerpo.

Me arrodillo ante ella y la miro desde abajo.

—Estoy sudando como nunca —me dice.

Le obligo a que abra un poco las piernas y le beso el interior de los muslos. Con una mano, le aprieto las nalgas y las piernas, con la otra juego en el interior de su coño.

—Nico, me pasa una cosa —dice Vero entre jadeos.

—¿Qué ocurre?

Trata de encontrar huecos en su respiración para sacar frases coherentes.

—Echo de menos una polla. Estoy tan caliente que quiero una penetración ahora mismo.

Busco por la habitación algo con lo que satisfacer su deseo pero no encuentro nada.

—¿Tienes un vibrador o algo?

Dice que no con la cabeza.

—Pues te aguantas las ganas. Te prometo que no te va a hacer falta.

Le lamo muy suavemente los labios que se abren poco a poco invitando a mi lengua a entrar.

Vero pone una pierna sobre mi hombro y se agacha un poco, ayudándose de la espalda para apoyarse en la pared y no caer al suelo.

—Dios...

Sus piernas no tienen grasa pero tampoco músculo así que es incapaz de aguantar su propio peso y acaba cayendo lentamente al suelo, arrastrándome a mí con ella. Sobre la tarima de su habitación, continúo comiéndole el coño.

El cuerpo de Vero me pide que acelere el ritmo pero yo tengo el control y prefiero seguir haciéndolo suave. Se incorpora y me toca la espalda. Me la araña. Me acaricia la cabeza y se vuelve a tumbar. Un líquido comienza a salir lento de su interior. Vero se retuerce y gime constantemente.

—Me muero. Se me va a salir el corazón.

Abre más las piernas. Le agarro con fuerza y me pongo de rodillas de manera que ella queda apoyada al suelo sólo por la parte alta de su espalda, dejando el resto del cuerpo al aire, mis hombros soportando sus piernas y mi cara completamente hundida entre sus muslos. Como las manos me quedan libres, le acaricio con fuerza las tetas, el vientre y la espalda.

Ya no sé qué hago con la lengua. Hace rato que he perdido la sensibilidad. No obstante, no paro hasta que ella me lo pide.

Queda despatarrada en el suelo, jadeando y respirando con dificultad.

—¿Tienes una toalla?

Entre espasmos, me señala la mesilla de noche. La abro y encuentro unas toallitas húmedas con las que me limpio la cara. Me siento en el suelo frente a

ella y contemplo cómo sus tetas suben y bajan y su coño se va cerrando poco a poco.

—¿Podrás volver a acostarte con un tío? —le vacilo.

Ella se incorpora lentamente y se pone unas bragas y una camiseta.

—Sí, no te preocupes por mí. Y tú, ¿podrás pasar sin sexo conmigo?

La pregunta me sorprende y necesito un momento para pensarla y reflexionar. Vero tiene un cuerpazo, pero no es eso lo que más me ha gustado de follármela. Lo que más me ha gustado ha sido la libertad, la desinhibición, probar algo nuevo, esa piel nueva que decía ella, tener todo el placer del sexo pero sin lo agri dulce de una relación. Suspiro.

—Estás buenísima, tía, pero sobreviviré.

Me visto yo también y hablamos un rato de Susan Sontag, literatura y feminismo y poco tiempo después me marcho de su casa con la convicción de que he perdido una amante pero he ganado una amiga.

Al salir a la calle, respiro hondo. Noto que mis pulmones están un poco más limpios y que alguien ha vuelto a poner esa pátina de pintura que ocultaba la absurdez del mundo.

—Viva la Virgen de las Nieves —me digo a mí misma.

Capítulo 28 De Oca a Oca

Me he llevado algo de Vero después de acostarnos (además de sus apuntes de Opinión Pública). Algo que no sé exactamente qué es pero que hace que me sienta segura de mi misma y con ganas de más.

A veces me sorprendo pensando en Mamen como algo lejano aunque no hayan pasado más que unas pocas semanas. También me he dado cuenta de que no recuerdo la cara de la chica del metro. Sólo su pelo largo, liso como una tabla y moreno. Esto me da más pena que lo de Mamen, la verdad, aunque estoy casi segura de que si la volviera a ver, sabría que es ella.

Son como mis dos fantasmas que me siguen allá donde vaya. Aunque más que como fantasmas, las siento como losas, historias no cerradas que me inquietan por las noches y no me dejan dormir.

Cuando vuelvo a la facultad algo ha cambiado. Algunas chicas y muchos chicos me miran con cierta envidia al pasar por su lado, me dan un repaso y se dan codazos unos a otros.

“¿Has contado lo nuestro?”, le pregunto en un mensaje a Vero.

“Sí, ¿hay algún problema?” me responde casi al instante.

Levanto la cabeza y lo que veo me gusta. Una chica pequeña y de pelo rizado se me acerca sonriendo. Sus ojos marrones están perfectamente enmarcados con delineador negro.

—Ya que estás con el móvil en la mano, apunta mi número —suelta.

Obediente y complacida, apunto su teléfono y me derrito con la sonrisa de la chica cuando se marcha.

“No, no pasa nada”, contesto a Vero. Guardo el móvil tratando de ocultar la risa sin mucho éxito.

Raúl y yo nos apoyamos para estudiar. Nos repartimos las asignaturas y luego nos explicamos las dudas. No es que nos haga falta, pero así nos obligamos a buscar tiempo para vernos.

—Así que ahora eres Nico “La triunfadora” —me dice en un descanso entre clase y clase.

—Qué va —respondo sonrojada.

—Deberías aprovechar el tirón y divertirse un poco. ¿Las tías podéis pillar ETS? Supongo que sí. Infórmate antes de empezar a zorrear.

—¡No voy a zorrear! —le digo con exagerada indignación—. Parece mentira que me conozcas.

—A ver, tampoco te estoy diciendo que te tires a medio Chueca, pero podrías

salir y conocer a otras tías.

Una chica pasa a nuestro lado. Se pone bastante colorada y me da un papel. Luego se marcha sin decir una sola palabra. Al desplegar el papel veo que está escrito su nombre y su número de teléfono.

—Es el segundo hoy.

—¡Vaya triunfada! Por lo menos, deberías invitarles a tomar algo. Por educación.

El profesor nos interrumpe y nos invita a entrar en clase.

Pienso en lo que me ha dicho Raúl, que es lo mismo que me insinuó Vero. No puedo quedarme encerrada en casa esperando a que el amor llame a mi puerta. No puedo ser tan pasiva porque hasta ahora no me ha ido nada bien. O he perdido la oportunidad o me han manejado como han querido.

Al salir de clase, apunto el número de la chica tímida en el móvil y le escribo a ella y a la chica del pelo rizado y ojos delineados. Después de un intercambio de mensajes, he quedado con una el viernes y con otra el sábado.

—Raúl approve it—me dice mi amigo levantando el pulgar.

—No sé si estoy preparada para esto...

—A la mierda la preparación, Nico. Si pudiste con Vero, podrás con cualquiera.

—Ya, pero si Mamen se entera...

Raúl sobreactúa y me dirige una mirada asesina que haría temblar al mismísimo Hitler.

—Nico —dice con severidad, —no estarás pensando en volver con Mamen, ¿no?

Noto que mi cuerpo se hace muy pequeño ante la pregunta.

—No... —respondo sin convicción.

—Nico, lo estás haciendo muy bien. No es fácil superar una ruptura. Menos si es la primera. Mamen ha hecho su vida. Haz tú la tuya.

Las palabras de Raúl son un punzón que se clava en mi pecho. El dolor hace que se me empañen los ojos. Mi amigo me abraza y me besa la coronilla.

—Permítete equivocarte, salir, divertirte, ligar y esas cosas. Yo estaré siempre a tu lado. No lo olvides.

Se me calienta el corazón, pero puede que sólo sea por la sangre que se derrama.

Estoy arreglándome en el baño cuando entra mi madre.

—¿Vas a salir?

—Sí —respondo sin apenas mover la boca para no pasarme con el pintalabios.

Mi madre me mira de arriba abajo.

—Vas muy arreglada, ¿no?

Me miro en el espejo antes de responderle.

—Tampoco nada del otro mundo. Sólo que voy de negro y resulta más

elegante, pero no es más que una camiseta y unos vaqueros.

—¿Quieres que te haga una trenza?

Río ante la frase. Me recuerda a aquella primera vez que salí con Raúl a un bar de lesbianas, la misma noche que conocí a Mamen.

Se me borra la sonrisa.

—No, lo prefiero suelto —respondo agitándome el pelo al pasar por su lado.

Saludo a mi padre que sonrío cuando me ve.

—¡Qué guapa! ¿Sales a festejar?

—¡Mariano! —le llama la atención mi madre.

Mi padre se muestra confundido y mi madre tiene que rectificar.

—Que eres un antiguo. No se dice ya lo de festejar.

—Ah. ¿Y cómo se dice entonces, lista?

Yo les miro divertida mientras me pongo la chupa, que es la excusa perfecta para que mi madre se escaquee de la pregunta.

—¿Cuándo te compraste esa cazadora?

—Fui el otro día de compras con Raúl —ladeo la cabeza porque sé lo que mi madre está pensando—. La pagué con el dinero que me dio el tío por mi cumple, que aún lo tenía en la hucha.

—Tu madre se debe pensar que te prostituyes o algo —suelta mi padre.

—¡Yo no pienso eso! No digas tonterías.

Aprovecho que mis padres se enzarzan en una de sus discusiones sobre chorradas para salir de casa. Cuando estoy casi en el portal oigo a mi madre pedirme desde arriba que no llegue tarde.

La chica de los ojos enmarcados con delineador negro resulta ser maja pero me recuerda demasiado a Mamen. No sé decir por qué. Quizá es porque ahora voy a comparar a todas las chicas con Mamen. Maldición.

—No sabía que entendías —me dice—. Pensaba que tenía fichadas a todas las lesbianas de la facultad.

Me encojo de hombros. Tampoco sé qué responderle.

—Bueno, a decir verdad, tampoco es que me hubiera fijado en ti antes. Eres más bien... discreta. Hoy no, hoy estás muy guapa. Ya podrías venir así a clase. Me hubiera fijado en ti y te habría tirado los trastos antes.

Empiezo a sentirme aturullada porque habla mucho y muy rápido.

—Aunque, ahora que lo dices, me suena tu cara. A lo mejor te he visto en algún bar. ¿Con Carolina?

Quiero responder que Carolina no es mi amiga pero no me deja.

—¡Qué tía más zorra! Me dijo que no podíamos tener una relación porque le iba a fichar un equipo de una universidad americana y que no me iba a volver a ver. Y luego la veo por Chueca tan contenta y pasando de mí.

—¿Pasando de ti? No me imagino por qué —consigo meter mi frase en su

monólogo.

La ignora por completo y sigue hablando. La noche no ha hecho más que empezar y ya me quiero ir a casa. Sólo se me ocurre una manera de callarla: me abalanzo sobre ella y le beso en la boca. En realidad, empiezo con un mordisco pero me suavizo y acabo besándole con un ímpetu más relajado. Mi táctica funciona: le gusta el beso, le gusta yo y a mí me gusta besarle y que esté callada.

Con el calentón vamos a su Colegio Mayor. Su compañera ha salido por ahí y tenemos la habitación libre.

Me siento un poco constreñida en su cama, oigo ruido por los pasillos y tengo la sensación constante de que un bedel o una gobernanta o lo que sea que haya en un Colegio Mayor va a entrar y nos va a pillar. Resultado: El polvo resulta un poco decepcionante. Además, tengo que salir del edificio a escondidas y de madrugada.

—Yo no valgo para esto —le cuento a Raúl al lunes siguiente.

—Hija, no van a ser todos los polvos tan espectaculares como con Vero.

—Ya lo sé, pero no es eso.

—¿Y qué es?

—No lo sé.

Raúl suspira y me pregunta por mi cita del sábado.

—Pues algo mejor. La chica muy maja, muy simpática y tal, pero nos entró el calentón y las dos vivimos con nuestros padres así que nos fuimos a los baños y fue un poco bluf también.

—¿Y...?

—¿Qué quieres? ¿Qué te cuente cómo follamos?

—Sí —dice Raúl como si su respuesta fuera obvia.

—Lo siento, pero no. No quiero que me visualices así.

Raúl se ríe.

—Yo puedo visualizarte como me dé la gana. Mira —dice y a continuación cierra los ojos y empieza a reírse de manera tonta.

Le golpeo en la cabeza para pedirle que pare.

—Bueno, el fin de semana que viene más.

Me encojo de hombros con resignación. Sé que no soy ese tipo de chica capaz de follar bien en cualquier sitio. Quizá es sólo cuestión de práctica. No lo sé. Pero también he notado que poco a poco se me está yendo el olor de Mamen de mi piel al tiempo que me sobreviene otra sensación que todavía no alcanzo a palpar.

—Sí, al finde que viene más —respondo finalmente.

Capítulo 29 En el alambre

Ando sobre un alambre muy fino, pero me mantengo. De lunes a jueves soy la perfecta estudiante, saco adelante la carrera, me esmero por sacar nota y dejo a mis padres contentos.

El fin de semana salgo a ligar y a mi madre se le amarga el gesto porque siempre llego a deshoras y se piensa que me drogo.

Ligar no se me da mal y mi fama comienza a precederme por lo que cada vez es más fácil. Coches, parques, baños, habitaciones compartidas... Ningún escenario se me resiste y me sorprende a mí misma haciéndolo de mil maneras diferentes. Cual vampira, me alimento del poder de dar placer. Es adictivo y me eleva a los cielos.

Pero todo tiene una cara b, una bajada a los infiernos. Conforme se acerca el viernes, se me pone un nudo en el pecho que aún no sé a qué se debe.

Esta noche es viernes así que toca salir. Lo quiero fácil y lo quiero ya, así que empiezo a cruzar miradas con una chica que lleva falda. Es bajita, musculosa y con el rostro muy dulce. Ella ya sabe lo que quiero y me lo quiere dar. Se acerca y me invita a una cerveza. Se ríe constantemente y apenas escucho lo que dice por encima de la música del bar. Al segundo trago de cerveza ya me da un pico. En el cuarto, me repasa la oreja. Al sexto, me agarra la mano y me dejo arrastrar al baño.

Entramos en uno y baja la tapa.

—Mira lo que sé hacer —dice.

Acto seguido, pone las manos sobre la taza y hace el pino. La falda se le baja (¿o se le sube?) y deja al aire sus vergüenzas.

—Joder —digo con asombro.

Entonces, abre las piernas y las apoya a cada lado del baño. Su coño me queda a la altura de la boca.

—Dale —me dice.

—Te va a bajar la sangre a la cabeza y te vas a marear —le digo.

Se mantiene firme sobre la taza del váter.

—Pues dale rápido —ríe.

Me pongo a ello más preocupada por la salud de la chica que por darle placer.

—Lo tienes todo pelado —digo entre lametones.

—Sí, es lo que tiene llevar un maillot de gimnasta.

La chica jadea de vez en cuando y la firmeza de sus brazos comienza a esfumarse. Baja las piernas y apoya las rodillas en mis hombros. Curva la espalda y parece que se va a partir. De esta manera, puede levantar la cabeza

un poco y que le vuelva a recorrer el riego sanguíneo por todo el cuerpo.

—Baja y nos ponemos más cómodas en la taza del váter.

La gimnasta se niega. Le resulta excitante, dice. Comienzan a aporrear la puerta conforme aumentan los gemidos de la chica.

—Ya me voy, ya me voy —dice entre jadeos.

—¡Buscaros un hotel! —nos sugieren desde afuera.

Me esmero en el último sprint y meto la lengua con profundidad sin parar de moverla en círculos. Con las manos, arañó sus muslos y glúteos porque me apetece que me recuerde cuando vuelva a ponerse el maillot. Ella empuja el tronco hacia mí de manera rítmica hasta que acaba derritiéndose y perdiendo la poca fuerza que le quedaba en los brazos.

Le agarro su cuerpecito hasta que se recupera y vuelve a ponerse de pie.

Tiene la cara roja y se sienta un poco en el váter.

—Ha molado, eh —dice mientras recupera la respiración y el color.

—Sí, ha estado bien.

Me abraza con fuerza y se despide.

—Ha sido un placer, Nico. ¡Nos vemos!

Abre la puerta de par en par y se larga dejándome con la palabra en la boca. Me como la bronca de todas las chicas que esperan fila para ir al baño. De todas menos una que me empuja de nuevo adentro y cierra tras de sí. Más abucheos e insultos.

—Mira, lo siento pero no me apetece ahora mismo nada de sexo —le digo a la chica.

—Calla. No quiero follar contigo.

La chica es mona pero estoy agotada. Necesito tiempo para recuperarme porque tengo pequeños calambres en la lengua.

—Ahí afuera está mi ex. Me hizo mucho daño y se lo quiero devolver —dice y enseguida se pone a jadear y a decir mi nombre.

—No quiero líos...

Ella me ignora y finge que le estoy follando ahí mismo.

—¿Me estás escuchando? —digo alzando la voz.

La chica golpea la puerta y me tapa la boca.

—Oh, qué rico, Nico, no pares.

Trato de hablar pero me tiene empotrada contra la puerta. En ese instante me siento utilizada. No sólo por esta chica sino también por la anterior, la gimnasta. Esa despedida tan seca me ha dejado tocada. Me siento sucia y empiezo a comprender que lo que tengo en el pecho no es algo que se haya enredado en forma de nudo, sino la ausencia de algo, un hueco.

—¡Sal de ahí, zorra! —oigo que gritan desde fuera. El baño parece un gallinero. Aporrean la puerta y nos insultan.

—Es mi ex —dice la chica que no quita la mano de mi boca.

Yo trato de decirle con la mirada que se apiade de mí, que no voy a salir bien parada de aquella, pero o no lo entiende o no le importa.

Por fin, finge que se corre y me destapa la boca.

—Oye, muchas gracias, eh. Y perdona —dice con falsa gratitud.

De nuevo, la puerta del baño se abre y quedo expuesta a las miradas y gritos de las chicas mientras ella se va. Delante de mí hay una tía que me saca dos cabezas y que me mira con furia. Sin mediar palabra, me pega un puñetazo en la cara que me deja sentada en el váter.

Tardo un par de minutos en recuperarme del golpe. Me han sacado del habitáculo y me han dejado tumbada en una esquina del baño.

Alguien me echa agua en la cara que me ayuda a despejarme. Cuando logro enfocar la mirada y la mente, veo a Carolina con cara de muy pocos amigos.

—Te lo tienes merecido.

Me jode que me lo digan, pero me jode más que sea ella. Me levanto rápidamente y me encaro con chulería. Del ímpetu me da una bajada de tensión y tengo que agarrarme en el lavabo.

—¿Qué? ¿Pensabas quitarme el trono? —dice.

—Puedo hacerlo cuando me dé la gana.

Se ríe en mis narices y no me extraña. Me sangra la nariz, se me está hinchando un ojo y sigo agarrada al lavabo porque me tiemblan las piernas.

—Mira, Carolina, no quiero líos y menos contigo.

—Demasiado tarde. A ver cuándo aprenderás que cuando te advierta de algo tienes que hacerme caso.

Me toca las narices que me lance a la cara lo de Mamen como un escupitajo. Ha ido a hacer daño sin que yo le haya hecho nada.

—Que te den por el culo, puta.

Me ha salido de dentro y sé que me estoy ganando otra hostia, pero por el motivo que sea, Carolina lo deja pasar.

—Vete a casa y ponte hielo en el ojo. Mañana te veo aquí y vemos quién es más puta de las dos.

Las chicas que hay en el baño lanzan un aullido de desafío que me hierve la sangre.

—Vale —le digo con los dientes apretados.

Cojo un hielo de un cubata abandonado sobre el lavabo y me lo pongo en el ojo. De esta guisa salgo a la calle y el aire me devuelve la vida.

Un taxi me lleva a casa.

—No me vayas a manchar la tapicería del coche, eh, nena.

Ese "nena" me sienta como un pellizco en el pezón y estoy por escupirle en el retrovisor, pero creo que han sido demasiadas emociones por hoy y sólo quiero meterme en la cama.

El agua fresca se lleva por el desagüe los rastros de sangre de la nariz. También se lleva un poco de orgullo, suciedad y la sensación de haber sido utilizada. Pero no logra llevarse por delante el hueco en el pecho.

Me miro al espejo. La inflamación está bajando y me sorprende a mí misma alegrándome por ello porque así no espantaré a las chicas mañana en ese particular duelo en el que me ha desafiado Carolina. Sacudo la cabeza. Sé que es una locura, sé que tengo las de perder, pero también tengo unas ganas tremendas de vengarme de ella por haberme jodido la vida.

Hay veces que en los momentos más inesperados tienes una revelación. A mí esta me pilla cuando, con las bragas en el suelo y un aire frío recorriéndome el culo. Este hueco en el pecho, esta sensación de vacío que vengo notando estos días borrosos, ya la he sentido antes. Concretamente, con Mamen tras acostarme con ella y luego tener que volver a casa y meterme a mi cama sola, sin nadie a quien abrazar, sin nadie con quien compartir ese calorcito que te deja un buen polvo, sin nadie a quien susurrarle que le quieres y que no es consecuencia del orgasmo, sino que es de verdad, que le quieres en la cama pero también en la calle paseando de la mano o en el sofá viendo una peli o en una cena con los suegros.

Intento calcular cuánta dignidad y amor propio he perdido zorreando y se me hace imposible. No es lo mío, no soy así. ¿Qué pensaría de mi Mamen si se enterara? Igual se ha enterado ya. Igual se lo ha dicho Carolina. Me sulfura tanto la idea que apenas atino a ponerme la camiseta del pijama.

—Sólo una noche más, Nico. Le das una lección a esa zorra y luego te dedicas a buscar a la chica de tu vida.

Capítulo 30 Quizá

Mi madre se interpone entre la puerta y yo mientras me mira de arriba abajo.

—¿Pero otra vez vas a salir, hija?

—Ay, mamá, no empieces —le respondo cansada.

Intento esquivarla y ella tampoco me lo pone muy difícil. Cuando abro la puerta dice su última palabra.

—Que sepas que no me gusta nada lo que haces. Una cosa es que seas... —se le queda atrapada en el paladar la palabra L, —y otra que pienses que puedes hacer lo que te da la gana. Mientras sigas viviendo en esta casa...

Entorno los ojos al oír esa frase. Su casa, sus reglas. Nos sabemos el discurso de memoria.

—Vamos, mamá, pero si estoy trayendo buenas notas.

Mi madre refunfuña. Sabe que tengo razón, pero yo también sé que no puedo utilizar ese argumento para mi defensa. No es mi papel como estudiante lo que está en cuestión.

—Es la última, lo prometo.

Abro la puerta y me marchó.

Corte a exterior. Puerta de la discoteca. Noche.

Veo a las chicas hacer fila para entrar, como si fueran ganado para la marca. Mi piel ya nota que el calor del verano quiere rozarla pero la brisa fresca de las noches de primavera se resiste a marchar.

El puerta me mira, me saluda con la cabeza y me pide que vaya con un movimiento de la mano.

—Está en la barra —me dice.

Ya en el interior del bar, retraso al máximo el momento de ir hacia Carolina. Paseo entre la gente, palpo espaldas y cinturas con la excusa de las apreturas, reparto sonrisas y me fijo en algunas chicas que podrían estar bien.

Por fin, acudo a la barra donde Carolina me está esperando.

—¿Cómo lo vamos a hacer? —le pregunto.

Carolina está apoyada de espaldas a la barra, como si fuera un tipo duro en un saloon del Oeste.

—Lo más sencillo y objetivo es ver quién consigue más números de teléfono. Siempre dentro de este bar. Esta será la jueza —dice señalando con la cabeza a la camarera. La camarera me sonrío y me saluda como si me conociera. Ante mi gesto de desconcierto me dice:

—Soy Bea, compañera de piso de Sergio, el novio de tu amigo Raúl.

—Y ex compañera de Mamen —añade Carolina lanzándome una puyita.

Se me acaba de caer el estómago a los pies. Tengo ganas de preguntarle si sabe algo de ella, pero me siento estúpida porque fui yo la que le ignoré durante los primeros días de ruptura y ahora no me atrevo a escribirle.

—Oh, perdona, ¿te ha entrado el bajón? —dice Carolina sarcásticamente.

Me sube de nuevo el estómago y se me pone en el pecho, empujando el corazón a la garganta y sacando la rabia que llevo dentro.

—Para nada, zorra. Te voy a meter una paliza.

Carolina sonrío con media cara y Bea nos da el pistoletazo de salida.

Sé a qué tipo de chicas gusto. Es algo que he aprendido estos días. No es algo que sepa por su forma de vestir o de peinarse. Es más bien por su actitud. Así que me acerco a aquellas chicas que parecen divertirse con sus amigas, pero que se mueven y miran con timidez, pidiendo a gritos que alguien les entre de manera tranquila y sin avasallar.

Pronto me doy cuenta de que no va a ser tan sencillo. Cada vez que me acerco a una chica o me ignora o dice que no le intereso. Voy como una pelota de pinball de un grupo a otro y el resultado es el mismo: salgo rebotada con más fuerza que con la que llegué. Desesperada trato de localizar a Carolina que parece ocurrirle lo mismo que a mí.

—¿Es que no te das cuenta? —le pregunto.

—¿De qué?

—Saben nuestro juego y tienen la dignidad suficiente como para no entrar en él.

Estamos en el centro de la pista de baile y todas nos miran. Nos sentimos humilladas porque nos señalan y se ríen. El cazador cazado. La vaca que iba a ser marcada, nos ha marcado a nosotras. Heridas en el orgullo nos ponemos a discutir.

—¡Has reventado el mercado, eso es lo que ha pasado! Has entrado como un elefante en una cacharrería y se han mosqueado todas —me culpa Carolina.

—Llevas años tratándolas como pedazos de carne y ahora que te ha salido una competidora, ya no sabes cómo hacerlo.

Se nos escucha por encima de la música. Somos un espectáculo más atractivo para el público que las gogós que bailan sobre la tarima y las drag kings que animan el ambiente.

—¿Competidora? Tú no me llegas ni a la suela de los zapatos.

—Pregúntale a cualquiera de estas chicas si te llego o no. Les follo mejor que tú.

—¿Sabes a quién se lo voy a preguntar? A Mamen. A ver qué opina —grita Carolina.

Oigo el chup-chup de mi sangre hirviendo. Me duele la mandíbula de apretar los dientes y me clavo las uñas en la palma de mi mano de lo fuerte que estoy

cerrando el puño. Sin pensarlo dos veces, le lanzo un puñetazo a la cara. Carolina no llega a caer al suelo porque un grupo de chicas ha frenado su caída. Le ha tenido que doler porque yo apenas puedo abrir la mano. Con el pómulo enrojecido, se abalanza sobre mí y me arrastra un par de metros hasta que mi espalda da contra la barra. Le cojo un mechón de pelo pero apenas me alcanzan los dedos porque lo tiene muy corto.

Oigo que Carolina me dice algo pero no le entiendo. Los oídos me palpitan y la gente no para de gritar.

El puerta entra y nos agarra por los brazos. Nos arrastra hacia la salida y nos deja tiradas en el suelo de la calle. Algunas personas salen para ver la pelea.

—Me has jodido la vida —le digo mientras tiro de ella y le araño la espalda y el brazo.

—Yo no tengo la culpa de lo de Mamen —responde Carolina mientras me golpea en los riñones.

Grito de dolor y me encorvo hacia atrás. Me llevo una mano a la espalda y con la otra golpeo el pecho de Carolina. Ella me ataca con todo el cuerpo y golpea de nuevo mi espalda. Acabamos abrazadas, forcejeando por zafarnos la una de la otra y jadeando. Nuestras caras quedan frente a frente. Veo que Carolina tiene los ojos más claros de lo que pensaba. Nos quedamos así unos segundos mientras recuperamos la respiración que se acompasa poco a poco. Tengo tan cerca a Carolina que noto los latidos de su corazón. Las dos pensamos al unísono: si no nos vamos a pelear, al menos, no nos vamos a ir a casa con las manos vacías. Casi con la misma virulencia con la que nos pegábamos, comenzamos a besarnos. Nos mordemos los labios, nos chupamos la cara y el cuello mientras nuestros cuerpos continúan ardiendo.

La gente que había salido para ver nuestra pelea nos silba y jalea pero no tarda en dispersarse.

Corte a interior. Habitación de Carolina. Noche.

A trompicones entramos en su habitación. Carolina me empotra contra la pared y comienza a meterme mano por debajo de la ropa. En seguida me desabrocha el sujetador y agarra mi pecho. Con la otra mano, me va bajando la cremallera del pantalón. Me la quito de encima, le agarro de los hombros y giro sobre sí misma. Ahora su espalda está apoyada contra la pared y soy yo la que ejerce el control. Carolina no usa sujetador así que le muerdo los pezones por encima de la camiseta. Le gusta, pero me empuja hacia la cama. Yo estoy sentada en el borde, y ella se pone a horcajadas sobre mí. Le cojo de la cintura y le tumbo en la cama. Ahora soy yo la que está a horcajadas sobre ella. Intenta incorporarse, le agarro las muñecas y le obligo a tumbarse. Le beso con fuerza y ella me abraza con sus brazos largos y fibrosos. En un movimiento rápido, me da la vuelta y me tumba en la cama. Pone su mano en

mi pecho y empuja con fuerza hacia abajo. Intento moverme, pero me tiene atrapada.

—Si las dos queremos ser la activa, esto es un sindiós —dice Carolina.

Las dos nos reímos y ella se tumba por fin a mi lado.

—Mejor así. No quiero ser otra más de tu lista —bromeo.

Nos quedamos un rato tumbadas en silencio hasta que rompo el hielo.

—¿Vives sola? —le pregunto.

—No, con mis padres, pero están fuera este finde.

—Ya podrían irse los míos también.

Carolina se reincorpora y se sienta a los pies de la cama. Yo hago lo mismo y me siento frente a ella.

—Nico, yo no...

—Ya, tú no tienes la culpa de lo de Mamen —le interrumpo—. Lo sé perfectamente. Pero era más fácil odiarte a ti que a ella. Es difícil odiar a alguien que no tienes cerca.

Ella se inclina un poco y me pone una mano en el pie.

—Lo superarás, ya verás.

Pienso en la virgen de las Nieves y sonrío. Miro a Carolina con curiosidad.

—¿Qué hubo entre Mamen y tú?

Carolina se encoge de hombros.

—Nada especial. Nos enrollamos y ella quería cambiarme. Quería que fuera una chica formal, sólo para ella y eso. Fue hace un tiempo. Antes de que empezara siquiera a trabajar en esa empresa. Lo dejó conmigo, se centró en el curro y el resto ya te lo sabes.

—Sí, ya me lo sé —digo con tristeza.

—No te pierdes nada del otro mundo. De verdad. Tu chica está por llegar.

—¿Qué chica? —pregunto incrédula.

—Esa chica que te reviente el corazón, que te quite el aire de los pulmones y de un chispazo cada vez que te toque.

Abro los ojos sorprendida por las palabras de Carolina.

—¿Qué? Yo también la busco. Por eso zorreo tanto.

Niego con la cabeza y le miro a los ojos.

—Ahora sé lo que significa ser tú. Conozco ese vacío en el pecho, esas ganas locas de dormir más de dos noches seguidas con alguien a quien quieres.

De nuevo, Carolina se encoge de hombros.

—Relleno el vacío con más sexo y sigo adelante —responde sin confianza.

—Zorreamo no vas a encontrar a la chica de tu vida.

—¿Y dónde la voy a encontrar, eh, Nico?

Medito unos segundos la respuesta, aprieto los labios y respondo.

—En el metro, por ejemplo.

Me mira como a un bicho raro, quizá un babuino de culo pelado, y le cuento

mi historia con la chica del metro de la que me enamoré perdidamente sin haber cruzado una palabra con ella.

—Es bonito y triste a la vez —dice—. Quizá deberías seguir adelante y olvidarla—. Quizá sea lo mejor.

Capítulo 31 ¿Y si fuera ella?

Raúl lanza varios papeles al aire y nos caen encima lentamente. Son los apuntes de nuestro último examen. Sólo unas tristes prácticas en una emisora de radio de onda corta en pleno agosto.

—¡Dios, pensé que no llegaría nunca este día! —grita al aire.

Yo no estoy tan liberada. Sí, hemos acabado los exámenes, pero a mí me espera un verano muy aburrido.

—¡Vente con nosotros a la playa!

—No tengo pasta. Y ganas tampoco.

—Vale, abuela. Estás de un coñazo últimamente... Molabas más cuando eras una folladora.

Le miraría con odio pero no tengo ganas de discutir. Encojo los hombros y camino hacia el metro arrastrando los pies.

—Oye, esta noche nos vamos de fiesta, ¿no? —me dice ilusionado—. Para celebrarlo.

Resoplo.

—Va, tía, desconecta un poco. Te has dejado los cuernos este mes estudiando, has sido como una monja de clausura y apenas te has relacionado con la gente. Te toca disfrutar.

—¿Disfrutar el qué? ¿Otra noche donde la única diversión es beber alcohol en un bar con la música a tope y con el único objetivo de acabar en la cama de alguien?

—Sí. Eso es lo que viene siendo un viernes noche.

—Pues no me apetece. Me he cansado de ese rollo. Además, mi madre se pone mosca cada vez que salgo por ahí.

—Se ponía mosca. Y con razón, porque los findes no te veían el pelo. Va, ya hablo yo con tu madre —me dice golpeándome suavemente en el brazo.

Sé que si meto a Raúl en mi casa se camelará a mi madre y le convencerá de cualquier cosa, pero sigo sin tener ganas de discutir.

—Lo que quieras.

Todo es un calco de la primera noche que salí a un bar de lesbianas. Viene Raúl a mi casa y mi madre le tiende una alfombra roja.

—Y dime, ¿vas a ir de vacaciones a algún lado? —le pregunta mi madre cuando estamos los cuatro en el salón.

—Sí, voy a ir con mi novio a la playa. Todavía no sabemos dónde, pero...

—Ah, pero, ¿es que eres maricón? —suelta mi padre.

El ambiente relajado se corta en seco y la tensión invade la estancia. Raúl me

mira esperando que le eche un capote, pero no sé qué decir. Mi madre mueve nerviosamente las manos y se muerde el labio de abajo. Cuando el silencio se hace insoportable, mi padre empieza a reírse.

—Que ya lo sabía, joder. Me estaba quedando con vosotros —dice entre lágrimas.

—¡Manolo, me vas a matar de un disgusto!

Raúl insiste en hacerme una trenza, como la primera vez.

—Nada de trenzas esta noche, gracias.

Vamos a los garitos de siempre, donde vemos a la misma gente de siempre y escuchamos la misma música de siempre. Raúl y Sergio bailan desenfrenados. Están disfrutando y yo no soy más que una muermo que les está arruinando la noche.

—Raúl, voy al baño —le digo por encima de la música.

Él levanta el pulgar y yo me abro paso entre la gente hacia el baño.

Por el camino, veo a Carolina que se está camelando a una novata. Saluda con la cabeza pero no sonrío. Las dos sabemos que esa no es la chica de su vida.

Algunas de las chicas de la fila para el baño me gruñen.

—Sólo vengo a mear. Lo juro —tengo que justificarme.

Hago malabarismos sobre la taza para no tocarla con el culo pero que el pis caiga dentro, al tiempo que trato de que no se me caiga el bolso y de que mis pantalones no toquen el suelo asqueroso del local.

—Hey —oigo que alguien me llama. Unos golpes en la pared me advierten de que es la chica del habitáculo de al lado.

—Dime.

—¿Tienes papel?

La chica parece apurada y le paso un paquete de klínex por el hueco de debajo.

—Gracias. Sólo necesitaré uno.

Cuando va a devolverme el paquete, nuestros dedos se tocan y nos damos un chispazo fruto de la electricidad estática.

—¡Magia! —dice entre risas.

Yo también me río. Será triste pero es lo más divertido que me ha pasado en toda la noche. Entonces caigo en la frase de Carolina: una chica que te reviente el corazón, te quite el aire de los pulmones y te de un chispazo cada vez que te toque. Yo tenía a esa chica que me reventaba el corazón y me quitaba el aire de los pulmones cada vez que la veía por las mañanas en el metro. Y recuerdo el chispazo. No fue un chispazo físico, pero cuando su meñique rozó mi pierna aquella mañana demasiado lejana estuve a punto de morir electrocutada.

Oigo que la chica sale del baño y siento que tengo que salir a por ella. ¿Y si

fuera ella? Me digo como si fuera una Alejandro Sanz del ambiente. O Malú. Salgo rauda del baño y la veo. Veo su espalda, su melena morena y lisa y su cuerpo fibroso que cruza el local haciéndose paso entre la gente de manera educada pero eficaz. Voy tras ella, doy codazos para avanzar, pero se aleja, la pierdo. Trato de ir un poco más rápido empujando a los que se interponen entre ella y yo. A veces, salgo rebotada porque alguien se enfada y me empuja de malas maneras.

Veo que la chica del metro (¿es ella?) se dirige hacia la puerta para salir a la calle.

Tras un último empujón, paso la parte más concurrida del local y casi caigo al suelo por el ímpetu.

—¡Nico!

Alguien me llama, conozco su voz, pero mi cabeza no puede procesarla todavía.

—Nico, eres tú. Tenía muchas ganas de volver a verte.

Me giro hacia la voz y la veo, tan guapa, segura de sí misma e inoportuna como siempre.

—Mamen... —acierto a decir.

Mamen me abraza como si no hubiera pasado una relación, ni una ruptura, ni un puñado de pasiones y miedos soterrados bajo la arena del tiempo. Nos quedamos abrazadas un buen rato. Ella respira en mi cuello y yo sigo atónita.

—He vuelto para quedarme, ¿sabes? —me susurra al oído—. Quiero volver, Nico. Quiero volver contigo. Te he echado tanto de menos.

Capítulo 32 Rebobine, por favor

Mi padre tiene un vídeo VHS. Le tiene un aprecio tremendo porque le costó una pasta y porque tiene mando a distancia. También tiene una gran colección de cintas VHS que no ve por miedo a estropearlas. Hace no mucho me enseñó cómo funcionaba. Metió la cinta de “La princesa prometida” y le dio al play. La calidad de la imagen era pésima pero le daba una curiosa textura que encajaba muy bien con aquella película. La vimos sin pestañear. Cuando acabó, le pedí que pusiera la escena de la lucha de esgrima porque me había encantado. La cara de mi padre fue un poema. Se puso las gafas, localizó en el mando el botón de rebobinado y la cinta comenzó a hacer un ruido bestial.

—¿Qué ocurre? —le pregunté asustada.

—Se llaman cintas por algo. Dentro de la carcasa hay una cinta con la película impresa. Ahora está recogándose en uno de los carretes hasta que llegue al final o hasta que yo le dé al stop cuando crea que he llegado a la parte que quiero.

Me costó pillarlo porque llevaba toda la vida escuchando CDs, saltando de una canción a otra sin tener que esperar o calcular cuánto tendría que dejar correr una cinta. Con los DVD igual, claro. Tardó un rato en encontrar la escena, avanzando y retrocediendo la cinta un par de veces, pero cuando lo hizo, disfruté el doble.

Es de esto de lo que me acuerdo cuando huelo el pelo de Mamen mientras me susurra al oído que quiere volver, que no puede vivir sin mí, que me echa de menos.

Salto de un track a otro de nuestro CD personal. Nuestro primer beso. El último. Mi primera vez, mi primer desnudo, mi primera relación. Mi primera despedida. Si estuviéramos en la época del VHS, ¿merecería la pena el esfuerzo y la espera de rebobinar la cinta de nuestra relación para recordar los mejores momentos?

Parece que pasa una eternidad, pero apenas han sido unos segundos. Me despego súbitamente de Mamen.

—Tengo que irme —digo y salgo de inmediato a la calle.

Busco a la chica del metro pero no la encuentro. Corro de un lado a otro de la calle, tratando de averiguar por dónde ha podido irse. Mentalmente, rebobino hasta el día que la vi por primera vez. O mejor dicho, que se mostró a mí, que me eligió para verla, para ser suya, para que quedara atrapada en mis ojos para siempre.

—Nico —oigo que me llama Mamen que ha salido detrás de mí.

—Ahora no, Mamen.

Corro hacia el otro extremo de la calle. Nada. Ni rastro.

Empiezo a moquear. He salido sin la chaqueta y está refrescando. También me lloran los ojos.

—Traté de llamarte, pero no me contestaste —comienza a hablar en mitad de la calle.

—Vamos, ¿dónde te has metido? —me digo a mí misma corriendo de nuevo hacia la otra esquina.

Veo a un grupo de gente y me acerco a ellos. Les llamo, se giran pero ninguno de ellos es la chica del metro. Me miran raro porque se me cae una lágrima. Doy una vuelta sobre mi misma. Luego otra. Sigo moqueando pero ya no es por el frío.

—Entra en el bar, que te vas a enfriar —me pide Mamen.

—¡Te quieres callar! —le grito mientras me dirijo hacia ella con furia—. Lo has vuelto a hacer.

Mamen me mira confundida y con un poco de miedo. Da un paso hacia atrás.

—¿Hacer qué?

Me pongo a su altura y de repente me parece muy pequeña aunque siga mirándole desde abajo.

Alarga su mano para tratar de tocarme, pero la retiro.

—Joderme la existencia.

Parece que empieza a comprender por qué he salido del bar.

—¿Estás con alguien?

Le miro con condescendencia.

—¿No te lo han contado tus amigas? ¿No te han dicho que ahora soy una guarra que se tira a todo lo que se menea?

—Sí, me lo han contado, pero tú no eres así, Nico.

—¿Ah, no? Pregunta a cualquiera.

—Sé lo que has hecho. Y también sé por qué lo has hecho.

—¿Por qué?

—Porque querías olvidarme.

Le miro desafiante.

—Así es, Mamen. ¿Y sabes qué? Lo había conseguido. Pero has tenido que aparecer justo ahora, cuando estaba buscando a otra persona. Igual que hiciste la primera noche que nos vimos, ¿recuerdas?

—Sí... —dice Mamen en voz baja.

—¡Nico!

Raúl y Sergio salen del bar con mi chaqueta en la mano.

—Genial. Un happening —dice Mamen.

—¿Todo bien? —pregunta mi amigo mirándome para que le de alguna pista.

—Sí. Mamen sólo quería volver conmigo después de haberme dejado tirada cuando estaba en Londres.

—A mí también —dice Sergio tratando de relajar el ambiente sin éxito. Raúl le reprende en silencio.

—Si esto va a ser un todos contra mí, mejor me piro —dice Mamen antes de girarse y emprender el camino de vuelta al bar.

—Eso es lo que haces mejor: pirarte —le lanzo el misil directo a su diana. Mamen se para en seco. Tiene la cabeza agachada, derrotada. Me da lástima. Se gira sobre sí misma y Raúl le dice a Sergio que deberían apartarse para dejarnos a solas.

Mamen camina y se acerca a mí.

—Lo hice como el culo. Lo sé. Fui cobarde, te mentí, pero llegaste en un mal momento. Tenía otros planes.

—Para, para —le pido—. Yo no llegué en ningún momento. Fuiste tú la que me atrapaste sabiendo de sobras que no podías o no querías permitirte una relación.

—Ya lo sé, Nico, pero yo... Yo sólo quería... —Mamen se atasca.

—¿Qué querías, Mamen?

—Mira, lo siento, siento todo aquello, siento lo de Londres. Te pido que lo olvides y que empecemos de nuevo —me dice mientras me agarra de las manos.

—Te quise mucho, Mamen. Y a día de hoy aun te tengo mucho cariño. Aprendí contigo, viví cosas increíbles, pero ya está. Se acabó. No podría empezar de nuevo contigo, ni continuar lo que tuvimos porque no me fío de ti.

Se lo digo de verdad, mirándole a los ojos. Ella me suelta las manos y frunce el ceño. No está enfadada, ni molesta. Al menos, no lo parece. Está triste porque le acabo de romper el corazón.

—Lo siento, Mamen —le digo lo más delicadamente posible—. Ahora eres tú la que llegas en mal momento.

Agacha la cabeza porque no quiere que la vea llorar.

—Está bien —dice mientras se sorbe las lágrimas.

—Nico, ¿nos vamos? —me pregunta Raúl al otro lado de la calle.

Me pongo la chaqueta y dejo a Mamen llorando.

—Lo siento, de verdad, pero no me apetece rebobinar porque tardaría mucho en encontrar el punto exacto donde querría continuar lo nuestro.

Soy consciente de que Mamen no comprende mi metáfora, pero estoy segura de que esta no es la última vez que hablaremos. Madrid es un pañuelo.

Rebobino la cinta por completo y la coloco en el estante de las relaciones pasadas, cogiendo polvo, a la espera de que algún día la saque y la vea de nuevo, con tranquilidad, serenidad y un nuevo bagaje a mis espaldas.

—¿Por qué has salido del bar? ¿Pensabas irte sin decirnos nada? —me

pregunta Raúl cuando emprendemos el camino de vuelta a casa.

—No, es que me pareció ver a la chica del metro.

Raúl resopla con impaciencia.

—Nico, hazte un favor y deja de perseguir fantasmas.

Gruño para mis adentros porque mi excusa para dejar a Mamen con el corazón roto se me ha vuelto en contra: Madrid es un pañuelo... salvo cuando buscas desesperadamente a alguien.

Capítulo 33 La conversación

Raúl y Sergio me acompañan a casa. Me apetecía volver sola para despejarme un poco o llorar a moco tendido, pero ellos han insistido. Caminan un par de pasos por detrás de mí, como si fueran mis guardaespaldas. Poco antes de llegar a mi casa, Raúl se pone a mi altura.

—Quizá esta pregunta te parece un poco rara pero como soy tu amigo y te quiero te la voy a hacer.

Raúl me pide permiso para lanzarla.

—Adelante —le concedo con preocupación.

—Nico, ¿estás segura de que la chica del metro existe?

Me quedo mirando a mi amigo atónita ante la pregunta.

—¿Perdona?

—Ya sé que suena raro, pero, en fin, yo no la he visto. Nadie la ha visto salvo tú. Y además no paras de darle vueltas y te lleva un poco de cabeza. Sólo me preocupa que no estés persiguiendo un fantasma o una quimera o que tengas algún complejo psicológico de algo...

Sergio mantiene la distancia de manera disimulada porque ve que me estoy poniendo roja y teme que le salpique la sangre cuando explote.

—¿Crees que me la he inventado? ¿Piensas que estoy pirada?

Noto que el primer impulso de Raúl es decirme que no, desdecirse de sus palabras y seguir el paseo de vuelta a casa como si nada, pero aguanta mi mirada con serenidad e insiste.

—Piénsalo fríamente —me pide—. En el mejor de los casos, existe, pero no es lesbiana porque no la hemos visto por el ambiente. Y no será porque no hayamos salido.

—La acabo de ver.

—No, has visto a una chica de espaldas que podría ser ella o cualquier otra persona.

—Raúl, no me jodas —me impaciento.

Llegamos a mi portal donde mi amigo, por fin, se disculpa.

—Perdona, Nico. No quiero que sufras, no quiero que pospongas tu vida hasta que encuentres a esa chica y que al final sea demasiado tarde para ti. Eso es todo.

Cedo unos milímetros mi cabreo para dejar espacio a un poco de confianza en mi mejor amigo.

—No eres la primera persona que me lo dice—confieso.

—Descansa, Nico. Desconecta este verano. Disfruta. Probablemente sea nuestro último verano sin preocupaciones.

No puedo ocultar mi gesto de fastidio porque él tiene el verano montado entre vacaciones y prácticas y el mío va a ser una mierda.

Raúl me abraza y me da un beso en la coronilla.

—Te quiero, pequeña.

—Yo te odio.

—Mentira.

Les veo marcharse caminando el uno junto al otro pero sin darse la mano.

Es cierto, no le odio, pero odio que me haya planteado su duda. ¿Podría ser posible que la chica del metro no exista más allá de mi imaginación? Pero me rozó con su dedo, ¿eso también me lo inventé? Imposible. No tengo tanta imaginación. ¿Por qué habría de inventármela?

Entro en casa y me meto hasta la cocina sumida en mis pensamientos. Enciendo la luz y me asusto al ver a mi padre sentado con un vaso de leche casi vacío entre las manos.

—Joder, papá, ¡qué susto!

—Perdona.

—¿Qué haces a oscuras?

Mi padre se encoge de hombros.

—No me apetecía encender la luz, así no me desvelo.

Sólo quiero comer algo antes de irme a la cama. Abro la nevera y cojo una loncha de jamón y otra de queso, los enrolló y me lo como de pie, dando la espalda a mi padre.

—Te voy a decir una obviedad —comienza a hablar. Maldigo su verborrea y me giro hacia él con la más fingida de mis sonrisas—. Siéntate —me invita.

Le hago caso y me siento a su lado.

—Tu madre y yo llevamos casados más de 20 años. Y juntos ni te cuento.

Hace una pausa.

—Esto quiere decir que soy la persona que más conoce a tu madre, soy la persona que más Angustias lleva dentro. Y eso es porque me lo cuenta todo.

Se me corta un poco la digestión con esa última frase.

—Así es, pequeña. Lo sé. Sé que estás enamorada, o lo has estado, de una chica. Sé que quieres compartir tu vida con una mujer. Ya también sé que estás sufriendo.

—Yo...

—Calla. No hables ahora lo que no me has contado hasta hoy.

Agacho la cabeza hasta casi golpear la mesa con la frente.

—Me lo tenías que haber contado —dice más calmado.

—Joder, papá, lo siento.

—Me lo tenías que haber contado por dos razones —continúa—. La primera es por deferencia. Merezco respeto. Sé que estás más unida a tu madre y te

resultaría más sencillo...

Resoplo recordando el momento en que se lo conté.

—O menos complicado —se corrige a sí mismo—. El caso es que yo soy tu padre. Soy la otra mitad de la cual surgiste. Vale que probablemente esta sea la conversación más larga que hayamos tenido en la vida; vale que no coincidamos mucho en casa; vale que soy un cotilla y hubiera hecho muchas preguntas, pero soy tu padre y siempre lo seré. Siempre puedes y debes contarme cosas. Que sea la última vez que me mantienes al margen de esta manera, que me mientes y que me consideres lo suficientemente tonto como para creer que no lo sabía o que no lo entendería.

—Sí, papá.

—La segunda razón por la que me lo tenías que haber dicho es por estrategia. Doy un respingo.

—Eso es, pequeña. Cuando se lo dijiste a tu madre se puso como una fiera. Si uno de los padres hace de poli malo, el otro hace de bueno. Es un tópico pero es cierto. Cuando un padre le grita a su hijo el otro se apiada y hace de poli bueno, de mediador, de comprensivo, y trata de razonar con su pareja.

—Pensé que tendría a dos polis malos.

—Pues no, Nico. Yo hubiera hecho de poli bueno. Es más, he hecho de poli bueno. Como supondrás, tu madre me lo contó. Lloraba casi todas las noches y mi deber era calmarla, ayudarla y ayudarte. Ayudaros a las dos. Noche tras noche, hablé con ella, le dije que nos costaría, que, efectivamente, habías destrozado nuestros cimientos pero no era para hacer daño, sino para reconstruir unos nuevos a tu manera. Que no es malo, ni vas a ir al infierno. Que la gente hablará pero quien debe importarnos eres tú y no la gente. Que estamos en el siglo XXI, coño, que ya vale de sufrir por cosas así. Que no es ni una maldición, ni una deshonra. Y que no significa que ya no vayamos a ser abuelos.

Mi padre me agarra la mano. Tengo los ojos encharcados y un nudo en la garganta que amenaza con romperse en cualquier momento.

—Nico, pequeña, te queremos. Eres nuestra hija y te deseamos la mayor felicidad del mundo.

Mi garganta se rompe como un dique y el agua sale a borbotones por mis ojos.

Se levanta y me abraza con fuerza para que mi llorera quede silenciada en su pijama. Así mi madre no se despierta. Cuando nos despegamos, me doy cuenta de que le he dejado mojada la parte de la camiseta del corazón, como si mis lágrimas se hubieran quedado atrapadas ahí para siempre.

—¿Por qué no vas al pueblo, con los tíos? —me propone—. Aquí te vas a aburrir. Ya sé que aquello tampoco es la fiesta padre, pero te vendrá bien cambiar de aires, dar paseos, el río, la naturaleza, esas cosas.

Si me lo hubiera dicho hace unas horas, la idea me hubiera horrorizado, pero me encuentro mentalmente agotada y me apetece descansar.

Necesito espacio, tiempo, desconectar, escuchar y ver cosas diferentes. Y pensar. Pensar en mi misma, en si es verdad que mi cabeza se ha vuelto del revés y me está la está jugando.

Incapaz de articular palabra, le digo que sí con la cabeza.

Capítulo 34 Escarpes

Mis tíos del pueblo son... peculiares.

Se suponía que tenían que venirme a buscar a la parada del autobús pero aquí no hay nadie y en el teléfono no contestan.

—Los mato.

Menos mal que me he cogido la mochila en lugar de la maleta porque me toca patear un par de kilómetros hasta llegar a su casa, los que separan la carretera del pueblo.

Por el camino veo monte, naturaleza, oigo el río y los pajarillos y esas cosas que se supone que me tienen que desestresar pero que a la una de la tarde en pleno mes de junio como que no apetece.

Antes de llegar al pueblo, el camino se estrecha y el monte se me echa encima. Sé que este pueblo está asentado en una falla y que este camino desaparecerá algún día bajo el desprendimiento del monte por el temblor de la tierra. Pero también sé que los lugareños quitarán las piedras y volverán a abrir el camino porque lo han hecho otras veces en el pasado.

Eso si para entonces quedan personas viviendo aquí.

Me recorre un escalofrío mientras camino bajo la sombra del monte y me maldigo por no haber bajado por la carretera.

—Eres gilipollas, Nico, tampoco habrá tanto coche en este pueblo como para que te atropellen en la carretera.

Entro al pueblo y no se ve ni un alma. Únicamente dos abuelos rumiando bajo un árbol.

—¿Dónde vas, chica? —me preguntan con descaro.

—A casa de mis tíos.

—¿Y quiénes son?

—Soy la nieta de la Felisa, hija de Manolo.

Los hombres se quedan satisfechos con la respuesta y me dejan marcar.

—Ya darás recuerdos.

Alcanzo la casa de mis tíos y abro la puerta. Cosas de los pueblos: nunca cierran las puertas de las casas.

Dejo la mochila en la entrada y me sacudo un poco el polvo y el sudor mientras me dirijo a la cocina. El olor de la casa me transporta a mi niñez. Una niñez que apenas recuerdo salvo por cuatro o cinco detalles. Entre ellos, ese olor mezcla de cerrado, sardinas en conserva y flores frescas.

A mis tíos se les cae la cuchara al plato cuando me ven bajo el umbral de la cocina.

—¿Y tú qué haces aquí? —pregunta mi tía.

—Me quedo unos días. ¿No os avisó mi padre?

Las comunicaciones en mi casa nunca han sido muy fluidas así que tampoco le doy mayor importancia.

—Sí, nos avisó, pero nos dijo que vendrías en julio.

—Pues no —les digo mientras me echo un poco de agua en un vaso—. Es en junio. Con ene.

—¡Ves! —le dice mi tía a mi tío pegándole un manotazo en el brazo—. Te he dicho mil veces que vayas al médico de los sordos.

—Otorrino —apunto.

—¿Qué? —preguntan al unísono.

Hago un gesto con la mano para restarle importancia.

—Bueno, ¿qué? ¿No me dais de comer?

En la sobremesa, mis tíos me dan, por fin, la bienvenida.

—Así que eres bollera, ¿eh? —suelta mi tío.

Mi tía le da un manotazo y le corrige.

—Jesús, te mato. Se dice lesbiana. Y un poco de delicadeza, por favor.

Yo no puedo evitar reírme.

—Pues fíjate. Yo creo que tu primo, el que está en Barcelona, es bujarra.

—¡Jesús, que se dice homosexual, coñe!

—Eh, que por mí bien, ¿sabes? Ahora hay más libertad y esas cosas.

Mi tía Carmen le mira esperado saltar de nuevo a corregir el tono de mi tío.

—¿Por qué crees que lo es?

—Bueno, siempre ha sido un poco afeminado, no nos ha traído novia...

—¿Pero a quién va a traer a este pueblo casi muerto? —se pregunta mi tía.

Me inclino hacia ellos. Nunca he tenido vergüenza a hablarles. Quizá porque apenas les veo o porque siempre han sido unos cachondos.

—Eso no significa nada. He visto cosas que jamás imaginarías. He visto hombres que se identifican como lesbianas. Mujeres que quieren ser varones. Personas que luchan cada día porque no se les encaje en un sexo, en un género o en una sexualidad.

Los dos se miran confusos.

—Pero, entonces... ¿qué son? —preguntan al unísono.

—Ya os lo he dicho. Personas.

Después de una siesta reparadora, decido dar un paseo por la casa. Cruzo el jardín (aunque llamar jardín a ese compendio de matorros y flores silvestres es generoso) y acabo en el cobertizo. Veo las partículas de polvo en suspensión a través de la luz que entra entre los maderos que forman las paredes. Recuerdo pasar muchas horas allí. Miento. No es un recuerdo; es un sentimiento porque

no me viene a la cabeza algo concreto pero sí a la piel, al pecho. Una sensación de seguridad y de cariño. Repaso con la yema de los dedos los muebles y trastos viejos que acumulan polvo.

Una cosa llama mi atención al fondo: una sábana mugrienta tapa algo de gran volumen. Tiro de ella y descubro una vieja moto. En el tanque de la gasolina pone Triumph.

—La novia de tu padre. Antes de tu madre, claro —dice a mis espaldas mi tío que no sé cuánto rato ha estado observándome.

—¿Puedo...? —pregunto señalando al pedal.

—No te molestes. No funciona. Ya lo he intentado yo.

—¿Tiene alguna avería?

—No, todo está en orden. Hasta tiene un poco de gasolina, pero nada. Se me ilumina la cara.

—Si consigo arrancarla, me doy una vuelta —le propongo.

Mi tío se encoge de hombros seguro de que no lo lograré.

Piso el pedal con fuerza pero la moto no reacciona.

—Tres intentos, ¿vale?

Lo vuelvo a intentar, pero nada.

—No te molestes... —dice mi tío.

Haciendo oídos sordos, pego un brinco y vuelco todo mi peso sobre el pedal. La moto empieza a rugir y a mí me sale una carcajada. Le pido permiso a mi tío que asiente.

—Ten cuidado. Tu padre me mataría. Por la moto, claro.

Despacio, salgo del cobertizo. Mi tío me abre la puerta de carros y salgo a la calle.

—¡Espera! —me pide mi tío.

Corre hacia el cobertizo y sale con un casco tan viejo como la moto al que le quita un poco de polvo con su camiseta. Me lo ofrece y me ayuda a ajustarme la correa.

—Lista —dice golpeándome en la cabeza.

Sobre la moto, el aire se me cuele entre mi camisa y la piel y es la mejor sensación que he vivido en mucho tiempo.

Paso al lado de los abuelos que pasan las horas a la sombra y les saludo con la cabeza. Ellos me devuelven el saludo sin estar muy seguros de a quién.

Salgo del pueblo por el camino. Levanto polvo aunque no voy muy rápido. No se lo he confesado a mi tío pero jamás he conducido una de estas en campo abierto. Ni siquiera sé si con el carné de conducir que tengo me vale para conducir una de estas. Lo dudo porque es bastante potente.

Estoy sumida en los pensamientos contradictorios que me genera violentar de esta manera la ley cuando oigo lo que parece ser una voz a lo lejos.

Miro por el retrovisor. Acabo de dejar atrás el escarpado sobre el puente por el que he pasado hace unas pocas horas con la mochila a cuestas, ese que temía que se me echara encima en cualquier momento. Percibo a lo lejos, haciéndose cada vez más pequeña en el espejo, una figura humana que mueve los brazos.

Freno y apoyo un pie en el suelo para girarme. La figura parece que grita algo pero su voz no me llega a través del casco. Me lo quito. Ahora me llega. Es una voz femenina y me está insultando.

Con maniobras un poco aparatosas, pongo la moto en dirección contraria y me dirijo hacia ella. ¿Lo hubiera hecho si la voz hubiese sido de tío? Obviamente, no.

Conforme me acerco, veo a una chica alta y fuerte. Glups. Tiene un arnés en la cintura y me espera con aire chulesco a que llegue a su altura. Tiene pinta de no superar los veinte años.

—¿Ocurre algo? —le pregunto cuando me quito el casco.

—Que me has asustado con ese ruido infernal. Casi me pego una hostia —dice señalando al escarpe.

—Lo lamento mucho —le digo con fingido tono victoriano. He venido a divertirme—. Pero no veo la manera de solucionar esto: yo no voy a dejar de pasear con la moto y estoy segura de que tú vas a seguir viniendo a escalar.

Ella tuerce la cabeza a un lado y ahí la tengo de nuevo: la mirada del mono babuino de culo pelado.

—¿Quién eres? —dispara.

—Me llamo Nico. ¿Y tú?

—Paula —me dice como si máscara chicle—. Nico es nombre de tío.

—Encantada, Paula.

A pesar de las presentaciones, no deja de mirarme extraño.

—¿Y qué haces aquí?

—He venido a pasar unos días.

—No mientas. Aquí nadie viene a pasar los días. Esto es un rollo. A ti te han castigado.

Abro los ojos de par en par. Aunque no lo había visto de esa manera puede que esto sí sea un castigo.

—¿Por qué te han castigado, a ver?

Pienso un momento. Podría ponerme el casco y pirarme de ahí ya que no tengo que darle explicaciones a una desconocida, pero me da que no va a haber mucha más gente joven así que me lanzo.

—Por pillarme por una tía que probablemente sólo exista en mi cabeza.

A Paula le cambia la cara de manera radical.

—¿Una tía?

Asiento con la cabeza.

—¿Eres...

Paula espera que le ayude a completar la frase.

—...ya sabes...

Y no pienso hacerlo.

Resopla.

—bollera? —dice finalmente.

Sonrí con naturalidad.

Sí, soy lesbiana.

Veo que su piel palidece. Lo cual no es fácil puesto que la tiene bronceada.

—Tengo que irme —dice, recoge precipitadamente sus cosas y se marcha con paso acelerado.

—¡Eh, que no es contagioso!

Capítulo 35 Diarios y delirios

Tratar de mensajearse con el móvil en este pueblo perdido de la mano de Dios es un acto de fe. Se corta la señal, los mensajes no salen o no acaban de llegar. Me pone de los nervios así que he aprendido a perder esa comunicación inmediata. Vuelvo a mis años de la ouija y mando mensajes por la mañana a Raúl o a mis padres y dejo el móvil en casa hasta que llego a casa antes de del anochecer. Entonces, leo todo lo que me han ido poniendo a lo largo del día. Mis padres suelen ser escuetos, pero Raúl me escribe cada acontecimiento que le va pasando en forma de breves mensajes que conforman una especie de diario personal.

Voy cogiendo soltura con la moto. No salgo mucho a la carretera porque con la suerte que tengo, me pillaré la Guardia Civil y voy sin papeles.

Hay un momento que me gusta especialmente cuando voy con la moto. Es una chorrada pero me parece mágico. Los tractores van y vuelven del campo recogiendo fardos de alfalfa para el ganado y por el camino dejan rastros de pajitas. Cuando paso por encima con la moto, el aire las levanta y veo por el retrovisor cómo se hacen pequeños remolinos a mi paso de doradas pajitas centelleantes por la luz del sol.

Al pasar por el escarpe, miro hacia arriba a ver si está Paula, pero no la he vuelto a ver.

—Oye, tía, ¿conoces a Paula? —le pregunto a la hora de comer.

Ella piensa durante un rato y luego me dice que no cae, que de quién es hija o nieta.

—No lo sé. Pero no tendrá más de 20 años. No debe haber muchos chavales de esa edad por aquí.

—Los chavales se marchan en verano. Bueno, y en invierno también —apunta amargamente mi tío.

Se miran entre ellos como si quisieran preguntarme algo. Yo tengo la mirada fija en un trozo de melón que hemos puesto en la ventana para que no nos molesten las moscas, pero les veo por el rabillo del ojo.

—¿Qué pasa? —les pregunto finalmente.

—Bueno, ya sabes que tu padre te mandó aquí para que te centraras.

—Más o menos —concedo.

—Nos preguntábamos —comienza mi tía— que qué tal lo llevabas.

—Bien —digo sin más—. Un poco aburrida. No os ofendáis. Pero para una amiga que podía tener, ha desaparecido. Por las noches apenas duermo entre

el calor y el ruido de las cigarras. Y por las mañanas, debe haber quedada de pájaros en mi alféizar así que menos todavía.

Se remueven en sus sillas tratando de encontrar la postura más cómoda para seguir preguntándome.

—Nos referíamos más bien a lo otro —dice mi tía en voz baja como si tuviera miedo de que un espíritu la escuchara.

—¿Qué es lo otro?

Mi tío le toma el relevo mientras sirve granizado de café.

—Tu padre nos ha preguntado si sigues con lo de la chica del metro o si ya te has desengañado.

Me cambia la cara.

—¿Y a él quién se lo ha contado?

—Un amigo tuyo. ¿Rubén?

—Raúl —les corrijo—. Y le voy a matar cuando le vea.

Resoplo con impaciencia.

—A ver, que no estoy pirada, ¿vale?

—Lo sabemos, Nico, pero tu padre está preocupado. Todos estamos preocupados —dice mi tía que se limpia las manos de manera compulsiva en el delantal.

Se hace el silencio y un silencio en esta casa es tenso porque no hemos parado de hablar durante los días que he estado aquí.

—Mira, Nico, no quiero que te tomes esto a mal. Lo hacemos por tu bien. Hemos estado hablando con tus padres por teléfono, aprovechando tus largos paseos en moto, y tenemos una teoría —dice mi tío.

Levanto una ceja.

—¿Cuál?

Se miran entre ellos y mi tía le da permiso para que continúe.

—A veces, el cerebro se monta películas para ayudarnos a explicarnos cosas. Mira las religiones, sin ir más lejos. Cuando no entendemos algo, izas! —mi tío chasquea los dedos—, nos sacamos una historia que nos ayude a hacerlo.

—¿Creéis que me inventé a la chica del metro para ayudarme a comprender que me gustaban las chicas?

Los dos asienten en silencio.

—Pero era real. Me tocó con su meñique. Lo sentí —tartamudeo y me siento como una niña pequeña aferrándose al meñique de su padre para no perderse.

—Sólo queremos que no sufras, que continúes tu vida. La semana que viene te vuelves a Madrid. No deseáramos que volvieras a perseguir fantasmas.

Me levanto de improviso con mi granizado de café a la mitad.

—No. No es un fantasma. La chica del metro existe. Estoy segura.

Les dejo en la mesa, jugando con las miguitas de pan.

Hace un calor horrible pero necesito salir y despejarme. Quiero ir al río, a oler algo parecido al mar, así que me subo a la moto y meto gas.

Por el camino trato de recordar la cara de la chica del metro y no puedo. Me vienen otras caras de otras chicas con las que me he acostado, mezcladas en una sola. Sólo el pelo es siempre igual: largo, liso y moreno. O quizá sea el pelo de Mamen.

Al llegar al río, veo a una persona sentada sobre la hierba. Es Paula.

—Así que aquí estabas.

Paula se gira asustada y tampoco se relaja al ver que soy yo.

—¿Qué haces aquí? —me pregunta.

—Forma parte del castigo. Es la fase de la purificación. Tengo que desnudarme y meterme al río. ¿Te apuntas?

Me mira horrorizada y antes de que le dé un infarto le digo que es una broma.

Me siento con parsimonia a su lado y nos quedamos mirando y escuchando el fluir del río un rato. Finalmente, rompo el silencio.

—Paula, ¿tú eres lesbiana?

La pobre chica se gira hacia mí como si fuera la niña del exorcista. Al menos, tiene la misma mirada.

—A ver, antes de que me insultes o vuelvas a marcharte, en mí puedes confiar. Su rostro cambia poco a poco y pasa de la rabia a la serenidad.

—No puedo responderte porque nunca me he hecho esa pregunta.

—Pf, no hace falta preguntárselo; o se sabe o no se sabe.

—¿Tú lo supiste sin preguntártelo?

Voy a responder que sí pero enseguida me corto. Empiezo a encajar algunas piezas. No, no lo supe sin preguntármelo y, quizá, como bien dicen mis tíos, mi manera de preguntármelo fue inventándome a la chica del metro.

Le cuento todo esto a Paula que me escucha con atención.

—Me da pena pensar que no exista. Había construido una vida para ella. Para nosotras. Absurdo, lo sé.

Paula se encoge de hombros.

—Justo cuando acepté que me gustaba una chica y que estaba decidida a darle mi teléfono, desaparece. Mucha casualidad, ¿no?

La miro con curiosidad. Alargo mi dedo índice y le toco la mejilla.

—Y tú, ¿existes o también te he inventado?

Paula se ríe y hace eco en los escarpes.

—Claro que existo.

—Lo digo porque también es mucha casualidad que la única persona joven que veo en el pueblo también sea torti.

—Yo no soy torti —dice con fingida indignación.

—Porque no te lo has preguntado.

Entonces, Paula cambia radicalmente el tono y se pone seria.

—No me lo he preguntado porque no me lo puedo permitir, no entra dentro de mis esquemas mentales. Déjalo. No lo entenderías —me dice al ver mi cara de confusión.

No le contradigo porque sé que se siente incómoda con este tema y porque no quiero que note la pena que me da.

—¿Te llevo luego al pueblo?

—Vale.

Las dos nos quedamos en silencio y volvemos a embelesarnos con el sonido y el fluir del agua.

Cuando vuelvo a casa y miro el móvil dispuesta a leer el diario de Raúl, compruebo que tengo un email de Mamen.

Capítulo 36 Acuse de recibo

Es extraña esta sensación. Mi pulgar está planeando sobre el icono del email, temblando. Si deslizo a la derecha, elimino el mensaje. Si pulso, lo abro. Dos “y si...” que me están matando. Mi mundo se bifurca en dos realidades posibles. ¿Podría vivir sin saber lo que dice Mamen? Y si lo abro, se abren a la vez más realidades dependiendo de lo que me haya escrito.

—Venga, sé valiente por una vez en tu vida.

Pulso el icono y abro el email.

Mamen saluda con muchas exclamaciones. Raro. Nunca fue muy efusiva. Sabe que estoy en el pueblo. De cura de desintoxicación por el tema de la chica del metro. Puto Raúl y su campaña de exorcización. Pero no es eso de lo que quiere hablarme, sino de otra cosa: de que se ha vuelto a enamorar.

“Bueno, enamorar no es la palabra, pero es un paso previo. Estoy pillada, vaya. Ya sé que no hace ni medio mes que me diste puerta, pero estoy muy ilusionada con Alexia. Así se llama. Quiero hacer las cosas bien con ella. Eso lo aprendí de ti.

Quiero ser brutalmente sincera porque necesito que sepas por qué eres parte esencial en mi vida.

Cuando me dejaste aquella noche que buscabas a tu chica se me rompió el corazón. Tardé unos días en componerme. Hice muchas cosas mal contigo. Tenía algo real y no lo supe cuidar porque estaba más pendiente de alcanzar algo que ni era real ni ha sido tan idílico como prometía. Me entregué de manera ciega a mi trabajo, pensaba que cuando lo consiguiera, todas las piezas encajarían. Después de romperme los cuernos, conseguí el trabajo y volví a España. Aquella noche en que te vi pensé que por fin las piezas estaban encajando y todo sería perfecto en mi vida. Me despertaste de mi sueño y me devolviste a la tierra.

Una semana después, llegué a un acuerdo con mi empresa y renuncié al trabajo. Me apunté a un curso de pastelería y allí conocí a Alexia. Enseguida congeniamos. Quiero hacerlo bien con ella, empezar desde cero y hacer todas esas cosas que no hice bien contigo.

Las cosas no encajan porque sí. Las cosas encajan porque nosotras hacemos que encajen. Ya no me da miedo el matrimonio Arnolfini. De hecho, quiero ser el matrimonio Arnolfini con ella. Para lo bueno y para lo malo, batallando cada día, sin rendirme a la mínima que las cosas no vengán bien dadas. Quiero que merezca la pena rebobinar la cinta de mi relación con Alexia una y otra vez porque cada capítulo es mejor que el anterior (sí, acabé comprendiendo tu metáfora).

Sólo te escribía para compartir lo que aprendí contigo y para decirte que espero que lo apliques cuando encuentres a tu chica del metro. La gente dice que no existe pero yo estoy segura de que existe porque tú harás que sea realidad.

Un beso.

Espero verte pronto por aquí”.

Justo cuando acabo de leer el email, un trueno rompe el cielo y comienza a llover con estruendo. El aire repica en los canalones de casa y multiplica el efecto sonoro de la tormenta. Mientras, yo leo varias veces el email pasando por diferentes estados de ánimo. Al final, me quedo con uno: me siento más dolida que cuando no lo había leído.

Me gustaría contestar a Mamen y preguntarle por qué con Alexia sí y conmigo no. De nuevo, una infinidad de “y si...” se abren ante mí. ¿Hubiera hecho caso a Mamen si me hubiera dicho todo esto para volver conmigo o le hubiera mandado a la mierda? ¿Este dolor en el pecho es porque no me quiso como quiere a Alexia o porque ahora que está con Alexia ya no tendremos una segunda oportunidad? ¿Querría esa segunda oportunidad o la rechazaría por seguir buscando a la chica del metro? ¿Y si volviera con Mamen pero no dejara de pensar en mi amante fantasma? ¿Acaso no estaría haciendo entonces justo lo que Mamen hizo conmigo: “ponerme los cuernos” con su trabajo?

Mi mente se nubla y el olor y ruido de la tormenta no me ayudan a despejarme. Me paso la noche en vela y sólo caigo rendida de sueño cuando comienza a amanecer.

—Vaya, parece que alguien no se levanta de buen humor —dice mi tío con sorna al verme aparecer por la cocina.

—La tormenta no me ha dejado dormir —respondo con cara de pocos amigos.

—¿Qué vas a hacer hoy? ¿No está el camino como para ir en moto? —pregunta mi tía.

—No lo sé. Ya veré.

Mis tíos interpretan por fin que no tengo ganas de que nadie me hable y se retiran a hacer sus cosas. Por mi parte, sólo quiero estar en la cama y llorar. Y eso es lo que hago durante todo el día.

Paso en estado depresivo un par de días más. Que no salga el sol y el camino siga embarrado tampoco ayuda. En las cenas, mis tíos hablan pero yo no intervengo. Mi estado catatónico les preocupa, pero no quieren alarmar a mis padres.

—Nico, ¿qué te pasa? —pregunta preocupada mi tía.

Estamos tomando la fresca en la calle. Parece que por fin han cesado las

tormentas y las luciérnagas vuelven a revolotear en las farolas. Quiero coger un par y meterlas en un tarro para que iluminen mi habitación por la noche, pero no me apetece buscar un tarro y, mucho menos, ponerme a hacer el paripé por la calle tras unos insectos.

—Nada —respondo lacónica.

—Yo sé lo que te pasa —dice mi tío—. Te has dado cuenta por fin de que la chica del metro está sólo en tu cabeza y estás triste. Es normal...

Frena en seco porque ve que voy a ponerme a llorar.

—¡Jesús! —le regaña mi tía.

Caigo en la cuenta de que no sólo Mamen ha rehecho su vida, sino que yo no lo podré hacer nunca porque jamás encontraré a la chica del metro.

Entre lágrimas, vuelvo a mi cama a pasar otra noche en vela. En dos días vuelvo a Madrid y regreso peor de lo que estaba.

No sé si lo saben, pero oigo a mis tíos desde mi habitación. Las paredes serán de adobe, pero es verano y las puertas y ventanas están abiertas de par en par.

—No entiendo por qué no lo acepta. Debería seguir adelante —se pregunta mi tío.

—Es normal. Es una persona importante en su vida. Es como si le dijeras que su primer amor ha muerto —replica mi tía.

Esa última frase se me clava en mi corazón.

Quiero despedirme de Paula antes de irme del pueblo. Supongo que la encontraré en el río así que voy hacia allá. Dejo la moto aparcada en el cobertizo. Me vendrá bien andar un poco.

Apenas salgo del pueblo y la encuentro en los escarpes donde la vi por primera vez, colgada y saltando de un lado a otro de la pared rocosa.

—Mañana me voy, Paula. ¿Qué vas a hacer sin mí? —le pregunto desde abajo quitándole importancia.

—Estar tranquila —responde con una carcajada.

En cierta manera, ahora me siento responsable de Paula. Le he abierto un modo de vida con el que sería más feliz, y ahora le dejo sola.

Paula baja poco a poco. Se toma su tiempo, se recrea en la bajada. Cuando llega al suelo apenas habla. Caminamos en silencio. No hemos dicho en alto adónde ir. No hace falta. No hay muchos sitios donde ir en el pueblo.

Una vez en el río, nos sentamos en una roca y permanecemos en silencio como si estuviéramos viendo la peli más apasionante del momento.

Prefiero no contarle lo del email de Mamen por no remover más la mierda, pero sí le cuento que no sé qué hacer con la chica del metro. La sensatez me dice que dé por zanjada esa historia, pero no sé cómo hacerlo.

—¿Por qué no le das las gracias? —sugiere Paula.

—¿Las gracias?

—Sí, así cierras la historia de una manera digna. Dices “Gracias, chica del metro, por haberme ayudado a conocer una parte de mí” —se me queda mirando a la espera de que lo repita—. Venga, dilo.

—¿Aquí? ¿En voz alta?

—Sí. Gritando. Que cruce el río y retumbe en el monte.

—Estás loca.

Se queda parada, mirándome fijamente a la espera de que lo haga. No sé por qué pero algo me dice que Paula no parará hasta que grite, así que suspiro resignada y me pongo en pie de cara al río.

—Vale. Voy —cojo aire—. Gracias, chica del metro.

—Vaya mierda —dice Paula—. No te ha oído ni el cuello de esa camisa de cuadros tan bollo que llevas.

Miro mi camisa y la plancho un poco con las manos.

—Bien bonita es.

—Grita. Que se te llene el pecho.

Me siento como un soldado que tiene que impresionar a un superior. Hincho los pulmones y suelto el aire poco a poco mientras grito con todas mis fuerzas.

—¡Gracias, chica del metro!

Paula hace un ademán con la mano para que continúe gritando cosas.

—¡Me has ayudado mucho...! —consigo decir antes de que se me rompa la voz de la emoción.

Se me caen algunas lágrimas y me seco la cara con la manga.

—Te querré siempre.

El eco me devuelve esta última frase como si fuera un acuse de recibo. Las ondas de sonido rebotan contra mí y hacen temblar mis piernas. No aguanto ni un soplo y caigo al suelo, todavía húmedo, de rodillas, rendida y llorando.

En cierto modo, me siento liberada. “Gracias, chica del metro. Me has ayudado mucho. Te querré siempre”.

Capítulo 37 De vuelta y vuelta

Mi tía está gimoteando bajo el umbral de la que ha sido mi habitación durante estos días. Mi tío le abraza por detrás intentando calmarla. Los dos me observan mientras hago la mochila.

Es muy, muy temprano. Casi de madrugada. El único autobús que sale por la mañana hacia Madrid lo hace para llegar a la capital en la hora punta.

—Vamos, tía, deja de llorar. Vas a conseguir que llore yo también.

—Es que has tardado 15 años en volver al pueblo y ahora te vas... —dice entre lágrimas.

Me acerco a ella y le acaricio los brazos.

—Volveré. Tengo que venir a por la moto.

—¡Ja! —salta mi tío—. Con el carné en regla. Si no, se queda aquí.

Le hago la burla y vuelvo a la cama para cerrar la mochila.

—Vamos. Mañana empiezo las prácticas y no quiero perder el bus.

Me llevan a la parada. Allí la despedida se alarga hasta que nos llama la atención el conductor del autobús.

—Muchas gracias por todo. Sois los mejores tíos que tengo.

—¿Mejores que los de Barcelona? —pregunta mi tía.

—Mucho mejores.

Subo al autobús y nos pegamos un rato diciéndonos adiós con la mano. Tanto que, a lo que me doy cuenta, ya no les veo y el tío del asiento de al lado me está mirando raro.

Sopeso dos opciones: dormir o llorar. Como no me apetece llorar más, me pongo a dormir y a lo que me despierto ya veo el skyline de Madrid. Sonríe al ver las cuatro torres, erectas e imponentes. El sol recién salido destella en sus cristales.

Al entrar en un túnel, la oscuridad hace reflejo en el cristal y me devuelve mi imagen. Tengo el pelo despeinado y la marca del jersey que he utilizado de almohada en la mejilla. Además, me huele un poco el alerón. Saco una toallita húmeda de limón y me la paso por las axilas. El frescor me pone la piel de gallina.

Me siento un poco desubicada en el intercambiador del metro pero tardo dos minutos en invocar a la Nico urbanita y logro moverme rápido entre la gente para sacar un billete y meterme al metro.

El vagón está lleno, pero no agobia. Se nota que la gente ha empezado con sus turnos de vacaciones.

Tengo mariposas en el estómago. Estoy realmente emocionada por volver a Madrid. Me sudan las manos y no paro de sonreír.

“Estoy en el metro”, le escribo a Raúl.

“Mierda”, contesta. “Mi final está cerca”.

“No lo dudes. Tengo que matarte un par de veces”.

“Menos mal que estoy en la playa. ¡Fiu!”

Miro la hora en el reloj del móvil. En quince minutos estaré en mi casa, me ducharé y me prepararé para mi primer día de prácticas. No son gran cosa, pero me hace ilusión. Es un paso para un nuevo comienzo.

Guardo el móvil, pero algo hace clic en mi cerebro y tengo que volver a sacarlo.

Es la hora.

Levanto la mirada. He entrado al metro como una autómatas y ahora logro centrarme.

Es la línea. Y el sentido correcto.

Es la línea, en el sentido correcto y a la hora habitual en la que solía encontrarme con la chica del metro.

Mi corazón comienza a acelerarse.

—No lo hagas —me digo.

Pero me contradigo a mí misma y me pongo de pie.

—No-lo-hagas, Nico.

Mis pasos se dirigen hacia nuestro vagón, en la otra punta del tren.

—Para ya. Ahora mismo.

Sigo andando ignorándome.

—Te ha costado mucho olvidarla. No la vas a encontrar. No insistas. No te hagas daño —mi mente habla muy deprisa, solapando una frase con otra, pero el significado es unívoco. No obstante, mi corazón me dice otra cosa y él es, al fin y al cabo, el que dispara la sangre, el que hace contraer los músculos y el que mueve los huesos que ahora están temblando.

Llego al vagón. A nuestro vagón, donde quedábamos todas las mañanas. Busco una melena. No busco su cara porque no me fío de poder reconocerla, pero su melena sí. Su melena es inconfundible y quiero perderme en ella.

—Ves, no está, Nico. Y además estás molestando a la gente con tu mochilón.

Pido disculpas.

—Por no decir que la última vez que buscaste una melena, encontraste la de Mamen.

Me pongo de puntillas para ver un poco más allá pero no aguanto mucho y bajo a la tierra derrotada porque no la veo.

—Tonta, tonta, tonta. Todo el trabajo se ha ido a la mierda.

Apoyo la frente en la puerta y me doy un par de golpes. Se me están encharcando los ojos.

—Supéralo, joder. Y haz tu vida de una puta vez.

Obedezco a mi voz interior y trato de recuperar la calma.

Una voz femenina interrumpe mi momento.

—¿Vienes o te vas? —pregunta.

Mi corazón vuelve a desbocarse. Levanto la vista y veo su reflejo en el cristal. No la conozco. Tiene el pelo moreno y corto. Un poco rebelde.

Me giro y empiezo a mirarla, a desfragmentar su cara: esos ojos, esa nariz, esa boca, esos labios... Cuando junto todos los pedazos en mi cabeza descubro que tengo ante mí a la chica del metro.

—No te había reconocido —es lo único que me sale y me sorprende a mí misma hablándole con esa familiaridad.

—Ha pasado mucho tiempo —dice.

—Tu pelo...

Ella se acaricia la nuca y se sonroja. Su rostro se pone triste.

—Sí, ya. No es la melena de entonces —carraspea—. Se me cayó... —hace una pausa porque duda si continuar o no—. Por la quimio —dice finalmente.

El mundo se me cae al suelo y no sé ni cómo me sostengo en pie. Me siento estúpida y caprichosa. Una niña engréida que se ha quejado de vicio cuando la chica que tiene enfrente ha pasado por un cáncer.

No sé qué decir y ella tampoco se atreve a hablar. Nos quedamos un rato mirándonos en silencio. Quiero abrazarla pero no me atrevo por miedo a que se sienta invadida y, por qué no decirlo, a que le llegue el olor de mis axilas.

—¿Estás bien? —le pregunto.

—Sí —responde asintiendo con la cabeza—. Han sido unos meses difíciles, pero ya ha pasado todo —dice sonriendo—. Estoy muy feliz. Y ahora que te he vuelto a ver, más. Pensé que no volvería a ver a la chica del metro —dice risueña.

Ahora la que se sonroja soy yo.

—No, perdona, la chica del metro eres tú —le digo.

Las dos nos reímos. Cuando dejamos de hacerlo, volvemos a mirarnos fascinadas, como si viéramos nuestro reflejo en el espejo por primera vez.

—¿Puedo...? —me pregunta mientras alarga la mano.

No sé muy bien qué quiere, pero le digo que sí. Pienso decirle que sí a todo lo que me pida. Pone su mano a la altura de mi cara y extiende un par de dedos hasta que rozan mi mejilla y bajan por la mandíbula. No hay chispazo. Hay fuegos artificiales. Me pongo roja pero me da lo mismo porque ella está igual de colorada que yo.

La voz femenina de Metro de Madrid es muy dulce pero nos fastidia el momento para anunciar la siguiente parada.

—Tengo que bajarme —dice mientras retira lentamente la mano.

—Yo también —miento embobada.

—No es verdad. No cambies tus planes por mí. ¿Tienes que coger un bus o...?

—No, vengo del pueblo. Voy hacia casa.

Se me enciende una bombilla.

—Tengo una cosa que darte antes de que te marches.

Me quito la mochila y busco en un bolsillo mi cartera. Despego el velcro, saco un trozo de papel y se lo doy. Está viejo, arrugado y desgastado, pero conserva la misma ilusión con la que lo doblé aquella vez en la que me decidí a darle mi número de teléfono a la chica del metro.

—Nico —dice cuando lee el papel—. Curioso nombre para una chica.

—Es una larga historia.

—Te llamaré, Nico.

El tren para y las puertas se abren. La chica del metro sale al andén y me muestra cómo guarda el papel en un bolsillo de su pantalón.

—Yo me llamo Carla —dice.

—Encantada, Carla —le digo justo antes de que se cierren las puertas del tren. Ella me dice adiós con la mano y una sonrisa preciosa en la boca. Su imagen desaparece cuando entramos en el túnel. Me giro y mi cara debe ser un poema de amor cursi y empalagoso porque un hombre me mira sonriente.

—Has ligado, eh.

—¿Lo has visto?

Él dice que sí con la cabeza y luego vuelve a su lectura.

Yo no paro de sonreír porque gracias a ese hombre certifico que la chica del metro existe más allá de mi imaginación.

Capítulo 38 Devoción

Camino en una nube hasta llegar a casa. Ni la mochila me pesa. De vez en cuando, recuerdo a Carla y sonrío.

Mis padres trabajan así que no hay nadie en casa a estas horas. Me despojo de la mochila y de la ropa y me meto directa a la ducha.

Una idea cruza mi cabeza como un rayo: ¿Y si no me llama?

—Nico, no empecemos.

Trato de poner la mente en blanco. Me concentro en el agua que cae tibia sobre mi cuerpo y hace carreras por mi piel. Una de esas carreras se escurre por el interior de mis muslos y acaricia mis labios. Intento recordar cuándo fue la última vez que alguien me tocó con esa suavidad.

Me apoyo en la pared y pienso en Carla. La pienso con tanta intensidad que casi la noto junto a mí, con sus pechos pegados a mi espalda, acariciándome, recorriendo mi cuerpo con sus dedos. Mantengo los ojos cerrados tratando de retener esta sensación, pero el tono de llamada de mi teléfono me saca a patadas de mi ensoñación.

—Joder.

Está en el lavabo, así que saco medio cuerpo de la ducha y lo cojo. El contraste del aire frío más allá de la mampara de la ducha hace que se me erice la piel y los pezones. Miro la pantalla pero mi móvil no reconoce el número.

—¿Sí?

—¿Nico?

—Sí, soy yo.

—Hola, soy Carla.

Al otro lado del teléfono, Carla debe oír algo así como un golpe, unas cuantas palabrotas y un grifo que se cierra.

—Hola, Carla —digo entre jadeos.

—¿Te pilló en buen momento? Parece que... ¿Te has caído o algo?

—No, no... Bueno, un poco. Estaba en la ducha, pero ya he salido.

—Lo siento, no quería...

—No, no, está bien. Sólo estoy un poco sorprendida. ¿Quién de nuestra generación llama por teléfono? —intento sonar vacilona pero no estoy segura de que Carla me haya entendido.

—Yo sólo quería oír tu voz.

Me golpeo imaginariamente en la cara unas cuantas veces.

—Me alegro de que lo hayas hecho. Es una cosa que se está perdiendo.

Más golpes imaginarios.

—Pensabas que no te iba a llamar, ¿verdad? Quería quitarte esa incertidumbre lo antes posible.

—Pues te lo agradezco mucho.

Nos quedamos un momento en silencio hasta que ella vuelve a hablar.

—Ponte una toalla, por favor. Que parece que te veo que me estás hablando en pelotas.

—Para nada —le digo mientras cojo el albornoz y me lo pongo haciendo malabares para no soltar el teléfono.

La oigo respirar al otro lado.

—¿Quedamos esta tarde?

Me sorprende tanta decisión. Me sorprende y me encanta porque no tiene miedo a dejar en evidencia que está loca por verme.

—Sí —le digo con la misma decisión.

—Me apetece hacer una cosa que no he hecho en mi vida y tiene delito.

—¿El qué?

—Ver atardecer en el Templo de Debod. ¿Te hace?

—Me hace —respondo tratando de hacerle llegar mi sonrisa de oreja a oreja.

—Pues luego te llamo. O te escribo. Aún no lo he decidido.

—Vale, Carla. Lo que quieras. Yo voy a estar todo el día mirando la pantalla del móvil.

Colgamos y miro mi reflejo en el espejo. Jamás me había visto tan guapa.

Me siento tan feliz que decido hacer la comida para cuando lleguen mis padres. No salgo de mi zona de seguridad y preparo pasta carbonara.

Parece que me ha salido rica porque la devoran.

Sufro un interrogatorio sobre mis días en el pueblo y les pido que no disimulen porque sé que hablaban a diario con mis tíos.

—No hace falta que me encerréis en un psiquiátrico.

—¿Por qué íbamos a hacer eso? —disimula mi madre.

—Porque pensáis que la chica del metro está sólo aquí —les respondo golpeándome la sien con el dedo índice.

—Raúl nos dijo que no hay rastro de ella —dice mi padre.

—Pues sí lo hay. Voy a quedar con ella esta tarde.

Mis padres se miran confusos.

—¿La has encontrado?

Asiento con la cabeza.

—En el metro. ¡Dónde si no!

Siguen mirándose confundidos y con cierto temor en sus ojos.

—Antes de que penséis que esto también me lo he inventado, mirad —les enseño su número de teléfono.

—Podría ser cualquiera —dice mi padre.

Les debe parecer un juego muy divertido esto de hacerme pasar por loca, pero estoy dispuesta a hacerles un zas y llamo a Carla. Pongo el teléfono en manos libres y escuchamos los tonos pacientemente hasta que Carla descuelga.

—Hola, Nico, espero que no estés desnuda mientras me llamas.

Mi cara palidece, mis orejas se mueven por el asombro y los ojos de mis padres están a punto de salirse de las órbitas. Agarro el teléfono lo más rápido que puedo y desactivo la función de manos libres.

—Hola, Carla. Te han oído mis padres.

—Ups.

—Sólo quería demostrarles que existías.

—Bueno, creo que ha quedado claro, ¿no?

—Sí. Gracias. Hablamos luego, ¿vale?

—Chao.

Lentamente, guardo el móvil en el bolsillo y evito en todo momento el contacto visual con mis padres, que tampoco saben muy bien qué decir.

—Parece maja —dice por fin mi padre.

Estoy bastante nerviosa por la cita. No sé qué ponerme. Tengo las puertas del armario abiertas de par en par y nada me parece lo suficientemente sexy y mono y cómodo y casual para ponerme. Tampoco es que tenga una gran variedad de prendas. Vaqueros, camisetas y camisas.

Necesito a Raúl. Le escribiría pero quiero guardarme la sorpresa.

Pongo de fondo algo de música para entonarme.

Opto por unos vaqueros ajustados y una camiseta de tirantes un poco holgada con la que se me ve el sujetador por la sisa. Siempre me pongo esta camiseta con el único sujetador con encaje que tengo.

Las tripas me rugen y empujan hacia abajo. Voy al baño y me llevo el móvil.

“Estoy nerviosa”, le escribo a Carla.

No espero que me conteste y por eso me sorprende el sonido de la notificación cuando estoy sentada en la taza.

“Yo no. Sé que todo va a salir bien”.

Esta tía me gusta mucho. Se le ve una tipa fuerte. Lo intuí en el metro hace meses y lo he constatado esta misma mañana. Por su manera de ser, de hablar conmigo. Por todo lo que ha pasado. Le ha debido curtir el carácter. No sé si era así antes, pero me gusta esta Carla.

Me viene a la cabeza Vero y su Virgen de las Nieves. “Que la vida no te de lo que puedas soportar”.

El tiempo todo lo cura. Separa lo que tiene que separar y une lo que tiene que estar unido.

Me peino, me maquillo y me pongo guapa para salir con la chica del metro.

Estoy tan nerviosa que acudo a la cita quince minutos antes. Tampoco tengo que esperar mucho porque ella llega un poco más tarde que yo. Viste unos shorts negros y una camisa sin mangas verde aguamarina que le sienta genial. Deja al aire sus hombros y su nuca y me dan ganas de morderlos.

Nos damos dos besos y evitamos tocarnos porque tenemos las manos sudorosas y nos tiembla todo el cuerpo.

—¿Y esa mochila? —le pregunto.

—Para el picnic. He traído una toalla y algo para picar.

Joder, qué lenta he estado. Podía haberme marcado un puntazo con ella pero no he caído en esto.

—Si no estoy yo... —dice Carla leyéndome la mente.

Me sonrojo pero no le aparto la mirada.

—¿Te importa si nos hacemos un selfie?—le pido—. Es para mi mejor amigo.

—Sin problema —responde sonriente.

Nos colocamos para que salga el templo de Debod a la espalda y la foto resulta preciosa: por nuestras sonrisas, por el escenario y por esa luz rojiza y suave que nos trae este sol del atardecer.

Se la envió a Raúl y nos vamos en busca de un buen sitio.

No nos resulta sencillo encontrar un sitio con sombra y con buena panorámica del sur de Madrid, pero logramos dar con él.

Tendemos la toalla y sacamos las bolsas de patatas y bebidas que ha traído Carla.

Nos hemos ido contando un poco qué hacemos con nuestras vidas, familias y demás. El asunto de su enfermedad es como el elefante en la habitación. Está ahí, las dos lo sabemos, pero ninguna saca el tema. Cuando por fin nos sentamos, Carla se lanza.

—Aquel día en que me perseguiste por el metro, te hubiera matado. Ese día, empezaba la quimio y cambiaba mi rutina. Yo también fui valiente una vez y me decidí a hablarte, pero aquel mismo día me detectaron cáncer de colon y todo cambió. No quería dejar de verte, pero tampoco podía ir a más contigo. Sentía que no tenía derecho a empezar con una chica para que nuestra relación al final se centrara en mi enfermedad. ¿Y si no salía de aquella? Moriría con un cargo enorme en mi conciencia.

—Entiendo... —me deja loca que hable de su propia muerte. Me acojona, más bien.

—Se me hubiera olvidado tu cara si no fuera por esto —dice mientras saca su móvil.

Busca algo y me enseña la pantalla. Veo una imagen mía mirando a no sé dónde en el vagón del metro.

—¿Me hiciste una foto?

—Espeluznante, lo sé —dice volviendo a mirar la pantalla, —pero me ha salvado en muchas ocasiones. Pierdes un poco la cordura entre goteros. Miraba la foto casi con devoción. Tú eras mi virgencita.

Al decir esto, me mira con dulzura.

—Bueno, virgencita precisamente...

Sonríe y agacha la cabeza avergonzada, aunque la avergonzada debería ser yo. Hay muchos silencios. Nos quedamos sin hablar y simplemente nos miramos, nos observamos, nos deseamos.

El cielo rojizo da calidez y serenidad a la escena. Bajo la sombra de los árboles parecemos un cuadro de Monet.

—Siento mucho haber dudado de tu existencia.

—Chica mala.

—Tengo excusa: iban todos contra mí.

—No querían que sufrieras.

—Eso decían. Van a flipar cuando te vean.

—Eh, ¿ya me quieres presentar a tu gente? Vas un poco rápido. Ni siquiera nos hemos besado.

La sola idea de besarle ya me pone nerviosa y no tengo ninguna intención de calmar mis ansias.

—Eso se soluciona rápido —le suelto.

Carla se ríe.

—Perdón, he sonado un poco babosa. La verdad es que no quiero ir rápido contigo. No quiero cagarla —rectifico.

—Yo tampoco. Pero confieso que tengo unas ganas locas de besarte.

Sin disimulo alguno, me humedezco los labios con la lengua e ladeo un poco la cabeza. Carla sonríe y se le encarnan las mejillas. La vergüenza no le frena y se acerca a mí. Se pone de rodillas y apoya una mano al otro lado de mi cuerpo. Me atrapa y me dejo atrapar. Se acerca lentamente a mi cara pero no cierra los ojos hasta que me besa en los labios.

En dos segundos, me pierdo en su boca y mi lengua juega con la suya. Le acaricio el hombro y está ardiendo. A la misma temperatura que mis mejillas.

Se me pasan mil cosas por la cabeza: pensamientos, sentimientos y recuerdos de todo lo que he acumulado en los últimos meses. Siento como si llevara una maleta muy pesada a cuestas pero que de repente se volatilizara y me sintiera más ligera que nunca.

Sujeto la cara de Carla y tiro de ella para que se tumbe encima de mí.

Jugamos con los labios de la otra un buen rato hasta que perdemos la noción del tiempo.

Ella apoya su cabeza en mi pecho y pone una mano sobre mi corazón en un intento de calmarlo y que vuelva a su ritmo habitual.

—Que digo que... —rompo el hielo—lo de que no quería ir rápido contigo es

un decir, eh.

Carla se ríe de nuevo.

—Estos meses he aprendido que no tenemos todo el tiempo del mundo, así que te tomo la palabra.

Mi móvil vibra entre nuestros cuerpos. Tengo un mensaje de Raúl. Lo leo y se lo enseño a Carla.

“Preciosas. Se os ve felices”

—Tiene razón —dice—. Lo somos.

Nos quedamos tumbadas y abrazadas observando cómo el sol se pone lentamente por el horizonte dejando paso a una noche suave y eterna.

Epílogo

Despierto de un sueño muy profundo del que no quiero salir. Oigo mi nombre a lo lejos y poco a poco se va haciendo más nítido. Nico. Nico, por favor.

Ronroneo un poco.

—Quiero seguir durmiendo.

Mis párpados pesan y me resulta imposible abrir los dos ojos a la vez. Abro uno y un fogonazo de luz natural me obliga a cerrarlo de nuevo.

—Nico... Nico, por favor, despierta.

La voz es cada vez más nítida. Vuelvo a abrir de nuevo un ojo y veo una imagen borrosa.

—Tenemos que ir a casa de mi madre —dice el borrón.

Despacio, logro enfocar la cara de Carla.

—¿Qué hora es?

—Las 11.

—Aún quedan dos horas —protesto y me doy media vuelta.

Carla me besa en el hombro.

—Ya lo sé, pero ahora que estamos despiertas, ¿no se te ocurre qué podemos hacer?

Se me escapa una risa floja. Es increíble que aun con estos pelos, las bolsas bajo los ojos y el aliento cuestionable tras horas de sueño, siga deseando hacer el amor conmigo.

Sigue besándome el hombro y me obliga a dar la vuelta. Qué diferente es esta Carla de la Carla de nuestras primeras veces. Era tímida, estaba acomplejada por las cicatrices de la operación, rehusaba intimar para que no las viera. Me tocó ser paciente, comprensiva y muy delicada. Cada vez, avanzábamos un poco más, hasta hoy, cuando sigue comiéndome a besos, bajando por la cintura, acariciando con la lengua mi ombligo.

Sus labios bajan hasta los míos. Muerde con dulzura mis muslos, mientras agarra con fuerza los glúteos.

Tampoco ayudó a que se soltara el hecho de que le contara que había tenido una etapa salvaje, por así decirlo. Me obligó a hacerme todas las pruebas posibles y no nos acostamos hasta que todas salieron negativas.

Carla se monta sobre mí y posa su coño en mi cadera. Comienza a moverse despacio, pintando con su vello púbico trazos largos sobre mi muslo. A su vez, su muslo roza ligeramente mis labios, que se hinchan cada vez más.

Estamos así un rato, ella parece disfrutar más que yo, que me muero de ganas de que Carla pase a la acción.

—¿Me vas a tocar o no? —pregunto.

Carla se ríe, echa hacia atrás la cabeza y su cabellera se agita como un molinillo. Me fijo en sus cicatrices. Ella las sigue viendo enormes, pero no lo son. Hicieron varias incisiones por las que entró el instrumental médico para tratar de extirpar el tumor en su colon. Aún están un poco rosadas, pero apenas se perciben si no te fijas mucho.

—No te voy a tocar. Sólo me apetece enredar.

Al oír esto, le cojo por la cintura y le vuelco de espaldas contra el colchón.

—Yo sí que te voy a enredar.

Y lo hago.

Levanto su cuerpo y enredo mis piernas entorno a las suyas, de manera que nuestros pubis quedan completamente pegados. Tengo que levantarme un poco para poder moverme con más libertad y que el roce sea más intenso. Hago movimientos largos para abarcar toda la zona erógena posible. Carla tiene los ojos cerrados. Su lengua se pasea con insistencia por su boca. Tiene la piel erizada y los dedos de los pies estirados.

—Ven aquí —dice sin abrir los ojos—. Abrázame.

Le obedezco y nos fundimos en un abrazo sudoroso. Nuestras tripas hacen pedorretas con el movimiento. Nos sale una risa contenida. La primera vez que nos pasó esto, tuvimos que parar de follar porque no dejábamos de reírnos. Nadie nos habló de las pedorretas. Aunque tampoco nadie nos habló del sexo lésbico en general.

Noto que ella llega al orgasmo por cómo me clava las uñas en la espalda y en el culo. No obstante, espera paciente a que yo también llegue, poco tiempo después. Creo que esto es lo más bonito que hace Carla por mí en la cama. Ella suele ser más rápida y tras un orgasmo le repele cualquier caricia de cuello para abajo.

Caigo exhausta en el colchón y nos quedamos mirando al techo.

—Y aún nos quedan treinta minutos para ducharnos y vestirnos —dice después de mirar el reloj.

Levanto la palma de la mano y chocamos victoriosas.

—Carolina, mantén la calma, por favor. Ha habido una confusión. Eso es todo. Al otro lado del teléfono Carolina me pregunta desesperada dónde están mis tíos. Tras unos meses dando tumbos, la flaca quiso hacer una cura como la mía. Le sugerí que pasara un tiempo con mis tíos en el pueblo, tal como hice yo. Se mostró un poco reticente por esto de vivir con personas desconocidas, pero finalmente se lanzó. El caso es que hubo un problema de comunicación con mis tíos: les dije que una amiga iba a pasar unos días en el pueblo en junio y ellos entendieron julio. Cosa que empieza a ser habitual. Ahora ellos

están en un crucero por el Mediterráneo y Carolina está tragando el polvo del camino al pueblo.

—Hay una llave oculta bajo una piña en el jardín, junto a la puerta. Siéntete como en casa.

—¿Cómo que me sienta como en casa? ¿Qué es esto? ¿Una comuna hippie?

—Ya te dije que mis tíos eran peculiares. Lo siento mucho.

Carolina va a gritarme de nuevo cuando oigo una nueva voz que habla con ella al otro lado del teléfono. La reconozco.

—¿Estás perdida? —le pregunta Paula.

Carolina le suelta una serie de improperios sobre la obviedad de la pregunta y yo me imagino la cara larga que pone la escaladora.

—No te conviene enfadarla —le digo—. Es la única joven que encontrarás por ahí.

—¡No me jodas! —suelta Carolina.

—No lo parece a primera vista, pero es maja. Vamos, lo mismo que tú.

La flaca me hace la burla y me cuelga sin dejar de rumiar su mosqueo. Yo ya me estoy riendo con la sola idea de que estas dos se hagan amigas.

—¡Vamos, Nico! Se nos hace tarde —me llama Carla.

Me acerco a ella. Está junto a mi moto. Antes de que se ponga el casco, alargo la mano y le acaricio el cabello.

—Qué curioso. No me había dado cuenta de lo que te ha crecido el pelo.

—¡A que sí! —dice moviendo la melena de un lado a otro como si estuviera en un anuncio de champú.

Ella se pone el casco y yo le doy un beso en la nariz.

—¿Sabes, Nico? Al principio me daba un poco de miedo que fueras con la moto por ahí, pero ahora me alegro de que te la trajeras del pueblo.

—¿Porque es más rápido moverse por la ciudad con ella?

—No —dice sonriente—. Porque, al no ir en metro, no te enamoras de otra.

Le agarro del casco y le beso fuerte en los labios. No puedo evitar reírme con su ocurrencia, pero noto que a ella se le ha cruzado un fantasma al decirlo porque le cambia la expresión. Quisiera tranquilizarla, decirle que eso no ocurriría ni en un millón de siglos.

Aunque, bien mirado, ha tenido que pasar un millón de siglos para que Carla y yo nos conociéramos y nos enamoráramos la una de la otra con un cruce de miradas en el metro.

Fin

El Amanar de Nadia

(Relato inédito)

I

Nadia miraba con curiosidad las cuatro paredes que le rodeaban. Diplomas, medallas, fotografías y algún recorte de periódico daban algo de personalidad a aquel hotel de color crema que imperaba en la habitación.

Fijó la mirada en una fotografía mientras oía de fondo la bronca que le estaba echando su entrenadora, la misma que aparecía en esa foto, la poseedora de aquellas medallas y diplomas, la protagonista de aquellas noticias.

—Te podías haber partido un brazo, ¿sabes? —gritaba Marta—. ¿Qué pretendías?

En aquella foto que había llamado la atención de Nadia, Marta tenía diez años menos. El fotógrafo había capturado el momento en el que su entrenadora hacía un espagat invertido sobre la barra de equilibrio. Sus piernas abiertas formaban una paralela perfecta con la delgada superficie.

—Estás a un mes del campeonato de España, no sé si te has dado cuenta — Marta seguía con su retahíla.

A Nadia le parecía oír al público jalearse a Marta, una niña de apenas 16 años, quizá un poco alta para la gimnasia artística, pero con un futuro muy prometedor.

—Dios, es que no te puedo dejar sola ni un momento. ¡Que tienes 19 años ya! ¿Qué coño hacías subida en las anillas? Un gimnasta tarda años en conseguir hacer un cristo en condiciones y tú pretendías hacerlo de un intento. ¿Estás loca o qué?

Por fin, Nadia miró a su entrenadora y habló.

—Ahí fue cuando te lesionaste, ¿verdad? —le preguntó señalando con la cabeza la fotografía.

Marta giró su rostro rojo de ira hacia donde le mostraba Nadia.

—No me cambies de tema. ¿Qué hacías subida a las anillas?

Nadia se encogió de hombros lo que frustró más a su entrenadora.

—¿No vas a decir nada?

—No sé, Marta, sólo quería impresionar a las chicas, Pedro me picó y...

Marta dio un golpe sobre la mesa en la que estaba sentada.

—Me importa una mierda Pedro. Yo soy tu entrenadora. De aquí a un mes sólo tienes que hacerme caso a mí. ¿Entiendes? ¡A mí!

La gimnasta permanecía tranquila ante la furia de su entrenadora.

—Ya sé lo que pasa aquí —dijo Nadia.

Marta echó un poco el cuerpo para atrás y cruzó los brazos sobre su pecho.

—A ver, lista.

—Vuelcas en mí tu frustración por no haber llegado a lo más alto.

La entrenadora cambió rápidamente de postura para lanzar una bofetada a la cara de Nadia. La gimnasta se llevó una mano a la mejilla y dejó de mirar a los ojos a Marta.

—Eres una desagradecida. Llegaste a este club porque en ningún otro te soportaban. Primero se te subió el pavo por haber sido campeona de España junior y pensabas que ibas a arrasar. ¿Te acuerdas?

Nadia asentía sin levantar la mirada del suelo.

—Luego te diste cuenta de que no era así. Demasiado tarde para tu entrenador y para tu club. Te quedaste de patitas en la calle, con un talento acojonante pero sin el coraje suficiente para sacarle provecho —Marta rebajó su tensión al recordar cómo llegó Nadia al gimnasio por primera vez—. Eras vacilona, vaga y pensabas que la vida te debía algo. Aún queda algo de aquella niña arrogante en ti.

La gimnasta no hablaba. Mantenía la cabeza agachada y respiraba de manera profunda y entrecortada.

Marta se acercó a Nadia y le sujetó de la barbilla hasta levantársela y quedar las dos cara a cara.

—Escucha, Nadia. Eres muy buena. Las dos lo sabemos —Marta le acariciaba la mejilla todavía enrojecida—. Y quizá podrías haber hecho un cristo decente ahí arriba, pero no lo jodas. No jodas el trabajo que has hecho hasta ahora. Tienes que ir al campeonato de España y hacerlo lo mejor que puedas. No por mí y mi frustrada carrera deportiva. Sino por ti, para que no se frustre la tuya.

—Mi carrera se fue a la mierda hace mucho —dijo finalmente Nadia.

—¿Eso crees?

Nadia asintió.

—Soy mayor ya.

La entrenadora asintió resignada.

—Nunca se sabe. No hace falta que te diga que estará la seleccionadora nacional. Quizá te lleve al Mundial.

La gimnasta rio con desgana.

—Sí. Sólo necesito apellidarme Comaneci en lugar de Martínez —dijo con ironía Nadia.

—O llámame Simona y hacer un Amanar —su entrenadora le siguió el rollo.

Las dos rieron hasta que a Nadia se le iluminó la cara.

—¡Eso es Marta!

Nadia saltó sobre su entrenadora y le cogió de los hombros.

—¿El qué? —preguntó Marta sin comprender a su pupila.

—Tengo que hacer un Amanar en el potro. Así ganaré el campeonato. ¡Seguro! Marta se desprendió de los brazos de Nadia que seguía extasiada ante la idea.

—Nadie hace un Amanar en España.

—¡Por eso precisamente! Piénsalo —Nadia comenzó a hablar mientras daba vueltas por la habitación—. Si consigo un Amanar completo, bordo las asimétricas, que son lo mío, y hago un par de ejercicios decentes en barra y suelo, ganaré el campeonato. ¡Estoy segura!

Marta no podía negar que la idea era buena, pero hacer un Amanar estaba reservado a las gimnastas muy top y, aunque Nadia era buena, no estaba segura de que pudiera conseguirlo. Se necesitaba mucha disciplina y la gimnasta iba escasa de eso.

—Podrías lesionarte. Es una caída muy jodida para las rodillas.

—Marta... —dijo Nadia—, no tengo nada que perder. Como has dicho antes, soy una desahuciada.

—No he dicho eso. Y tampoco tengo claro que...

—Vamos, Marta. Siempre dices que me falta ambición. Un Amanar es motivación suficiente para que saque lo mejor de mí.

La entrenadora seguía negando con la cabeza. Nadia se arrodilló frente a ella y unió sus manos en señal de rezo.

—Por favor —le suplicó en un tono que jamás había oído salir de ella.

Marta chascó la lengua y obligó a Nadia a ponerse en pie.

—Está bien.

La gimnasta gritó de alegría y dio un par de saltos.

—Pero —le interrumpió su entrenadora—, tendrás que hacerme caso. En todo. Disciplina absoluta. Serás una soldado y harás lo que te diga sin preguntar.

—Señor, sí, señor —dijo Nadia haciendo el saludo militar.

—Espero que mantengas ese entusiasmo porque va a ser un mes muy duro.

II

—Los brazos, los brazos. ¡Nadia! —Marta se desgañitaba para que la gimnasta pudiera oírla mientras saltaba.

Nadia aterrizó de bruces contra la colchoneta, pero se levantó enseguida y se dirigió como una flecha hacia su entrenadora ante la atenta mirada del resto de gimnastas.

—No me grites mientras salto, joder. ¿Qué quieres? ¿Que me parta la crisma?

—Ya te dije que sería duro.

—El entrenamiento, no tú —respondió Nadia. La gimnasta se secaba el sudor con una toalla que movía de manera enérgica por la nuca y los brazos mientras le aguantaba la mirada a Marta—. A lo mejor, lo que pasa es que ves que esto te viene grande como entrenadora y no sabes hacer otra cosa que no sea gritar.

Marta levantó una ceja indignada y se acercó a Nadia desafiante.

—A lo mejor es que ahora eres tú la que estás volcando tus frustraciones conmigo. ¿Te viene grande el Amanar?

—Para nada.

—¿Para nada? Aún no has hecho un salto en condiciones. Estoy segura de que tienes las rodillas reventadas y te jode que sea para nada.

—Mis rodillas están bien —mintió Nadia.

—¿Seguro? Porque da la sensación de que andas como una abuelita.

La gimnasta se puso roja de ira y fue caminando con paso quejumbroso pero decidido hacia el potro. Algunas compañeras se alejaron del aparato y le colocaron la colchoneta.

Marta miraba la escena con serenidad.

Nadia se puso talco en las palmas y se cuadró con los pies juntos. Respiró hondo un par de veces y fijó su mirada en el potro. Arrancó la carrera con calculada potencia. El orgullo le dolía más que las rodillas. Hizo la ruleta e impulsó su cuerpo con las manos para caer de espaldas en el trampolín. Volvió a impulsarse con las piernas y saltó hacia el potro. Desde afuera parecía que apenas lo había rozado, pero Nadia impulsó todo lo que pudo, aprovechando la fuerza del salto en el trampolín, para salir despedida por el aire. Su cuerpo volaba por encima de las cabezas de las gimnastas que la miraban con admiración. Dos piruetas en el aire y media antes de la caída. Más un Yurchenko en el trampolín. 6.5 puntos de partida. Medio punto más que cualquier otro ejercicio y que dan ventaja en cualquier competición a la gimnasta que es capaz de hacer un Amanar.

Clavó los pies en la colchoneta y se mantuvo unos segundos con las piernas flexionadas. Se mantuvo unos segundos estática, repasando cada hueso y cada músculo de su cuerpo. Todo en orden.

Sin saludar, Nadia salió de la zona de potro mientras sus compañeras le aplaudían tímidamente. Se dirigió con decisión hacia Marta que trató de ocultar su sonrisa de orgullo.

—Ahí lo tienes —dijo Nadia.

La gimnasta se dirigía hacia los vestuarios cuando su entrenadora le llamó.

—¿Adónde vas?

—A las duchas.

—Espera un momento —le ordenó.

Marta no dijo nada. Ni siquiera se movió de su sitio. Simplemente esperó el momento en que Nadia fuera consciente de lo que acababa de conseguir.

Nadia resopló con furia asqueada por la orden de su entrenadora, pero su respiración se tornó cada vez más rápida y entrecortada conforme pasaban los segundos. Dio un par de vueltas sobre sí misma, miró al techo del gimnasio y luego miró a su entrenadora que la miraba con gesto dulce.

La gimnasta comenzó a llorar y a reír a la vez y fue corriendo a abrazar a su entrenadora.

III

Marta y Nadia solían quedarse un par de horas más en el gimnasio para seguir entrenando. Se hacían las remolonas recogiendo sus cosas mientras el resto de gimnastas se iban yendo.

—Bien, una vez más.

Nadia obedecía sin hacer ningún comentario y repetía los ejercicios una y otra vez hasta convertirse en una autómata. Marta le gritaba desde fuera, pero Nadia, una vez comenzaba, no oía nada. Sólo escuchaba el sonido del aire acariciando sus oídos en los saltos.

Quedaba menos de una semana para la competición cuando el novio de Marta se presentó de improviso en el gimnasio.

Nadia tardó en verlo porque estaba concentrada fijando los elementos de su ejercicio de suelo. Cuando clavó el salto final, un mortal hacia atrás extendido con doble giro, enfocó la mirada hacia Marta para ver su gesto de aprobación, pero esta no estaba en su sitio.

La buscó con la mirada. Su entrenadora estaba haciendo aspavientos con los brazos ante un chico moreno de buena planta en la entrada del gimnasio. Hablaban a gritos y pudo escuchar toda la discusión.

—Pasas más tiempo con ella que conmigo —dijo el chico.

—Ya te dije que iba a ser un mes complicado, Rober, la semana que viene todo habrá terminado.

—No, la semana que viene será otra cosa. ¡Qué sé yo! La preparación del Mundial o alguna historia de esas.

Marta intentaba hacerle entender la importancia de aquello, pero Rober seguía obcecado.

—Ah... Ya entiendo —dijo Marta al ver que su novio no quería escucharla— ¿Crees que me voy a liar con ella?

—Ni que fuera la primera vez que te lías con una de tus gimnastas —soltó Rober.

—Nunca mientras estaba contigo. ¿Es esa la confianza que tienes en mí?

Rober se marchó dejando a Marta con la palabra en la boca.

Cuando la entrenadora volvió a su sitio, Nadia dudó si preguntarle o no.

—Perdona, me he perdido la última parte. ¿Puedes empezar de nuevo?

—Marta, si quieres lo dejamos por hoy y te vas con tu chico.

—Que le den —contestó Marta—. Venga. Desde el principio.

La entrenadora aprovechó que Nadia estaba concentrada en el ejercicio para llorar durante los 84 segundos que duraba el ejercicio.

IV

A Nadia, como al resto de gimnastas, el viaje a Madrid en bus se le hizo eterno. Pero a las chicas les debió parecer una buena idea para entretenerse hacerle un interrogatorio a Nadia.

—¿Qué sientes al hacer el Amanar? —le preguntó una de sus compañeras.

—¿Que qué siento? Pues no sé. No siento mucho. Es más una ejecución. Me concentro y ya está.

—Parece que estás cabreada cuando lo haces —preguntó otra.

—¿Ah, sí?

—Sí. Pones cara de enfadada. Un poco de chula también. Es sexy.

—¿Ah, sí? —volvió a preguntar Nadia sonriendo a la chica.

Marta interrumpió el cacareo de risas que había levantado la salida de Nadia ante el comentario de la chica.

—Venga, chicas, sentaos. Estamos a punto de llegar.

Las chicas obedecieron con fastidio.

—¿Vienes un momento, Nadia?

Nadia se levantó y se sentó junto a Marta.

—¿Cómo lo llevas? ¿Estás nerviosa? ¿Estás bien? —la entrenadora disparaba palabras como una metralleta.

—Yo sí. ¿Y tú?

Marta se rio.

—Perdona. Es que yo sí estoy nerviosa.

—Bueno, yo también, pero estoy contenta con lo que hemos conseguido.

—Sí, ya, pero ahora hay que rematarlo.

—Eso déjame a mí—dijo Nadia con autosuficiencia.

—Te veo muy confiada. Espero que ahora no peques por exceso.

—Eres una crack motivando. ¿Te lo habían dicho alguna vez?

Marta volvió a reír.

—¡Mira! —dijo su pupila señalando a la ventana—. Madrid. Ya hemos llegado.

Nadia se inclinó sobre Marta para acercarse a la ventana. Marta podía ver el skyline de la capital, pero también podía oler el perfume de Nadia y hasta casi sentir su piel en la mejilla. La entrenadora se removió un poco en el asiento y Nadia pilló la indirecta.

—Perdona. Es que me he emocionado.

—Próxima parada, estación Méndez Álvaro —dijo por el micrófono el conductor.

Las chicas comenzaron a gritar entusiasmadas.

V

El pabellón era un hervidero de emociones el día previo a la competición. Sin embargo, apenas había tiempo para pararse a pensar en nada que no fuera hacerse con el espacio, el tacto de los aparatos y la organización del evento. Nadia estaba concentrada repitiendo unos elementos sueltos cuando un hombre le interrumpió.

—He oído que nos vas a deleitar con un Amanar —dijo su ex entrenador.

Nadia no pudo disimular su sorpresa. Era obvio que le iba a volver a ver, pero no se había preparado para ello.

—Has oído bien, Manolo —contestó la gimnasta que volvió a lo suyo.

—Me parece a mí que tu entrenadora y tú os habéis flipado un poco.

Nadia paró en seco y miró a su antiguo entrenador con chulería. Le notó mayor. El pelo canoso combinado con aquel chándal de colores no le iba nada bien. Pensó en pegarle un corte con alguna respuesta ingeniosa, pero tenía que demostrar que había cambiado, que no era la misma niñata a la que echaron del club con el que consiguió ganar el Junior de España. Sin mediar palabra, Nadia continuó con sus ejercicios.

A Manolo le cambió el gesto: del triunfalismo pasó al fastidio por sentirse ignorado.

—Ya lo veremos mañana —dejó caer antes de marcharse.

A la gimnasta también se le cambió la cara. Si su antiguo entrenador, aquel que le hizo campeona junior, no creía que pudiese hacer un Amanar, quizá...

—¿Qué tal vas? —dijo Marta que se había acercado hasta Nadia justo a tiempo para interrumpir sus pensamientos.

—Bien, bien —contestó distraída.

—Eh —la entrenadora se acercó a la chica—, no te vengas abajo ahora.

Nadia evitaba el contacto visual con Marta, pero esta le buscaba los ojos con la mirada haciendo un movimiento un poco estúpido delante de la gimnasta.

—Para ya —dijo Nadia entre risas—. Que pareces una bailarina del vientre.

—¿Ah sí? —respondió Marta—. Mira.

La entrenadora se puso a hacer la danza del vientre moviendo las caderas de manera sinuosa. Nadia quedó hipnotizada con aquella cadencia.

—Venga. Se acabó por hoy. Toca relajarse y descansar.

Marta rodeó a Nadia por la cintura y tiró de ella para llevarla con el resto del grupo.

La respiración de su compañera de habitación era fuerte pero no llegaba a roncar. Aun así, a Nadia le ponía de los nervios. Daba vueltas en la cama sin coger la postura. Intentaba pensar en los ejercicios del día siguiente, trataba de visualizarlos nítidamente, concentrarse en aquellas partes que llevaba más flojas y en las que podía fallar. Pero en los momentos más intensos se le cruzaba por la mente las caderas de Marta, o sus caricias en la mejilla, o la bofetada en la cara, o la discusión con su novio.

Nadia se sentó al borde de la cama y trató de respirar un poco. Algo le ardía por dentro. Sentía una bola de fuego anclada entre el pecho y el estómago.

Sin calzarse y vestida únicamente por una camiseta de tirantes y unas bragas, salió sigilosa de la habitación. No sabía qué hora era.

Se dirigió a la habitación de su entrenadora y tocó suavemente con los nudillos. Insistió un poco más fuerte y pegó su boca a la puerta para susurrar su nombre varias veces, pero Marta parecía no escucharle.

Ya iba a rendirse y volver a su habitación cuando la entrenadora contestó desde el otro lado de la puerta.

—¿Quién es?

—Marta, perdona, soy yo, Nadia.

Marta abrió la puerta todavía somnolienta. Estaba despeinada y se rascaba insistentemente el ojo con el dorso de la mano. Eso y los ositos que estampaban su pijama de verano enternecieron a Nadia.

—Qué mona.

La entrenadora trató de arreglarse el pelo, pero desistió e invitó a pasar a Nadia.

—¿Qué ocurre?

—Nada, estaba nerviosa, no podía dormir.

—Bueno, es normal. Mañana es un día importante.

—Sí —dijo Nadia.

Marta se dirigió al baño para lavarse la cara. Nadia pudo verle los cachetes del culo por debajo del pantalón del pijama, aunque aquella prenda era demasiado corta como para poder llamarle pantalón. A cada paso de su entrenadora, los mofletes temblaban y Nadia se imaginó a sí misma mordiéndolos.

La bola de fuego de su estómago comenzó de nuevo a bullir.

Fue al baño para encontrarse con Marta. La entrenadora se había mojado la cara y tenía un mechón pegado a la mejilla.

—Deja que... —comenzó a decir la gimnasta. Se acercó a Marta y le retiró con cuidado el mechón.

Nadia no quiso retirar la mano de su pelo. Lo retiró un poco más y dejó a la vista el cuello de su entrenadora. Los tirantes del pijama hacían que se viera mucha más piel de Marta de lo que hasta ahora estaba acostumbrada. Bajó la mano por el cuello y deslizó un dedo por el hombro hasta meterlo debajo del tirante. Echó un vistazo a Marta a la que se le notaba acalorada.

Se acercó hasta ella y le besó el cuello suavemente. Siguió recorriéndolo hasta bajar al hombro. Con el dedo, retiró un poco el tirante, que calló sobre su brazo.

Cuando pensaba que lo tenía casi hecho, Marta le empujó con delicadeza.

—Nadia, para, por favor —le pidió.

Nadia estaba confundida.

—Pensaba que te gustaba, que podíamos...

—No sé de dónde te has sacado eso. Nunca te he dado pie a pensar que tú y yo podríamos tener algo —Marta se había erizado como una gata a la defensiva.

—Oí a tu novio decir que te habías liado con otras gimnastas antes.

La entrenadora se hubiera subido por las paredes si tuviese la capacidad de hacerlo.

—Mira, Nadia, eso fue hace mucho tiempo, y precisamente me trajo problemas y sería estúpida si cayera de nuevo.

—Venga —insistió Nadia acercándose de nuevo a Marta—, no se lo diré a nadie.

—¡Que no!

Esta vez, el empujón que le dio la entrenadora a la gimnasta fue más violento. Nadia se dio un golpe con el lavabo y Marta intentó relajar la situación.

—Perdona. ¿Te has hecho daño? —preguntó Marta que enseguida fue a mirar el golpe en la piel de Nadia. La gimnasta la rechazó.

—Déjame.

La entrenadora quiso quitar hierro al asunto y relajó el tono.

—Ve a dormir. Mañana es un día muy importante y tienes que estar al 100%.

Nadia le miró con furia.

—Lo hablamos con más calma después de la competición, ¿vale? —dijo Marta mientras acariciaba los brazos de Nadia.

La gimnasta se zafó y salió sin mediar palabra de la habitación de Marta.

Fue directa a su habitación. Allí se cambió de ropa. Se puso una falda y se quitó las bragas.

—¿Adónde vas? —le preguntó su compañera a la que había despertado con el ajetreo.

—A Chueca. ¿Te vienes? —respondió Nadia que se movía como un torbellino por la habitación.

—No podemos. Mañana es la competición.

—¡Que le jodan a la competición! —dijo Nadia.
Y salió de la habitación.

VII

A Nadia se le fue la fuerza a los dos pasos de salir del hotel.

—¿Qué estoy haciendo?

Enseguida encontró la respuesta al recordar el empujón, físico y emocional, que le había dado Marta minutos antes.

Recobró la fuerza y caminó hasta Chueca, entró al primer bar que vio y pidió un tercio de cerveza.

Oteó un poco el bar y las chicas. Le gustaba verlas bailar, disfrutar, tocarse unas a otras, lanzarse la caña sin miedo a un rechazo tan violento como el que ella había sufrido.

No tardó en darse cuenta de que una de aquellas chicas llamaba la atención del resto, pero no entendió por qué. La chica era mona, pero tampoco era una pasada de guapa, ni era alta, ni estaba especialmente buena, ni tenía un estilo rompedor, pero notaba que algo en ella era diferente a las demás.

La miró hasta que aquella chica se fijó en ella. Le sostuvo la mirada y le sonrió. Se acercó con brío dándole un poco de vuelo a la falda.

—¿Te apetece tomar algo?

La chica sonrió y afirmó con la cabeza.

—Me llamo Nadia. ¿Cómo te llamas? —preguntó la gimnasta una vez llegaron a la barra.

—Nico —contestó la chica e inmediatamente se echó a reír—. Ya sé que es un nombre de tío, pero es una larga historia.

—Ya, y aquí no estamos para historias largas, ¿verdad?

Nadia le acarició el hombro y las dos se pusieron a beber y a tontear. Nadia aprovechaba cualquier momento para tocar a Nico o acercarse a su boca. Cuando tuvo la oportunidad, le dio un beso en los labios.

—Vas rápido, ¿no?

—Como te he dicho, aquí no estamos para historias largas.

La gimnasta cogió la mano de Nico y esta se dejó arrastrar hasta el baño. La tapa estaba sucia y levantada, y Nadia la bajó con cuidado de no tocarla demasiado.

—Mira lo que sé hacer —dijo Nadia. Apoyó las manos en el váter y se impulsó sobre sus brazos, levantó las piernas despacio, poniendo el culo en pompa, y las levantó para quedar finalmente en posición invertida. La falda le cayó hasta la cintura.

—Joder —dijo Nico.

Con la misma parsimonia, Nadia abrió las piernas para dejar su entrepierna a la altura exacta de la boca de Nico.

—Dale —dijo la gimnasta.

—Te va a bajar la sangre a la cabeza.

—Pues dale rápido —insistió Nadia.

Nico comenzó a besar y lamer los labios de la gimnasta. Nadia notaba cómo su bola de fuego había subido hasta su coño. La otra chica no paraba de preguntarle cosas: que si estaba bien, que si quería que bajaran y se pusieran más cómodas; pero Nadia insistía en que no, que quería hacerlo así, que ahora no quería cambiar de postura.

Las dos oían cómo las chicas que esperaban afuera aporreaban la puerta, les insultaban y les gritaban.

Nadia sintió un pinchazo entre las piernas y su cuerpo sufrió un espasmo. Se sentía mareada pero ahora no iba a cambiar la postura. Curvó la espalda y echó la cabeza lo más atrás que pudo hasta que llegó al orgasmo y le dio el aviso a su amante.

La gimnasta se sentía extraña. Una mezcla de satisfacción y suciedad. No sabía cómo debía comportarse con Nico. No quería irse sin más, pero tampoco quería conocerla o ponerse a hablar con una extraña.

Finalmente, le dio un abrazo y se marchó del local dejando a su espalda el bullicio que se había montado mientras las dos estaban follando en el baño.

VIII

—¿Alguien ha visto a Nadia? —preguntó Marta en el salón donde las demás gimnastas estaban desayunando.

Las chicas no levantaron la mirada de la bandeja de comida.

—¿Que dónde está Nadia? —insistió elevando el tono.

Al comprobar que nadie le contestaba, se dirigió hacia la mesa en la que se encontraba la compañera de habitación de Nadia.

—Leire, ¿dónde está Nadia?

—No lo sé, Marta —respondió la chica atemorizada—. Me he despertado y no estaba en su cama.

La entrenadora le continuó interrogando con la mirada y la chica cedió.

—Anoche le vi vestirse. Se quería ir.

—¿Adónde fue?

Leire dejó la cuchara sobre la mesa porque el temblor la estaba delatando.

—Me dijo que se iba a Chueca.

El resto de chicas comenzaron a cuchichear.

—¡Callaos! —gritó Marta—. ¿Qué más?

—Me preguntó si me quería ir con ella pero le dije que no, que debía quedarse a dormir porque al día siguiente era la competición —Leire se tomó unos segundos antes de continuar—. Dijo "a la mierda la competición".

Esta vez, las chicas no se atrevieron a decir nada y permanecieron en silencio.

—La he llamado un par de veces pero no me ha contestado —dijo la chica.

Si la entrenadora estaba nerviosa por la ausencia de Nadia, no lo dejó entrever. Asentía con la cabeza para dar a entender a Leire que escuchaba lo que decía, pero en realidad se había quedado sorda tras escuchar que Nadia se había ido a Chueca.

—En diez minutos, todas al hall. Hoy tenemos que darlo todo, chicas —la entrenadora acompañó su arenga con unas enérgicas palmadas.

Marta subió a su habitación donde rompió a llorar corroída por el sentimiento de culpa.

IX

Marta miraba desde la parte de arriba de las gradas todo el pabellón. Le gustaba tener esa perspectiva antes de cada competición. Veía el hormigueo de gente entrando y sentándose en los asientos, la aparente serenidad de los entrenadores y los nervios de las chicas yendo de un lado a otro, haciendo elementos básicos para relajarse, y mirando de soslayo al resto de competidoras.

Una figura familiar rompió repentinamente aquel cuadro por la esquina inferior izquierda de la pista: era Nadia. Sus compañeras aplaudieron con disimulo y le indicaron el camino a los vestuarios.

Marta bajó veloz hacia ellos.

—¿Se te han pegado las sábanas? —preguntó su ex entrenador cuando se cruzó con ella por los pasillos.

—Que te den, Manolo —fue la respuesta que le dio Nadia. El ex entrenador sonrió con malicia.

La gimnasta tenía ojeras, llevaba el moño deshecho y olía a sudor y alcohol.

Dejó sus cosas sobre el banco del vestuario, se desnudó y se metió a la ducha. El agua pareció disipar un poco la nebulosa que tenía metida en el cráneo.

Apenas se alteró al oír un portazo en el vestuario.

—¿Se puede saber dónde coño te has metido?

Nadia tenía ante sí a su entrenadora, roja de ira.

—Nada de lo que pueda decir ahora te va a calmar.

—Tienes toda la razón del mundo —contestó Marta sin rebajar el tono. Se le empezaba a mojar el chándal salpicado por las gotas de agua de la ducha.

Marta se sentó en el banco y esperó a que Nadia saliera de la ducha.

—No debería dejarte salir. No es justo para el resto de gimnastas.

—El resto de gimnastas no son capaces de hacer un Amanar —dijo Nadia con autosuficiencia. Salió de la ducha con una toalla rodeándole el cuerpo.

—¡No me jodas, Nadia! Tú tampoco sabías.

Nadia hizo un gesto de fastidio y chascó la lengua.

Marta le cogió la mano y miró a Nadia con dulzura. Buscaba una tregua, un momento de respiro que ayudara a la gimnasta a centrarse para la competición.

Nadia se quitó la toalla con naturalidad y Marta desvió la mirada.

—¿Dónde has estado?

La gimnasta se encogió de hombros.

—Qué más da. Ahora estoy aquí. Contigo.

Permaneció unos segundos desnuda delante de Marta, a la espera de que esta la mirara o reaccionara de alguna manera, pero la entrenadora seguía con la mirada clavada en el suelo.

—Sólo te importa la competición —dijo Nadia.

Marta saltó como un muelle.

—¡Y a ti no te importa nada!

—¡Me importas tú, Marta! ¿Cómo quieres que te lo diga?

Marta iba a responderle algo pero la megafonía del pabellón anunció el inicio de la competición.

—Si te importo algo, vístete y sal ahí a clavar ese Amanar —dijo Marta.

Sin dar opción a réplica, la entrenadora salió del vestuario.

X

Nadia no ocultó su malhumor a lo largo de toda la competición. Cualquiera que la mirara tendría la sensación de que, si le hablabas, podría llegar a morderle.

Sin embargo, cuando se subía a un aparato, su gesto cambiaba: sonreía, se le veía feliz, disfrutaba. Marta sabía que todo formaba parte del teatro de las gimnastas, y el de Nadia en particular: hacer creer que disfrutas, que no te duele cada caída, que no has sufrido lo inimaginable para llegar adonde estás, que nada te quita la feminidad pese a las hostias que has recibido en la vida y en el gimnasio.

—Vas muy bien, Nadia —dijo Marta con serenidad.

—Voy cuarta, Marta. No hace falta que mientas.

—Ya —concedió la entrenadora—. Pero te quedan las asimétricas y el potro. En las primeras eres la mejor, y en el potro...

De repente, la palabra Amanar se convirtió en tabú. Como si temieran que al decirlo en alto se convirtiera en un imposible.

Nadia volvió a vendarse las manos. Hacía días que tenía las palmas en carne viva y no daba tiempo a cerrar las heridas. Sólo podía pensar en meterse en una bañera de agua helada y en usar sus manos únicamente para tocar una piel suave y femenina.

—Vamos, te tocan las asimétricas.

De camino al aparato, Nadia se cruzó de nuevo con su ex entrenador.

—¿Nerviosa?

La gimnasta pasó como una exhalación a su paso y le ignoró. En realidad, tenía la mente llena de otras cosas. Por ejemplo, sí, en efecto Nadia era un hacha en las asimétricas, pero se había centrado tanto en el Amanar que temía cagarla en algo aparentemente sencillo para ella.

Su ejercicio no estaba exento de dificultad. Le propuso a Marta imitar el ejercicio de 10 de Nadia Comaneci, pero la entrenadora le paró los pies.

—Lo que haces, lo bordas. No te compliques.

Aun así, quiso meter algún elemento de aquel histórico ejercicio de la gimnasta rumana.

El público pudo ver a una Nadia realmente feliz sobre las asimétricas y, esta vez, Marta, sí sabía que la chica lo era.

El ritmo, el cambio de manos y los tirabuzones de una barra a otra encandilaron a jueces y público. Pero lo bueno estaba por llegar. La salida de Comaneci en Montreal'79. Si ese vídeo tiene tres millones de reproducciones en Youtube, un millón era de ella.

Nadia respiró hondo aprovechando que tenía el cuerpo completamente extendido en un invertido sobre la barra alta. Exhaló al tiempo que su cuerpo bajaba con velocidad. Soltó las manos y el poco aire que le quedaba en los pulmones, impactó su abdomen con la barra inferior y utilizó el impulso para dar una vuelta sobre la misma. La inercia la repelió hacia afuera como una heroína en pleno vuelo. Se puso recta y se dejó caer hasta clavar los pies en la colchoneta.

Nadia sonrió a los jueces y al público que se había puesto en pie para aplaudir. Marta también estaba aplaudiendo cuando Nadia fue hacia ella. Apenas se dio cuenta en la cara de vinagrillo que se le había puesto a su antiguo entrenador. Esperaron pacientes la puntuación, que la colocó segunda a la espera del ejercicio de la gimnasta que le precedía.

—Está casi hecho, Nadia.

Marta le dio un fuerte abrazo a su pupila pero se separó de ella cuando le escuchó emitir un gemido de dolor.

—¿Estás bien?

—No —respondió Nadia—. Me he hecho daño en la salida. Una costilla o algo.

—Vamos adentro a mirarlo.

—¡No! —Nadia le frenó—. Se notará que me pasa algo. No quiero que nadie se entere.

—Pero... ¿y si es grave?

—Lo miramos después del potro. Mete una bolsa de hielo en el bolsillo de la chaqueta y me lo pondré en las costillas con disimulo.

Marta obedeció y Nadia no se movió de la silla hasta que le tocó el turno. Desde ahí pudo ver cómo la que le precedía, pupila de su antiguo entrenador, clavaba su ejercicio y volvía a relegarla a la tercera plaza.

Las tres gimnastas estaban en un pañuelo. La competición se iba a decidir por un fallo, por mínimo que fuera. Los jueces mirarían cada detalle, tratando de restar milésimas que ayudaran a decantar el resultado final de manera clara hacia una u otra sin suscitar mucha polémica por su decisión.

—Marta... —la voz de Nadia salía como un hilillo de su boca.

—¿Qué ocurre? ¿Te duele mucho?

—Olvida mi costilla. Esto está jodido. Si hago el Amanar y la cago, adiós competición. Pero si hago el ejercicio reserva y lo hago perfecto, podría ganar. Marta negó con la cabeza.

—Lo primero, ya no podemos cambiar el ejercicio. Y lo segundo...

La entrenadora interrumpió su argumento cuando vio que había cierto revuelo en una de las mesas de jueces.

Nadia se levantó a mirar, pero su costilla le dio un pinchazo y se sentó de inmediato.

—¿Qué ocurre?

—No lo sé.

Al ver que varios entrenadores se dirigían a la mesa, Marta se acercó también. Vio a Manolo muy enfurecido y la entrenadora pensó que no estaba de acuerdo con la puntuación de su gimnasta y por eso estaba protestando.

—Ha sido claro. Ha hablado con otra gimnasta en su camino a las asimétricas. Con Nadia Martínez. Lo he visto —decía un juez cuando Marta ya estaba a la altura de la mesa.

—Yo no he... —se defendía el entrenador.

—No mienta o expulsaremos a su gimnasta y al resto del equipo de todas las categorías.

Parecía que Manolo iba a coger la mesa y volcarla sobre los propios jueces pero pudo contenerse. Cuando se cruzó con Marta, le dedicó una mirada incendiaria que la entrenadora supo sofocar con una media sonrisa.

La megafonía volvió a informar de que la gimnasta de Manolo sufría medio punto de penalización sobre la puntuación general, lo que la relegaba a la cuarta posición, casi sin opciones de ganar la competición.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Nadia a Marta cuando llegó a su sitio.

—¿Te ha dicho algo tu entrenador cuando ibas hacia las asimétricas?

Nadia trató de recordar ese momento. Puede que viera a Manolo mover la boca pero si le dijo algo, no lo recordaba.

—Pues un juez le ha visto, ha interpretado que intentaba desconcentrarte y les ha penalizado.

—Paso de su culo —fue todo lo que dijo Nadia al respecto.

Marta se rio, pero enseguida le cambió el gesto.

—No hay debate sobre lo del Amanar. Ven mentalizándote porque te toca pronto.

La gimnasta le hizo un saludo militar que tranquilizó a Marta.

Todavía no sabía cómo iba a hacer un Amanar con aquel dolor en las costillas.

XI

Los campeonatos están minutados, así que Nadia sabía perfectamente a qué hora exacta tenía que hacer su ejercicio. Disponía de trece minutos para concentrarse, visualizar el ejercicio y evaluar el alcance de su dolor.

De vez en cuando se levantaba y hacía estiramientos para ver hasta dónde podía moverse. No estaba segura de si era por el hielo o porque la lesión no era tal sino más bien un mero golpe, pero parecía que el dolor remitía.

Sin embargo, Nadia no se fiaba. Podía reaparecer en mitad del salto y acabar con su cara sobre la colchoneta.

Así pues, la gimnasta tenía dos maneras de afrontar el último salto. Una era ignorar el dolor el dolor punzante en las costillas, hacer como que no existía y lanzarse hacia el potro. La otra manera era añadirlo a la ecuación del Amanar y utilizarlo como un elemento más.

Optó por la segunda.

Marta le guiñó un ojo.

—Vamos, cariño, demuestra lo que vales.

Nadia sonrió, pero le sorprendió aquel “cariño”. Para no complicarlo más, prefirió dejarlo fuera de la ecuación. Ya lo trataría después del salto junto con todas las cosas que le preocupaba, como la chica del baño comiéndole el coño mientras ella hacía el pino, o el haber puesto en un aprieto a su compañera de habitación, o el qué iba a ser de su vida si ganaba o perdía aquel campeonato.

—A la mierda: todo dentro —dijo Nadia en voz baja mientras se entalcaba las manos.

Dejó por imposible la tarea de dejar su mente en blanco. Los jueces debían entender que el mundo interior de una gimnasta, su pasado, su presente, su futuro, también es un elemento más del ejercicio. En todas las competiciones se dan casi siempre estos casos: la novata con un talento de la hostia, la sempiterna competidora, el regreso de la estrella tras una lesión, la triunfadora venida a menos o la sorpresa de la tarde. Eso no aparece en las fichas de anotaciones para la puntuación final porque se trata de dejarlo todo por un par de minutos y ser una máquina perfectamente engrasada.

—Pues para máquina, yo.

Nadia respiró hondo un par de veces con los ojos cerrados. Los abrió lentamente y miró el potro. Tenía los pasos medidos, las distancias grabadas. Ya casi sentía el tacto de la piel del potro en la yema de sus dedos. También notaba la punzada bajo el pectoral. Se imaginó que el dolor era una bola de plastilina e hizo con ella un molde que puso en torno a sus costillas.

Echó un pie para atrás y empezó la carrera.

Sólo oía el aire pasando por sus orejas, aislándole en una burbuja en la que sólo estaba ella y el Amanar.

Yurchenko, impulso en el potro, dos giros y medio y colchoneta.

Nadia ejecutó el salto como una autómatas y clavó los pies en la colchoneta. Pese a la amortiguación, todo su peso, junto con la inercia del salto, deshizo la plastilina de las costillas y le llegó a la boca el sabor metálico de la sangre.

Se quedó en posición encogida unos segundos, con la excusa de fijar la caída, pero Nadia temía no poder ponerse erguida. Y mucho menos hacerlo con una sonrisa.

—Vamos, vamos, saluda —se decía a sí misma.

Intentó hacer de nuevo la plastilina, pero no encontró material. Si se erguía, aquello le iba a doler como no lo había hecho antes, pero tenía que saludar o el salto no sería válido.

Hizo de tripas, corazón, y de costillas, plastilina, y alzó los brazos al tiempo que curvaba la espalda. Su gran sonrisa logró enmascarar el dolor.

Vio la cara de aprobación de los jueces. Vio al público aplaudiendo en pie. Vio a Marta llorando de la emoción.

Bajó rápida de la colchoneta directa a sus brazos.

—¡Lo tienes! ¡Lo has conseguido!

Pero Nadia apenas le entendía. Un tapón se le había puesto en los oídos y el dolor le desgarraba por dentro.

Marta comprendió y le acercó la silla.

Cuando apareció la nota, un insuperable 15,453, Nadia se dio cuenta de que todo había acabado. Era la campeona. Había conseguido su objetivo y, por lo tanto, ahí acababan sus días junto a Marta.

XII

Marta entró a la sala sin hacer ruido. Encontró al médico poniéndole una venda a Nadia alrededor de su torso.

—¿Qué tal estás?

Nadia se encogió de hombros.

—Me duele menos gracias al analgésico. Pero voy a tener que hacer mucho reposo.

El médico asentía en silencio mientras cortaba el último tramo de cinta.

—Bueno, pues sofá y pelis.

—Esto ya está. Lo dicho, reposo total. Le das esto a tu médico para que te haga el seguimiento —dijo el hombre—. Y enhorabuena. Ha sido un gran salto. Lástima que...

El doctor dejó de hablar para no acabar la frase: "...fuera el último".

Marta y Nadia salieron de la sala.

—No le hagas caso. Volverás a saltar.

Apenas caminaron un par de pasos cuando se dieron cuenta del alboroto que se había formado afuera. Un montón de chicas coreaban el nombre de Nadia.

—Tienes fans —dijo Marta sorprendida.

A Nadia no le importaban aquellas chicas. Sólo le importaba la que le sostenía del brazo.

—Marta, tenemos una cosa pendiente —dijo Nadia.

La gimnasta se apoyó en la pared y las dos chicas quedaron frente a frente.

—Me dan igual esas chicas, Marta. Sólo me importas tú.

Marta desvió la mirada.

—Nadia, yo...

La gimnasta quedó a la espera de una respuesta que tardó en llegar.

—Me gustas, de verdad. Me gustas mucho —comenzó a decir Marta—. Y no dudaría ni un segundo en salir contigo. Pero voy a intentarlo de nuevo con mi novio.

Nadia estaba incrédula.

—Compréndeme, cariño, es lo mejor para todos.

—¡Querrás decir lo mejor para ti! ¡Lo más fácil!

Nadia despegó sus manos de las de su entrenadora.

—Me dices todo este tiempo que sea valiente, que saque mi garra y ahora la que te rajas eres tú. ¡Que te den, Marta!

La gimnasta se iba a largar de ahí cuando una mujer interrumpió la conversación.

—Hola, Nadia. Has hecho un gran salto —le dijo extendiéndole la mano. Nadia le respondió con un apretón—. Soy Mercedes Viruete, la seleccionadora nacional.

Las dos chicas no lograron reaccionar.

—Sé lo de tu lesión, pero no dudo que podrías estar a punto para el Mundial. ¿Contamos contigo?

—¡Sí! —respondió Marta. Tanto Nadia como la seleccionadora la miraron con sorpresa—. Quiero decir, si Nadia quiere, claro.

La seleccionadora miró de nuevo a Nadia a la espera de su respuesta.

—Sí, claro —respondió la gimnasta con la voz temblorosa.

—Estupendo. Te llamaremos. Estaremos encantados de trabajar contigo.

Nadia siguió a la seleccionadora con la mirada mientras se marchaba haciéndose paso entre las fans que seguían gritando su nombre. Marta le

abrazó con sumo cuidado y la inundó a besos, pero Nadia apenas se inmutó.
—Mira eso, Nadia —comenzó a decir Marta—. Son un montón de chicas que están deseando estar contigo, conocerte, conocer lo genial que eres. Sólo tienes 19 años y tu carrera todavía no ha acabado. Tienes mucho que dar.
—Pero no a ti —respondió Nadia con tristeza.
Marta ladeó un poco la cabeza y sonrió serena.
—A mí ya me has dado todo lo que tenías que darme. Te tendré aquí siempre —dijo llevándose la mano al corazón.
El rostro de Nadia se ensombreció y agachó la mirada. Marta le sujetó la barbilla y le obligó a levantarla.
—La cabeza bien alta. Hemos hecho un Amanar.
Nadia sonrió al comprobar que Marta había utilizado el plural. Marta respondió a la sonrisa con un beso en la mejilla.
—Venga, sal ahí y cómete el mundo.
La entrenadora dio a Nadia una palmada en el culo que la empujó ligeramente hacia la salida. La algarabía de chicas que gritaban se alteró un poco más.
Nadia dijo adiós con la mano a Marta que le sonrió con un halo de tristeza en la mirada.
Las chicas la recibieron como una heroína y Nadia se sentía en su salsa. Marta la siguió con la mirada hasta que la gimnasta quedó oculta entre una nube de chicas.

Contacto

Una vez acabado el libro, puedes hacer varias cosas:

1. Abre otro libro. Quizá lo mejor que puedas hacer.
2. Si te ha gustado, compártelo con quien creas que también le pueda gustar. Igualmente, puedes compartirlo en redes sociales y valorarlo en Amazon y Goodreads.
3. Si quieres ponerte en contacto conmigo, puedes escribirme a este email [hola@nicoporfavor.com] o localizarme en Twitter [[@nicoporfavor](https://twitter.com/nicoporfavor)].

Muchas gracias :)

Índice

[Prólogo](#)

[Capítulo 1 La rendija](#)

[Capítulo 2 La chica del metro](#)

[Capítulo 3 El parto](#)

[Capítulo 4 La palabra L](#)

[Capítulo 5 El bar Coyote \(I\)](#)

[Capítulo 6 El bar Coyote \(II\)](#)

[Capítulo 7 Punzadas en el estómago](#)

[Capítulo 8 Bienvenida](#)

[Capítulo 9 Derribando puentes](#)

[Capítulo 10 Agradecida y emocionada](#)

[Capítulo 11 Comienza el partido](#)

[Capítulo 12 Grita](#)

[Capítulo 13 El consejo](#)

[Capítulo 14 Nostalgia](#)

[Capítulo 15 Calma chicha](#)

[Capítulo 16 El sudor de los cerdos](#)

[Capítulo 17 Tú a Londres y yo no](#)

[Capítulo 18 El espíritu de la ouija](#)

Capítulo 19 Sexo telefónico

Capítulo 20 El desafío

Capítulo 21 Madrid Londres

Capítulo 22 Despertares

Capítulo 23 El vértigo

Capítulo 24 La chica de los tickets

Capítulo 25 Lo absurdo

Capítulo 26 Win-Win

Capítulo 27 La Virgen de las Nieves

Capítulo 28 De Oca a Oca

Capítulo 29 En el alambre

Capítulo 30 Quizá

Capítulo 31 ¿Y si fuera ella?

Capítulo 32 Rebobine, por favor

Capítulo 33 La conversación

Capítulo 34 Escarpes

Capítulo 35 Diarios y delirios

Capítulo 36 Acuse de recibo

Capítulo 37 De vuelta y vuelta

Capítulo 38 Devoción

Epílogo

El Amanar de Nadia

Contacto

